

CLUB DE FANTASÍA

GEORGE GRIFFIT
ROBERT SHECKLEY
EDMOND HAMILTON
Luna de miel en el espacio



19
de

Brian Aldiss presenta en este volumen una serie de narraciones que pertenecen todas ellas a un género muy característico de la ciencia-ficción, la llamada Ópera del Espacio.

En el relato que inicia y da título a esta antología, *Luna de miel en el espacio*, George Griffith juega con la insinuación erótica de un viaje a Venus y añade al frío esquematismo racional un toque «camp» inusitado en la ciencia-ficción de estos últimos años. Otros relatos de la serie, como *La estrella de la vida*, de Edmond Hamilton, y *Después de Ixmal*, de Jeff Sutton son también clásicos de la ficción científica —más ficción que ciencia en este caso— de los años de oro del género.



AA. VV.

Luna de miel en el espacio

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 19

ePub r1.1

Hechadelluvia & dekisi 22.12.14

Título original: *Space Opera I*

AA. VV., 1978

Traducción: J. Riba y J. L. Álvarez

Editor digital: Hechadelluvia & dekisi

ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

He ahí una cita tomada de una de las narraciones de este volumen. Usted se adentrará en el relato paso a paso; sin embargo, lea ahora esto...

Un gran resplandor iluminó el cielo. Por entre los árboles contempló la nave en forma de pez que, envuelta en estruendo, se elevaba cada vez más hasta desvanecerse a través de la capa de nubes. La playa estaba silenciosa; sólo se escuchaba el murmullo del oleaje.

Ella caminó hacia la orilla donde la marea comenzaba a extenderse. A medida que caía la noche, las nubes iban adquiriendo un tono grisáceo.

Durante unos minutos escudriñó el cielo, escuchando.

Ningún sonido llegaba hasta ella. Una tenue brisa sopló en su rostro, agitándole los cabellos.

El estilo del relato, el ambiente que se describe, se mantienen fieles a una tradición. En su esencia, la escueta despedida que se narra probablemente constituye una parte de la experiencia vivida por cada ser humano desde los días de Neanderthal. Pero este pasaje describe el momento en que una nave del espacio deja a una hembra extranjera en un lejano planeta. Tan sólo en este siglo les ha ido dado a los escritores relatar una escena así y situarla en tal escenario.

En el siglo pasado se alimentó la imaginación con la existencia de remotos lugares desconocidos, hasta hoy inexplorados.

En el siglo XVIII, el empleo de la fuerza del vapor dio lugar a una creciente demanda de carbón. La extracción de este mineral atrajo,

lógicamente, la atención de los geólogos hacia las rocas carboníferas.

Bajo las vetas de roca carbonífera, y contrastando violentamente con su color gris negruzco, yace otra capa de piedra de tonalidad roja. Se estima que tiene un espesor de unos tres mil metros, lo cual supone un considerable período en la historia de la Tierra (tan apropiado es decir «el tiempo es oro» como «el tiempo se convierte en piedra»).

Las rocas rojas recibieron el nombre de Viejas Areniscas Rojas. En ellas reposan fósiles pertenecientes al período que llamamos Devónico. Un considerable número de estos fósiles fue descubierto por un escocés llamado Hugh Miller, uno de los primeros entre los muchos que, con su trabajo abnegado, abrieron nuevas perspectivas acerca del tiempo geológico.

El mundo del pasado se fue ampliando poco a poco, a medida que se ensamblaban nuevas piezas del «puzzle». Se pobló con una gama extraordinaria de plantas y criaturas hoy extinguidas, con otros continentes y otros climas. Y a partir de las teorías de Darwin y Wallace, lo que de otra forma habrían podido ser una serie de hallazgos fortuitos recibió una poderosa cohesión intelectual. Más aún: por encima de todo (hecho que hoy podríamos olvidar), aquellas teorías dieron una *continuidad* al panorama del pasado que se iba ofreciendo a los investigadores y llevaron a descartar antiguas hipótesis relativas a catástrofes, hipótesis que hasta entonces habían prevalecido y que hacían incomprensible la leyenda de la prehistoria.

Ustedes han tenido la ventaja de conocer directamente el principio de continuidad que, reforzado por una teoría dinámica como es la de la evolución, permite a la inteligencia extender los esquemas del pasado hacia el futuro. Llegados a este punto, cuando el cambio sustituye al azar, el futuro puede ser inventado; y no es una coincidencia que definan la etapa aspectos tan diversos como el florecimiento de enormes y prudentes compañías de seguros (que raramente pueden contar con clientes capaces de planificar su futuro) y la publicación de la novela de H. G. Wells *La Máquina del Tiempo*, que transmite el mensaje del pasado remoto hacia el lejano futuro.

A partir de este momento, el presente se expandió todavía más

en ambas direcciones. También la extensión del espacio que puede abarcar la imaginación humana, al igual que la extensión del tiempo, se ha incrementado enormemente desde los días en que Galileo Galilei observó, a través de un telescopio, que Júpiter tenía cuatro satélites, y en que Leuwenhoek, gracias a su microscopio, descubrió sus «animalitos». Nuestra imaginación dispone de tremendas esferas de espacio/tiempo por las que vagar.

Resulta curioso comprobar cuán marginal es la respuesta literaria a este campo de operaciones de tan amplio crecimiento. Escritores tan distintos como Proust, Joyce, Nabokov y Durrell han llevado a cabo introvertidas experiencias con la estructura del tiempo, pero las respuestas directas a la expansión del universo imaginario se limitan a unas pocas obras (entre las de mayor éxito, citaría *The Dynast*, de Thomas Hardy, con su ciega y omnipotente Voluntad Inmanente evolucionando hacia la conciencia, *Star Maker*, de Olaf Stapledon, y quizá las obras de George Bernard Shaw *Hombre y superhombre* y *Back to Methuselah*.

La respuesta más entusiasta a las nuevas conquistas ha procedido de un sector de la literatura conocido como ciencia ficción. Aunque ingenua y cruelmente —si bien a veces no es ingenua ni cruel—, la ciencia ficción trata de explorar y humanizar confines que de otro modo sólo existirían en forma de tenues conceptos matemáticos. En este sentido, la ciencia ficción forma parte de la operación de avanzadilla de la ciencia. Los escritores de ciencia ficción que han alcanzado más fama y consideración son aquellos que llevaron la Palabra a lo Desconocido, entre los cuales se hallan Arthur C. Clarke, Ray Bradbury y Kurt Vonnegut Jr.

La ciencia ficción es un ser con cuernos, de grandes músculos, que lleva sobre el cráneo un montón de antenas erizadas y de propioceptores. Tiene una hermana menor, una amable criatura de labios rojos y cabello rociado con polvo de estrellas. Se llama Ópera del Espacio. Este volumen está dedicado a ella.

La ciencia ficción apunta a lo real; la ópera del espacio, a lo divertido, al menos en términos generales.

La ópera del espacio toma unos cuantos años luz y una pizca de realidad y los rellena con melodrama y sueños, sazónando el conjunto con ideas extravagantes.

En el período en que la ciencia ficción que se publicaba en las

revistas constituía un género menospreciado, que subsistía sin ayuda de una crítica externa ni de cronistas, tenía ya a su lado un subgénero del que renegaba: la ópera del espacio, género impetuoso, de evasión, que se lanzaba a la carga sin demasiados miramientos para con la lógica o la literatura y a menudo generaba grandes imágenes, emociones y aspiraciones. En la actualidad —tal como sucede con la ópera— se la considera en declive y se halla en manos de imitadores, o bien ha evolucionado hacia un género de espadas y brujería.

Ahora que la ciencia ficción es objeto de una masiva revalorización por parte de la crítica, parece que ha llegado el momento de airear de nuevo la ópera del espacio. La recompensa será múltiple. Ahí está, por ejemplo, el placer de poder darse una vuelta por el sistema solar, e incluso más allá, sin ayuda de la NASA, en naves espaciales con frecuencia tan vastas como catedrales. En torno a alguno de los ejemplos más extremos, flota un aroma de campiña. Nostalgia aparte, las historietas constituyen una de las reservas del arte narrativo; más aún, nos hablan con largueza de las esperanzas y de los temores fundamentales en la confrontación del hombre con las incógnitas de las lejanas fronteras, siguiendo una tradición que se remonta, por lo menos, hasta la Odisea.

En su estilo, resumen los mismos impulsos que subyacen en los tradicionales cuentos de hadas.

Me resisto a la tentación de definir la ópera del espacio. Ya tuve bastantes problemas al definir el término «ciencia ficción» cuando escribí mi novela *Billion Year Spree*. El término resulta, a la vez, vago e inspirado, y en su acuñación debieron de intervenir tanto el afecto como cierta dosis de desdén, al igual que ocurre con «ópera de jabón» —soap opera, o serial radiofónico— y «ópera de caballos» —horse opera, o película de vaqueros—. Y lo mismo que la propia ópera, la ópera del espacio se halla supeditada a ciertas convenciones esenciales y que, en cierto modo, son su *raison d'être*; estas convenciones pueden gustar o no, pero no cabe alterarlas como no sea a expensas del conjunto. Idealmente, la Tierra corre peligro, hay una búsqueda y existe un hombre que deberá dar la talla en la hora suprema.

Este hombre ha de enfrentarse a extrañas y exóticas criaturas. El

espacio tiene que fluir con abundancia, como el vino de una jarra. La sangre debe correr por la escalinata del palacio y las naves serán lanzadas hacia lo profundo de la oscuridad ignota. Tiene que intervenir una mujer más clara que los cielos y un villano más oscuro que un Agujero Negro. Y el final ha de ser feliz.

La expuesta no es una antología rigurosa. Tanto este volumen como los que le seguirán están henchidos de voluptuoso vacío. Han sido recopilados para distraer. Y el éxito que actualmente obtienen las reimpresiones de viejas obras maestras del género debidas a pioneros como Edgar Rice Burroughs y E. E. «Doc» Smith, muestra con cuánto interés se inclinan hoy muchas personas hacia la hábil facilidad de este tipo de literatura. En ella se encuentra la amenaza de múltiples horrores galácticos, de una ciencia y una genética sedientas de sangre; están también las princesas primorosas, las búsquedas desesperadas, los mundos condenados, toda una gama de exóticas criaturas, armas mortíferas y el chirrido cortante de las espadas... todo aquello que merece ser defendido hasta el último «¡Aaarrgh!». En esta literatura está el futuro del espacio, visto a través de la neblina con los ojos del ayer.

El objeto de mi búsqueda han sido, principalmente, narraciones que serán desconocidas para la mayor parte de los lectores. Demasiadas antologías de ciencia ficción se conforman hoy con recoger cuentos que han sido ya reimpresos en muchas ocasiones. Me he propuesto ir en busca de añejas y a menudo escasas fuentes y seleccionar autores que, en muchos casos, deberían ser mejor conocidos de lo que son, si bien he sido incapaz de resistirme a miss Bradbury, Van Vogt, Asimov y Sheckley. Las fuentes abarcan desde 1900 hasta el año 1972.

Cada cuento va precedido de un resumen. A fin de conservar la atmósfera, siempre que ha sido posible he, utilizado la reseña original, tomándola de la revista en que el relato se publicó por primera vez.

Brian W. Aldiss

Heath House
Southmor
Septiembre de 1973

¿ES TODO UNA ILUSIÓN...?

Escuche esto: ¡le dará una idea de lo que es la ópera del espacio!

«Por la noche, cuando las discordias y las armonías de la humanidad se han aquietado, durante la mayor parte de doce horas, por regla general, nada atenúa el soplo con lo que infinitamente grande, el universo estelar, martillea lo infinitamente pequeño, la mente del espectador; y eso fue lo que ocurrió. Habiéndose acercado a la inmensidad más que sus compañeros, percibieron de repente su belleza y su horror. Cada vez se les hacía más patente el contraste entre su pequeñez y la inmensidad de las grandes magnitudes por las que temerariamente se habían lanzado, hasta sentirse oprimidos por la presencia de una vastedad de la cual no alcanzaban a hacerse idea y que flotaba a su alrededor igual que una pesadilla».

Belleza y horror, vastedad y pesadilla... Los ingredientes esenciales de la ópera del espacio. De hecho, la cita procede de *Two on a Tower*, un cuento escrito por uno de los más grandes novelistas Victorianos, Thomas Hardy. Hardy dice de su novela que fue «el resultado del deseo de reflejar la historia sentimental de dos vidas infinitesimales sobre el estupendo fondo del universo estelar». Sin duda, un impulso similar ha movido a muchos escritores de ópera del espacio.

Pero hay otro elemento fundamental en la ópera del espacio: el escapismo. Sin que importe si ha podido o no suceder, la acción no se produce aquí y ahora, sino más bien en alguno de los azules más allá del espacio, el tiempo y la eternidad.

La ópera del espacio nació, esencialmente, en las revistas para masas, floreció en ellas y en ellas murió. Todavía se sigue escribiendo, aunque principalmente lo hacen los autores que deben su inspiración e impulso a dichas revistas. He prescindido de estos autores —ellos pueden hablar por sí mismos— y he basado esta

antología en historias olvidadas que, como un arqueólogo, he desenterrado de revistas que desaparecieron... lo que tal vez sea otra forma de escapismo.

La única excepción a esta regla que yo mismo me impuse, reside en la historia que abre esta primera parte, «Zirn indefenso...». Esta reciente parodia amorosa de Robert Sheckley, compendia el tono y contenido de la ópera del espacio. En el relato aparecen las razas extrañas, la atmósfera agri dulce de la melancolía... Sheckley nos coloca en el estado de ánimo adecuado para soportar todo lo que va a seguir.

Y lo que sigue en esta primera parte tiene por objeto poner más de relieve las características sobresalientes del género.

Detrás del escrito más reciente sigue, en el libro, el más antiguo. «Luna de miel en el espacio» de George Griffith, se publicó en 1900, en forma seriada, en *Pearson's Magazine*. El conde de Redgrave, Rollo Lenox Smeaton Aubrey, se ha casado con la encantadora dama americana Lilla Zaidie; pasan su luna de miel alrededor del sistema solar, en el *Astronef*, que emplea la fuerza anti-gravitacional y es pilotado por un viejo ingeniero de Yorkshire llamado Murgatroyd. Aquí se ofrece el relato de su aterrizaje en Venus, la Estrella del Amor, y de cómo se cantó allí el *Home, sweet Home*. Nunca volverán las cosas a ser tan pacíficas en Venus.

Sin pérdida de tiempo, Donald Wandrei nos transporta al verdadero terreno de la ópera del espacio, más allá de los límites del sistema solar, más allá del tiempo presente, con sus pequeñas esperanzas y temores. Leí este cuento como un chiquillo cuando me regalaron (era uno de aquellos volúmenes que, al igual que *Complete Short Stories of Saki*, constituían *All the Difference*) *Modern Tales of Horror*, una espléndida colección seleccionada por Dashiell Hammett. *La esperanza del universo se cifraba en el Cerebro Rojo...* Eso es precisamente lo que uno desea escuchar cuando le persiguen padres, profesores y hermanos mayores.

En una de las contribuciones más extensas, Daniel Galouye nos recuerda que la ópera del espacio no debe situarse necesariamente en otra galaxia, a condición de que incluya una amenaza mayor que cualquier galaxia.

«Esta cosa —esta inteligencia que hay en tu interior— es la única cosa que realmente existe. No existe nada más. Ni siquiera el

espacio, ni siquiera el tiempo, ni siquiera la materia. Solamente este intelecto; ¡ese intangible, incorpóreo poder de razonar es real! ¡Ése y sólo ése es el universo, todo el universo!»

Entra Obispo Berkeley, ¡todo ha sido perdonado!

Galouye empieza con una situación soberbiamente paranoica y concluye con un impresionante melodrama. «Esta noche se desplomará el firmamento» es, incidentalmente, una de las primeras obras de este autor; después ha escrito muchas novelas de éxito, entre ellas dos descripciones de pesadilla universal: *Dark Universe* y *Counterfeit World*. En dichas novelas, lo mismo que en esta larga historia, nos deja con el pensamiento turbador que también parece flotar en la atmósfera del Palacio Jen-ghik envuelto en llamas, en la fábula de Sheckley: ¿es todo solamente ilusión? La gran aventura épica constituye una noble tradición en la ciencia ficción. Iniciada, tal vez, con Edgar Rice Burroughs, prosigue a través del amplio panorama de la épica del espacio de E. E. Smith, PhD., continúa con Jack Williamson e incluye al joven John W. Campbell Jr. Posteriormente se la ha bautizado con el nombre de «espadas y brujería», pero no es sino la última variedad adoptada por la permanente tradición épica. Dejo constancia histórica de todo ello porque, aquí, ese escritor extremadamente fino que es Robert Sheckley y que con tanta agudeza emplea su máquina de escribir, ha puesto punto final a la hasta hoy inacabable saga, escribiendo la palabra *finis* en el último de esos gruesos volúmenes y dando muerte definitivamente a toda la literatura. Siga leyendo... ¡si se atreve!

LUNA DE MIEL EN EL ESPACIO

por George Griffith

El suyo era el matrimonio perfecto; por tanto, lo más natural era que pasaran la luna de miel en el Planeta del Amor. En aquella ocasión escucharon el susurro de alas angélicas.

Mientras Zaidie hablaba, el *Astronef* descendía con rapidez hacia la superficie de Venus, cruzando escenarios de una magnificencia casi irreal, imposible de describir de forma adecuada con palabras. Por debajo del velo de nubes, el aire era absolutamente claro y transparente; de hecho, más claro de lo que el aire terrestre pueda ser en las cumbres más altas alcanzadas por los escaladores, y parecía, además, poseer una extraña cualidad luminosa que, fuera cual fuese la distancia, daba lugar a que los objetos se presentaran a la vista con una sorprendente nitidez de detalles.

Los ríos y lagos y los mares que se extendían por debajo de ellos parecían no haber sido nunca agitados por la furia de la tormenta o el soplo del viento, y sus superficies brillaban con una suave luz plateada que, más que de lo alto, parecía provenir del fondo de las aguas.

—Si esto no es el cielo, está por lo menos a mitad de camino —afirmó Redgrave, con irreverencia disculpable, quizá debido a las circunstancias—. Sin embargo, no sabemos cómo serán los habitantes, así que, en mi opinión, será mejor mantener las puertas cerradas y descender en esa altiplanicie que se ve entre los dos ríos que desembocan en la bahía. ¿Te has fijado en el aspecto tan curioso que, respecto a los mares de la Tierra, tiene aquí el agua, con ese tono plateado brillante en lugar de azul y verde?

—¡Oh! ¡Es adorable! —exclamó Zaidie—. Bajemos y demos una vuelta. No hay nada que inspire temor. Nunca me harás creer que un mundo como éste pueda estar habitado por algo peligroso.

—Tal vez, pero no debemos olvidar lo que ocurrió en Marte, *Madonna, mía*. De todos modos, una cosa es cierta: todavía no nos ha acechado ninguna flota aérea.

—No creo que la gente necesite aquí aeronaves. Pueden volar por sí mismos. ¡Mira! Hay un grupo de ellos que viene a nuestro

encuentro. Ha sido algo irónico tu comentario acerca de que nos hallábamos a mitad de camino del cielo, pero, desde luego, éstos parecen ángeles.

Al tiempo que decía esto, tras un intervalo más bien largo, durante el cual el *Astronef* había descendido a menos de un centenar de metros de la meseta, Zaidie alargó sus anteojos a su marido mientras señalaba hacia abajo, en dirección a una isla que aparecía a unos tres kilómetros de la orilla.

Lenox tomó los anteojos y observó largo rato. Efectuando un lento desplazamiento de arriba abajo y de un lado a otro, vio centenares de figuras aladas que se elevaban desde la isla y se dirigían hacia ellos.

—Tenías razón, querida —asintió sin dejar de mirar por los anteojos—; así es. Si esto no son ángeles, desde luego son algo parecido a hombres, y supongo que también mujeres, capaces de volar. Podemos detenernos aquí y esperarles. Me pregunto por qué clase de animal habrán tomado al *Astronef*.

A través del tubo envió un mensaje a Murgatroyd y dio una vuelta y media al volante de dirección. La velocidad de las hélices se redujo y el *Astronef* se posó, con un choque apenas perceptible, en el centro de una pequeña meseta, cubierta, en parte, por un suave musgo de pálido color verde amarillento y flanqueada por un cinturón de árboles que parecían próximos a los cien metros de altura y cuyo follaje presentaba un profundo color bronce dorado.

Apenas se habían posado, cuando aquellos seres voladores llegaron por encima de las copas de los árboles y, trazando anchas espirales, descendieron en dirección al *Astronef*.

—Si no son ángeles, se les parecen mucho —dijo Zaidie, bajando los anteojos.

—Una cosa es cierta, vuelan mucho mejor de lo que hubieran podido hacerlo los ángeles de los viejos maestros o los de Doré, porque éstos tienen cola, o por lo menos algo que parece destinado al mismo fin, aunque calezcan de plumas.

—Sí tienen plumas, por lo menos en los bordes de las alas o lo que sean, y también llevan ropas, túnicas de seda o algo por el estilo, y hay hombres y mujeres.

—Tienes toda la razón. Esos flecos que se ven a lo largo de las piernas son plumas, y gracias a ellas pueden volar. Dan la impresión

de tener cuatro brazos.

Las formas aladas que revoloteando se habían acercado, sin evidenciar ningún signo de temor, eran las más extrañas que ojos humanos hubieran contemplado. En algunos aspectos tenían rasgos que habrían permitido tomarlos por hombres y mujeres alados en tanto que en otros presentaban un claro parecido con los pájaros. Sus Cuerpos y sus extremidades tenían forma humana, pero eran de constitución más delgada y ligera; y de los omóplatos y los músculos de la espalda emergía un segundo par de brazos que se elevaba en arco sobre sus cabezas, entre éstos y los inferiores, y extendiéndose a continuación por los costados hasta los tobillos, aparecía una especie de membrana flexible cubierta de ligero plumaje, de inmaculada blancura en la parte interior y de brillante tonalidad amarillo dorado en la región superior, que se oscurecía con reflejos bronceíneos hacia los bordes, alrededor de los cuales corría una orla de plumas más tupidas.

Llevaban el cuerpo cubierto por delante y a lo largo de la espalda, por entre las alas, con una especie de túnicas partidas en dos y confeccionadas con un material ligero parecido a la seda; debían de constituir sus vestidos, puesto que las había de muchos colores distintos y de matices variados. Bajo esta túnica, y adherida a la parte interna de las piernas, aparecía otra membrana que partía de la rodilla y llegaba hasta el talón; a esta característica aludía Redgrave, un tanto frívolamente, cuando dijo que tenían cola. Resultaba obvio que tenía por finalidad mantener el equilibrio longitudinal durante el vuelo. En cuanto a su estatura, los habitantes de la Estrella del Amor medían entre un metro ochenta y un metro cincuenta centímetros, pero tanto los más altos como los más bajos tenían aproximadamente las mismas dimensiones, de lo cual fácilmente se deducía que en Venus, lo mismo que en la Tierra, esta diferencia de estatura era una de las características generales que diferencian a los dos sexos.

Volaban alrededor del *Astronef* con una soltura y gracia exquisitas, lo que hizo que Zaidie exclamara:

—¿Y por qué no habremos sido hechos así en la Tierra?

A lo que Redgrave, después de echar una ojeada al barómetro, replicó:

—En parte, supongo, porque se nos hizo para desplazarnos de

esa forma, y en parte, porque no vivimos en una atmósfera dos veces y media más densa que la nuestra.

A todo eso, varias figuras aladas se posaron en el musgo que cubría la explanada y se dirigieron hacia la nave.

—Mira, caminan igual que nosotros, ¡sólo que con mucha más gracia! —observó Zaidie—. ¡Fíjate qué caritas tan monas tienen! Entre de ave y ser humano, y con suaves y blandas plumas en lugar de cabello. Me pregunto si hablarán o cantarán. Quisiera que abrieras las puertas de nuevo, Lenox, estoy segura de que no pueden suponer ningún peligro para nosotros; son demasiado graciosos para ello. ¡Qué ojos tan suaves y adorables tienen! Es lamentable que no podamos comprenderles.

Habían dejado la torre de mando; Murgatroyd y su señor estaban abriendo de par en par las puertas deslizantes, mientras, con gran disgusto de Zaidie, preparaban para entrar en acción las Maxims de cubierta, por si ello fuera necesario. Tan pronto estuvieron abiertas las puertas, las hipótesis de Zaidie respecto a los habitantes de Venus quedaron totalmente justificadas.

Sin mostrar el menor signo de temor, sino más bien con una evidente expresión de asombro en sus redondos ojos de color amarillo dorado, se acercaron a los costados del *Astronef*. Algunos acariciaban su superficie lisa y brillante con sus manecitas, en las que Zaidie observó que había sólo tres dedos y un pulgar.

En épocas pretéritas debieron de ser garras de ave, pero ahora eran suaves, rosadas y gordezuelas, totalmente inadecuadas para un trabajo manual según el concepto que de él tenemos en la Tierra.

—Figúrate, preparar los cañones de las Maxims para disparar sobre estas criaturas deliciosas —dijo Zaidie casi indignada, al tiempo que caminaba hacia la puerta de salida, donde se iniciaba la escalerilla que descendía hasta el blando y musgoso césped—. ¿Por qué? Ninguno de ellos ha empuñado un arma ni nada semejante; además, escucha —se detuvo en la abertura de la puerta—. ¿Has escuchado alguna vez música como ésta en la Tierra? Yo no. Supongo que es su forma de hablar, y daría cualquier cosa por ser capaz de comprenderles. No obstante, es muy hermoso, ¿no es cierto?

—Sí, como la voz de las sirenas —remachó Murgatroyd, hablando por primera vez desde que el *Astronef* se había posado; ya

que aquel hijo del Yorkshire, corpulento, curtido y taciturno, que consideraba el crucero a través del espacio como una aventura loca y casi impía, en la que había participado sólo por su lealtad hereditaria a la familia y al apellido de su patrón, se había vuelto más y más silencioso a medida que los millones de kilómetros que separaban el *Astronef* de su nativo Yorkshire se multiplicaban día a día.

—Sirenas..., ¿por qué no? —se rió Redgrave—. En todo caso, a juzgar por su aspecto, no parece probable que vayan a traer la destrucción sobre nosotros y el *Astronef*. En efecto, Zaidie —prosiguió—, nunca había oído nada semejante. Desde luego, no se trata de nada terrenal, aunque la verdad es que no estamos en la Tierra. Escucha, Zaidie, ahora parece que hablen en un lenguaje cantado. Tú te las arreglaste muy bien en Marte con tu americano; supongamos que salimos y les mostramos que tú también puedes hablar el lenguaje del canto.

—¿Qué quieres decir? —exclamó ella—. ¿Cantarles algo?

—Sí —asintió Lenox—. Ellos tratan de hablarte cantando, y tú no les puedes comprender; por lo menos, lo que expresan las palabras y frases. Pero la música es el lenguaje universal en la Tierra, y no hay razón para que no sea lo mismo en todo el Sistema Solar. Vamos, pues, ¡canta, mujercita!

Descendieron juntos por la escalerilla, él vestido con un traje corriente de mezclilla gris y con una gorra de golf echada hacia atrás, y ella luciendo el último y más primoroso de los vestidos que el arte de París, Londres y Nueva York había producido antes de que el *Astronef* remontara el vuelo allá en el lejano Washington.

En el mismo momento en que puso pie en el césped amarillo dorado quedó rodeada por un enjambre de criaturas aladas y, no obstante, extrañamente humanas. Las más próximas se acercaron para tocarle las manos y la cara, y acariciaron los pliegues de su vestido. Otras fijaron la mirada en sus ojos azul violeta, o bien, alzaron sus extrañas manecitas para acariciarle el cabello.

Este último y su vestido parecían constituir para ellos la experiencia más maravillosa, dejando aparte, por descontado, el hecho de que Zaidie sólo tuviera dos brazos y careciera de alas. Redgrave permaneció pegado a ella hasta que se convenció de que aquellos exquisitos habitantes del reencontrado país de las hadas no

estaban animados de ninguna intención agresiva. Cuando observó que dos de las aladas hijas de la Estrella del Amor alzaban las manos y tocaban los gruesos rodetes del cabello de Zaidie, dijo:

—Quítate las horquillas y demás cosas y déjate suelto. Da la impresión de que piensan que tu cabello forma parte de la cabeza. Es la primera oportunidad que tienes para realizar un milagro, y puedes hacerlo. Muéstrales lo más hermoso que nunca han visto.

—¡Qué niños podéis ser los hombres cuando os ponéis sentimentales! —se rió Zaidie, al tiempo que dirigía las pianos a la cabeza—. ¿Cómo sabes que no les parecerá feo?

—Imposible —replicó él—. Son demasiado hermosos para encontrarte fea a ti. ¡Suéltalo ya!

Y Mientras Redgrave hablaba, Zaidie se quitó la mantilla española que se había colocado en la cabeza en el momento de salir y que, al parecer, las mujeres de Venus ¡reían que formaba parte de su anatomía. Luego se quitó el peine y una o dos horquillas que sujetaban los rodetes; asió diestramente los extremos y, tras unos rápidos molimientos de sus dedos, agitó la cabeza. Bajo la suave luz reflejada por el dosel de nubes, la maravillada multitud que la rodeaba vio lo que parecía ser un velo rielante, mitad oro y mitad plata, que caía como una cascada deslíz su cabeza hasta los hombros.

Se apiñaron todavía más cerca de ella, pero tan dulce ir calladamente que Zaidie tan sólo sintió la suave caricia de maravilladas manos en sus brazos, su vestido y su cabello. Como Redgrave diría después, se encontraba «totalmente traspuesto». A él parecían tomarle por una especie de rústico monstruo, posiblemente el esclavo de aquel radiante ser que de modo tan extraño había llegado de algún lugar situado más allá del velo de nubes.

Le miraban con sus ojos amarillo dorado muy abiertos, y algunos se le aproximaron con cierta timidez para tocar su vestido, como si pensarán que ésa era su piel. Uno o dos, más atrevidos, alzaron sus pequeñas manos hasta su cara y le tocaron el bigote. Mientras tenía lugar este examen, todos ellos sostenían una animada conversación constituida por arrullos y cantos que, evidentemente, transmitían sus ideas de uno a otro acerca de la maravillosa visita de dos extraños seres carentes de alas y plumas, pero que, sin lugar a dudas, disponían de otros medios para volar,

pues era absolutamente cierto que habían venido de un mundo distinto, de otro mundo.

Su forma normal de conversación consistía en una nota baja y sentimental, como el lenguaje que emplean las palomas, a la cual se mezclaban suaves gorjeos. Pero a cada momento ascendía a notas más altas, para expresar, evidentemente, asombro o admiración, o tal vez uno y otra.

—Tenías razón acerca del lenguaje universal —comentó Redgrave, tras haber sido sometido por unos momentos al proceso de las caricias—. Esta gente habla, y por lo que he podido ver y escuchar, su opinión acerca de nosotros, o por lo menos acerca de ti, es francamente halagadora. No sé por qué me habrán tomado a mí, ni me preocupa, pero, como lo mejor es que nos hagamos amigos de ellos, ¿por qué no les cantas *Home, sweet home* o *The Swanee River*? No me extrañaría que consideraran nuestras voces, cuando hablamos, como algo horriblemente disonante, así que lo mejor que podríamos hacer es ofrecerles algo distinto.

Mientras Lenox hablaba, cesaron bruscamente todos los sonidos a su alrededor y, como diría después, fue como el silencio que sigue al disparo del cañón. Entonces, en medio de aquella quietud, Zaidie adelantó las manos, alzó la mirada hacia la luminosa superficie de plata que constituía el único cielo visible, y empezó a cantar *The Swanee River*.

Las claras y suaves notas se elevaron en medio de un repentino silencio. Los hijos e hijas de la Estrella del Amor interrumpieron instantáneamente su matizada y musical conversación y Zaidie entonó la vieja canción de las plantaciones de principio a fin; fue la primera vez que una voz humana la interpretó para oídos no humanos.

Temblaba dulcemente en sus labios la última nota, cuando Zaidie miró a la multitud de extrañas formas que la rodeaban, y algo, imponiéndose a las diferencias en cuanto a su propia especie, trajo a su mente el recuerdo de escenas familiares que acontecieron muy lejos de allí, a muchos millones de kilómetros a través del oscuro y silencioso océano del espacio.

Otras figuras aladas, atraídas por las notas de su canto, habían traspuesto las copas de los árboles, y durante el silencio que siguió a la canción fueron llegando velozmente otras más, hasta que casi un

millar de ellas se reunieron junto al *Astronef*.

No hubo ni empujones ni codazos. Cada uno de ellos trataba a los demás con la más perfecta amabilidad y cortesía. Nada parecido a la enemistad o al mal humor parecía existir entre ellos y, en absoluto silencio, esperaban a que Zaidie continuara lo que ellos tomaban como un largo discurso de agradecimiento. De alguna manera, el tono de la multitud coincidía exactamente con el estado de ánimo que habían despertado en Zaidie sus propios recuerdos, e instantes después lanzó al aire la primera estrofa de *Home, sweet home*, que se elevó hacia el nublado cielo.

A medida que las notas se expandían en el callado y suave aire, un silencio más profundo cayó sobre la multitud oyente. Las cabezas se inclinaron en un ademán casi de adoración, y muchos de los que se hallaban más cerca de ella inclinaron el cuerpo hacia adelante, extendieron las alas y las unieron sobre el pecho, en un ademán que, según supieron más tarde, se consideraba como expresión de la idea de pasmo y admiración mezclada con cierto sentimiento de veneración.

Zaidie cantó la vieja y tierna canción de cabo a rabo, olvidando en aquel momento cualquier cosa que no fuera el hogar que había dejado lejos, en las riberas del Hudson. Cuando las últimas notas hubieron salido de sus labios se volvió hacia Redgrave y, mirándole con ojos empañados por las primeras lágrimas que vertía desde que su padre muriera, dijo, mientras él tomaba sus manos tendidas:

—Creo que habrán comprendido cada palabra de la canción.

—O, en cualquier caso, cada nota. Puedes estar segura de ello —replicó él—. Si hubieras hecho esto en Marte, habría resultado más efectivo, incluso, que la Maxim.

—¡Por el amor de Dios! ¡No digas esas cosas en un paraíso como éste! ¡Oh, escucha! ¡Ya han captado la melodía!

¡Era cierto! Los moradores de la Estrella del Amor, cuya palabra era canción, habían percibido al instante la dulzura de la más dulce de todas las canciones de la Tierra. No tenían, desde luego, la menor idea del significado de las palabras; pero la música les habló y les dijo que aquel rubio visitante llegado de otro mundo podía expresarse de la misma forma que ellos. Cada nota y cada cadencia se repetían con absoluta fidelidad, y así, este lenguaje común a dos mundos tan distantes entre sí, se convirtió en el puente que unía a

aquellos errantes hijos de la Tierra con los hijos e hijas de la Estrella del Amor.

La multitud retrocedió ligeramente y dos figuras, en apariencia macho y hembra, se aproximaron a Zaidie, alzaron la mano derecha e iniciaron, dedicada a ella, una canción de perfecta armonía: aunque la letra resultaba totalmente ininteligible para ella, el tono manifestaba sentimientos que era imposible confundir, pues constituía una leve insinuación de la vieja canción inglesa mezclada al pequeño discurso-canción que le dirigían, y tanto Zaidie como su marido dedujeron, acertadamente, que pretendía expresar la bienvenida a los extranjeros llegados de más allá del velo de nubes.

**ZIRN INDEFENSO,
EL PALACIO JENGHIK EN LLAMAS,
JON WESTERLEY MUERTO**

por Robert Sheckley

El boletín llegó envuelto en un hálito de temor.

—Alguien baila sobre nuestros sepulcros —dijo Charleroi. Alzó la mirada hasta abarcar con ella toda la Tierra—. Será un bonito mausoleo.

—Tus palabras resultan extrañas —dijo ella—; y, sin embargo, esa forma de ser tuya es lo que me resulta agradable... Acércate más, extranjero, y explícate.

Retrocedí un paso y desenvainé mi espada. A mi lado escuché un chirrido metálico; Ocpetis Marn también había desenvainado la suya y estaba de pie conmigo, espalda contra espalda, mientras las hordas de Megenth se iban aproximando.

—Venderemos caras nuestras vidas, Jon Westerley —dijo Ocpetis Marn, con el chirrido gutural peculiar de los seres de Mnerian.

—Desde luego —repliqué—. Y habrá más de una viuda que bailará el Passagekeen antes de que finalice este día.

Ocpetis asintió con un movimiento de cabeza:

—Y algunos padres desconsolados sacrificarán en soledad al Dios de los Deterioros.

Sonreímos ante nuestras mutuas expresiones de firmeza. Si bien no había de qué reírse. Los machos de Megenth avanzaban lentamente, de modo implacable, cruzando el musgoso césped verde y púrpura. Habían desenvainado sus *raftii*, aquellos puñales largos y curvados, de doble punta, que provocaran un estremecimiento de terror en lo más íntimo y recóndito de la Galaxia Civilizada. Esperábamos...

La primera hoja se cruzó con la mía. Paré el golpe, contraataqué, alcanzando a mi enorme oponente en plena garganta. Retrocedió tambaleante, mientras me aprestaba a enfrentarme a mi nuevo

antagonista.

Dos de ellos cayeron sobre mí simultáneamente. Podía oír el agudo resollar de Ocpetis mientras, con su espada, cortaba y rajaba. La situación era del todo desesperada.

Pensé en la combinación de circunstancias sin precedentes que me había llevado a aquel momento. Rememoré las Ciudades de las Tierras Plurales, cuya mera existencia dependía del fin fatídico que tendría nuestra actual situación. Evoqué los otoños de Carcassone, las brumosas mañanas de Saskatoon, la lluvia color de acero cayendo sobre las Montañas Negras... ¿Iba a extinguirse todo aquello? No, seguramente no. Aunque, ¿por qué no?

Le dijimos al computador:

—Aquí están los factores, éste es nuestro enunciado. Resuelve, por favor, nuestro problema y salva nuestras vidas, todas las vidas de la Tierra.

El computador computó. Y dijo:

—El problema no tiene solución.

—Entonces, ¿cómo vamos a salvar a la Tierra de la destrucción?

—No podéis —resolvió el computador.

Nos retiramos entristecidos. Pero, luego, Jenkins exclamó:

—¡Qué demonios! Esto sólo es la opinión de un computador.

Esto nos animó, y erguimos las cabezas. Decidimos proseguir con nuestras consultas.

El gitano volvió el naípe. Apareció el Juicio Final. Salimos entristecidos. Entonces Myers dijo:

—¡Qué demonios! Esto sólo es la opinión de un gitano.

Eso nos animó, y erguimos las cabezas. Decidimos proseguir con nuestras consultas.

Tú mismo lo dijiste:

—«Un luminoso florecer de sangre en su frente». Fijaste en mí una extraña mirada. ¿Debo amarte?

Empezó todo tan repentinamente... De pronto, las reptantes fuerzas de Megenth, que durante largo tiempo habían permanecido tranquilas, empezaron a expandirse, debido al suero que les había aplicado Charles Engstrom, el telépata enloquecido por el poder. Se llamó a Jon Westerley para que regresara apresuradamente de la

misión secreta que le había llevado a Angos II. Westerley tuvo la suprema desgracia de materializarse en el interior de un anillo de Fuerza Negra, a causa de una traición involuntaria llevada a cabo por Ocpetis Marn, su leal compañero mneriano, que, sin que Westerley lo supiera, había sido capturado en el Salón de los Espejos Flotantes y tenía dominada la mente por el renegado Santhis, dirigente del Gremio de la Entropía. Esto supuso el fin para Westerley y señaló el principio del fin para nosotros.

El anciano estaba anonadado. Le arranqué de la silla de control que se consumía en un fuego sin llama y percibí el característico olor agridulce-salado de la mangnee, ese narcótico insidioso que sólo se cultiva en las cavernas de Ingidor, cuya influencia había trastornado a los centinelas que teníamos apostados a lo largo del Cinturón de la Pared de la Estrella. Le sacudí con fuerza.

—¡Preston! —grité—. Por el amor de la Tierra, por Magda, por todo lo que más quieras, dime qué ha sucedido.

Sus ojos giraron en las cuencas. Su boca se contrajo convulsivamente. Con un enorme esfuerzo murmuró:

—¡Zirn! ¡Zirn está perdido, perdido, perdido!

La cabeza cayó hacia atrás. La muerte se encargó de recomponer sus facciones.

¡Zirn perdido! Mi cerebro trabajaba a toda presión. Ello significaba que el paso de la Alta Estrella estaba abierto, que los acumuladores negativos habían dejado de funcionar y que las tropas se verían desbordadas. Zirn era una herida a través de la cual escaparía nuestra sangre vital. Pero, seguramente, habría una salida. ¿La había?

El presidente Edgars miraba fijamente el teléfono cerúleo. Se le había advertido que no lo usara nunca, excepto en caso de la más extrema emergencia, y ni siquiera entonces. Pero ¿justificaría su empleo la situación en que se hallaban...? Lo descolgó.

—Recepción del Paraíso, habla la señorita Ofelia.

—Aquí el presidente Edgars, de la Tierra. Tengo que hablar inmediatamente con Dios.

—Dios no está en su oficina en este momento, y no podemos localizarle. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Bien, verá... —dijo Edgars—, se me ha planteado una

emergencia verdaderamente fea... Quiero decir que parece como si fuera el fin de todo.

—¿Todo? —preguntó la señorita Ofelia.

—Bien, no literalmente todo. Pero sí significa nuestra destrucción. La de la Tierra y todo eso. Si pudiera someter esto a la atención de Dios...

—Puesto que Dios es omnisciente, tengo la seguridad de que está perfectamente enterado de ello.

—Yo también estoy seguro de que es así. Pero pienso que si pudiera hablar con Él personalmente...

—Mucho me temo que eso no es posible por el momento, pero puede dejar recado. Dios es muy bueno y muy recto, y estoy segura de que tomará en consideración su problema y hará lo que sea correcto y bueno. Es maravilloso, ¿sabe? Yo le amo.

—También yo le amo —convino Edgars, tristemente.

—¿Hay algo más?

—No. ¡Sí! ¿Puedo hablar con el señor Joseph J. Edgars, por favor?

—¿Quién es?

—Mi padre. Murió hace diez años.

—Lo siento, señor, eso no está permitido.

—¿Puede usted, por lo menos, decirme si se encuentra ahí arriba?

—Lo lamento, pero no nos está permitido facilitar este tipo de información.

—Bien, ¿puede usted decirme, por lo menos, si hay alguien ahí arriba? Quiero decir, ¿hay algo realmente más allá de la vida? ¿O tal vez sólo están Dios y usted en lo alto? ¿O quizá sólo usted?

—Para informaciones que conciernan al más allá de la vida —repuso la señorita Ofelia—, haga usted el favor de ponerse en contacto con su más próximo sacerdote, ministro, rabino, mullah o cualquier otra persona que figure en la lista de representantes de Dios acreditados. Gracias por su llamada.

Se oyó un suave campanilleo y la línea quedó cortada.

—¿Qué dice el Jefe Gordo? —preguntó el general Muller.

—Todo lo que conseguí fue mantener un diálogo con su secretaria.

—Personalmente, no creo en supersticiones como esa de Dios —

dijo el general Muller—. Aun en el caso de que fuera cierto, encuentro más saludable no creer en ello. ¿Continuamos?

Continuaron.

Testimonio del robot que pudo haber sido el Dr. Zach:

—Mi verdadera identidad es un misterio para mí, y uno de los que, dadas las circunstancias, no espero que puedan ser resueltos. Pero yo me hallaba en el Palacio Jenghik. Vi a los guerreros de Megenth lanzarse sobre las balaustradas carmesí, derribar los candelabros, romper, matar, destruir. El gobernador murió con una espada en la mano. La Guardia Terrena montó su última línea con el Doloroso Sostén y sucumbió hasta el último hombre después de dar y recibir terribles golpes. Las mujeres de la corte se defendieron con dagas tan pequeñas que parecían simbólicas. Tenían garantizada una muerte rápida. Vi cómo un voraz incendio consumía el bronce de las águilas de la Tierra. Los pueblos sometidos habían huido mucho antes. Contemplé cómo el Palacio Jenghik, esa gran mole, hito indicador del más lejano límite de la soberanía de la Tierra, se venía abajo silenciosamente, envuelto en el mismo polvo del que había surgido. Y entonces supe que todo estaba perdido y que el destino de Terra —planeta del que me considero un leal hijo pese al hecho de que (presumiblemente) yo fui construido más que creado, producido más que engendrado—, el destino de la divina Terra, digo, era ser totalmente aniquilada, hasta que no quedara ni el espectro de un recuerdo.

—Tú mismo lo dijiste, «una estrella estalló en su ojo». Aquel último día debí amarte. Esta noche los rumores son densos y el cielo está rojo. Me gusta cuando vuelves la cabeza de este modo. Tal vez sea cierto que estamos atrapados entre las mandíbulas aceradas de la vida y la muerte. Aun así, prefiero medir el tiempo con mi propio reloj. Y por ello vuelo, a pesar de la evidencia. Vuelo contigo.

—Esto es el fin, te amo, esto es el fin.

EL CEREBRO ROJO

por Donald Wandrei

Al alcance de la mano yace la muerte tibia del universo. ¿Podría el frío intelecto subsistir, o...?

Una tras otra, las pálidas estrellas que poblaban el firmamento titilaron cada vez más débilmente, hasta desaparecer. Una tras otra, aquellas luces llameantes se atenuaron y oscurecieron. Una tras otra se habían desvanecido para siempre, y en su lugar se formaron como enormes manchas de tinta que emborronaban inmensas áreas del cielo que en otro tiempo estuviera iluminado por las estrellas.

Transcurrieron años; siglos enteros huyeron hacia el pasado; los milenios se acumularon hasta convertirse en millones, y también ellos se perdieron en el olvido de la Eternidad. La Tierra había desaparecido. El Sol se había enfriado y endurecido y se disolvió en el polvo de su tumba. Tanto el sistema solar como otros innumerables sistemas se desmenuzaron y desaparecieron, y sus fragmentos se convirtieron en nubes de polvo que fueron tragándose el universo entero. A lo largo de billones de años, y barriéndolo todo hacia un destino común, los inmensos cuerpos, en otro tiempo incontables, que habían salpicado el firmamento desplazándose a través de distancias inconmensurables en el espacio, fueron disminuyendo en número a medida que se desintegraban, hasta que en el negro dosel del firmamento quedaron unos pocos y aislados puntos de luz tenue, que cada vez se iba haciendo más débil y macilenta.

Nadie sabía cuándo empezó a concentrarse el polvo, pero lejos, en el aura olvidada de los tiempos, los mundos muertos desaparecieron sin que nadie volviera a recordarlos ni lo lamentara.

Aquellos fueron los embriones del polvo. Fueron los progenitores de la disolución universal que ahora tocaba a su fin. Fueron las primeras estrellas que se consumieron, murieron y se desperdigaron en miríadas de átomos. Fueron el primer cultivo que se redujo a la nada convertido en una mota de polvo.

Poco a poco, los claros enjambres se transformaron en nubes, las

nubes en mares, y los mares en monstruosos océanos de polvo que lentamente se iba acumulando, polvo que procedía de mundos muertos y agonizantes, de colisiones interestelares causadas por los astros en su caída, de meteoros y cometas que, envueltos en llamas, llegaban del vacío para precipitarse en el abismo.

El polvo se extendía más y más. La apagada luminosidad de los cielos siguió debilitándose a medida que en las profundidades del espacio iban apareciendo grandes tachaduras negras. A lo largo de los millones, billones y trillones de años que habían huido hacia el pasado, el polvo cósmico siguió agrupándose y la grey estelar se vio cada vez más diezmada. Hubo un tiempo en que el universo estaba formado por centenares de millones de estrellas, planetas y soles; pero eran tan efímeros como la vida o los sueños, y se apagaron y desvanecieron uno tras otro.

En primer lugar fueron destruidos los mundos más pequeños; les siguieron los mayores, y así en una escala que ascendía hacia los gigantes que jamás sufrieron desafío alguno y que, alzándose en medio de la noche frente al empuje conquistador del polvo, bramaron su furia e hicieron resplandecer su claridad. En su infernal e implacable guerra contra el universo, el Polvo Cósmico jamás concedió tregua; ahogó a los pequeños aerolitos; engulló a los satélites indefensos; se arremolinó en torno a los cometas, que, lanzados como cohetes, saltaban de un oscuro extremo del universo al otro, dejando un espléndido rastro de llamas, abriendo sendas de salvaje aventura a través de un infinito sin horizontes que el polvo había ya sometido; clavó sus garras en los planetas y sorbió su esencia; cargado de odio y rencor, fue barriendo a los monarcas y asolando sus tierras y desiertos.

Cada vez más y más denso, el Polvo Cósmico fue creciendo hasta que a los gigantes les resultó ya imposible avizorarse mutuamente en sus giros a través del vacío. Por ello, alzaron sus voces tonantes a través del desierto, solitarios, sin esperanza y perdidos. En solitaria grandeza, consumieron en llamas su brillante hermosura. En solitaria derrota y muerte, desaparecieron.

De todas las estrellas de las incontables miríadas que una vez salpicaron los cielos, solamente quedaba Antares. Sólo subsistía Antares, la más inmensa de las estrellas, el último cuerpo del universo, habitado por la última raza que aún poseía conciencia,

que aún poseía vida. Esta raza, sumida en una compasión sin esperanza, había asistido al oscurecimiento de los cielos y, con cicatería, llevo la cuenta de las estrellas que todavía resistían. Se les desgarraba el corazón cada vez que una dejaba de titilar; cada una que abandonaba la lucha y era engullida por la marea de polvo, añadía un nuevo acento en el himno nacional, esa melodía indescriptible, esa salmodia a la fatalidad infinitamente sombría que arrancaba solemnes armonías de cada corazón de aquella raza agonizante. Los habitantes de Antares habían construido una gran cúpula de cristal alrededor de su mundo a fin de impedir que penetrase el polvo y la atmósfera se dispersara; protegidos por esta cúpula, los vigías mantenían su observación silenciosa. Las sombras llegaban avasalladoras, con más ímpetu cada vez, desde los lejanos reinos de la oscuridad, engullendo apresuradamente a la última de las estrellas. La tarea de los astrónomos se había convertido en la más sencilla, y al propio tiempo la más triste, de Antares: observar a la Muerte y el Olvido extendiendo un palio de oscuridad sobre cuanto era, sobre cuanto pudo ser.

La última estrella, Mira, la segunda después de Antares, había brillado con palidez glacial, su titilar se oscureció... y se desvaneció. En el espacio quedó tan sólo una extensión ilimitada de polvo que se expandía más y más en todas direcciones; sólo esto y Antares. Ya no volvieron los astrónomos a escudriñar los cielos par ver cómo una estrella moribunda sucumbía antes que ellos. No volvieron a explorar los más lejanos confines. Por todas partes se arremolinaba el polvo, envolviendo el espacio en una oscuridad sofocante. Hubo un tiempo a través de los abismos, en que fueron sembradas multitud de hermosas estrellas de blanco, casi enfermizo resplandor... Ahora no había nada. Hubo un tiempo en que existió luz en el cielo. Ahora no había nada. Hubo un tiempo en que se veía una tenue fosforescencia en la bóveda. Ahora sólo había un pesado crespón de ébano un lóbrego reino huérfano de radiación, algo sofocante constituido por una oscuridad eterna e infinita.

—Nos reunimos otra vez en esta Mansión de la Niebla, no con la esperanza de haber encontrado un remedio sino para ver cuál es la mejor forma de aceptar nuestra muerte. Nos reunimos, no en la vana esperanza de que podamos controlar el polvo, sino en la esperanza de que podamos triunfar aun cuando seamos destruidos.

Sólo podemos ganar la batalla aceptando nuestra muerte heroicamente.

El orador hizo una pausa. A su alrededor se desplegaba una extraña sala del Espacio. A gran altura se extendía un vago techo cuyos bordes ondulantes se diluían pedidos en la distancia; un techo sustentado por paredes invisibles y poderosas columnas que, separadas por largos intervalos, emergían ondulantes del liso suelo de mármol. Una vaga neblina parecía flotar en el aire, debido a las dimensiones inconmensurables de aquella colosal arquitectura. Difuminado por la distancia, el orador se reclinó en la plataforma de metal que se alzaba por encima del mar de seres que se extendía frente a él. Aunque en realidad no era un orador, ni tampoco un ser como los que una vez habitaron el mundo llamado Tierra.

Debido a las insólitas condiciones de Antares, la evolución se desarrolló, según esquemas completamente distintos a los que siguió en cuerpos que habían poblado el firmamento cuando, en un pasado remoto, el infinito estaba salpicado de estrellas. Antares fue el sol más intenso de cuantos surgieron del caos primitivo. Cuando se enfrió, lo hizo mucho más lentamente que los demás, y cuando en él apareció la vida, tenía por delante una existencia, no de miles ni de millones de años, sino de millardos.

Esta vida, en sus comienzos, había evolucionado desde las formas más simples a las de la edad de las primeras sociedades humanas, y siguió recorriendo la escala paso a paso. Las civilizaciones de otros mundos alcanzaron su cenit y los propios mundos se enfriaron y murieron cuando la poderosa civilización de Antares no hacía más que empezar. La estrella pasó entonces por un período de guerras, hasta que se vio azotada por espantosas destrucciones, de tal magnitud, que, en la Guerra de los Dos Días, produjeron siete billones de víctimas de los ocho billones y medio de habitantes con que contaba el planeta. Aquellos dos días de carnicería terminaron con la guerra para siempre.

A partir de entonces empezó la edad de oro. La mente de los pobladores de Antares aumentó más y más, al tiempo que sus cuerpos se reducían proporcionalmente, hasta que el ciclo se completó. Cada ser situado frente al orador era un montón monstruoso de sustancia negra y viscosa, cada masa un enorme cerebro, un ente sin sexo que vivía sólo para el Pensamiento. Mucho

tiempo atrás se descubrió que la vida podía crearse artificialmente mediante tejidos formados en los laboratorios químicos. Entonces se destruyó el sexo y los habitantes dejaron de consumir su tiempo ocupándose de la familia. Casi todas las incontables horas que de esta forma se ahorraron, fueron dedicadas al desarrollo científico, con el resultado de que la estrella experimentó un salto prodigioso hacia una era de progreso sin parangón.

En su rápida transformación en cerebros, los seres descubrieron que mediante la exterminación de los parásitos y las bacterias de Antares y modificando su propia estructura orgánica, y por medio de la voluntad de vivir se aproximaban a la inmortalidad. Descubrieron los secretos del tiempo y del espacio; conocieron la extensión del universo y supieron que el espacio, en sus límites extremos, se convierte en autoaniquilante. Supieron que la vida se creó a sí misma y controlaron su propio período de duración. Aprendieron que cuando, cansada de la existencia, una vida se daba muerte a sí misma, estaba muerta para siempre; no podría vivir de nuevo, pues la muerte era el último cambio químico de la vida.

Ésas eran las formas que se desparramaban en vasto mar ante el orador. Eran formas porque podían adoptar cualquier apariencia que desearan. Sus mentes todopoderosas tenían un absoluto control de sí mismas. Cuando los Cerebros deseaban viajar, se relajaban, abandonando su habitual semirrigidez, y fluían de un lugar a otro como un reguero de tinta deslizándose cuesta abajo; cuando estaban cansados, se aplanaban hasta convertirse en discos; al exponer sus ideas, se convertían en arrogantes columnas de rígida exudación; y cuando se sumían en la abstracción o se perdían en una placentera contemplación de mundos sin límites creados en sus mentes, mundos por entre los que a menudo vagaban, ofrecían el aspecto de enormes pelotas durmientes.

Ningún sonido había emitido el orador pese a que impartió sus pensamientos a la sensitiva asamblea. Cuando sus mentes lo permitían, los pensamientos de los Cerebros fluían instantáneamente hacia quienes les rodeaban, lo mismo que ondas eléctricas. Antares era un mundo de silencio jamás quebrantado.

Los pensamientos del Gran Cerebro siguieron fluyendo:

—Hace mucho tiempo llegó a conocimiento de todos nosotros el destino que nos esperaba. Nada podíamos hacer. Ello no importaba

mucho, desde luego, pues la existencia es algo inútil que a nadie beneficia. Sin embargo, en aquella reunión celebrada en fecha ya olvidada, solicitamos que quien quisiera ocuparse de ello, intentara pensar en alguna posible forma de salvación para nuestra propia estrella cuando menos, si no para las demás. No se ofreció ninguna recompensa porque no existía para ello recompensa adecuada. El Cerebro recibiría tan sólo la gloria de ser uno de los mayores que jamás se hubieran producido. En cuanto al resto de nosotros, recibiría solamente los efectos de esta gloria mediante el conocimiento de que habíamos dominado el Destino, considerado en aquel entonces, y todavía hoy, como inexorable; el placer que de ello obtendríamos se debería tan sólo al hecho de que nosotros, que nos hemos autocreado pero que no somos supremos, nos habríamos convertido a nosotros mismos en supremos por la conquista de la más poderosa amenaza que jamás haya atacado a la vida, el tiempo y el universo: el Polvo Cósmico.

»Nuestros cerebros más inteligentes estuvieron pensando en este tema durante incalculables millones de años. Excluyeron de sus pensamientos cualquier cosa que no fuera la pregunta: ¿cómo es posible dar jaque al polvo? Elaboraron innumerables planes, que se probaron concienzudamente. Todos fallaron. Lanzamos al vacío descargas de rayos imposibles de controlar, llamadas interplanetarias con la esperanza de poder fundir masas de polvo y convertirlas en nuevos mundos incandescentes Hemos anclado en el espacio inmensos imanes con la esperanza de atraer el polvo, que es ligeramente magnético, y de esta forma solidificarlo o extraer de él gran parte de los escombros. Provocamos espantosas perturbaciones haciendo estallar nuestros compuestos más poderosos en las regiones que nos rodean, con la esperanza de agitar tan violentamente el polvo que, en el seno de las tempestades así formadas, se conmocionarán las tormentas de la creación. Con nuestros rayos aniquiladores hemos abierto billones de brechas a través del incesante flujo de polvo. Destruimos la vida en Betelgeuse y emplazamos allí titánicos generadores de vacío, descomunales máquinas zumbantes destinadas a succionar el polvo del espacio y amontonarlo en aquella estrella. Liberamos enormes cantidades de gas, lo incendiamos y lanzamos el fuego ardiente y furioso en enloquecidas llamaradas, a través del polvo estremecido. En nuestra

desesperación, llegamos a llamar en nuestra ayuda a los Devoradores de Éter. Finalmente, sí, utilizamos nuestra Voluntad-Potente para barrer las oleadas arrolladoras ¡Fue en vano! ¿Qué ocurrió? El polvo, que por un momento había cedido terreno, se tomó un respiro y volvió a lanzarse adelante, en oleadas. Retornó triunfante, en silencio, y de nuevo colgó su palio de oscuridad sobre un Espacio acosado por el temor y cabalgado por las pesadillas.

Henchidos de silenciosa aflicción, los pensamientos del Gran Cerebro seguían fluyendo y esparciéndose por la Mansión de la Niebla:

—Con una amarga tenacidad que jamás antes habían desplegado, nuestros químicos dedicaron su tiempo a la producción de Supercerebros, con la esperanza de llegar a obtener uno que fuera capaz de vencer al Polvo Cósmico. Cambiaron los componentes utilizados en nuestra génesis; experimentaron con moldes y formas, ensayaron todas las posibilidades. ¿Cuál fue el resultado? Salieron monstruos rabiosos, locas abominaciones, horrores satánicos y asquerosos entes devoradores que chillaban salvajemente bajo el influjo de los innúmeros e indescriptibles fantasmas que atestaban sus mentes. Les matamos para salvarnos. ¡Y el Polvo siguió avanzando! Hemos pedido ayuda a todos los Cerebros vivientes. En los siglos remotos, cubiertos por el velo del pasado, hemos apelado a cualquier clase de ayuda. De vez en cuando se nos han propuesto planes que durante cierto tiempo han causado estragos terribles en el Polvo, pero que, por último, siempre han fracasado.

»Está a punto de producirse el triunfo del Polvo Cósmico. Nos queda ya tan poco tiempo que los esfuerzos que podamos hacer ahora serán inevitablemente vanos. Pero hoy, la esperanza de que algún Cerebro, ya sea de los viejos o de los nuevos y gigantescos, haya descubierto una posibilidad aún no ensayada, nos ha movido a convocar esta conferencia, la primera que se celebra desde hace más de doce mil años.

El silencio tenso y alerta que reinaba en el Salón se suavizó, relajándose, cuando dejaron de fluir los pensamientos del Gran Cerebro. Las ondas eléctricas que habían llenado la vasta Mansión de la Niebla se extinguieron y durante largo rato el recinto se vio invadido por una extraña tranquilidad. Pero la masa no permanecía

nunca inmóvil. El mar que se extendía frente a la tarima se agitaba en un flujo y reflujo cuando lo atravesaban las olas de pensamiento. Pero ningún Cerebro se ofreció para hablar, y toda la extensión visible se fue aquietando a medida que transcurrían los minutos.

En forma de fina columna que emergía de la tarima, elevándose hasta gran altura, el Gran Cerebro se balanceaba, una y otra vez recorrió con la mirada todo el Salón, escudriñando entre las ondulantes formas con la esperanza de encontrar en algún punto, entre aquella multitud una que pudiera ofrecer una sugerencia. Pero transcurrieron los minutos y el tiempo se alargaba sin que llegara ninguna respuesta; la tristeza del fin inmutable y fijo se infiltró a través de la última raza. Y los Cerebros, absortos en su meditación, vieron cómo el Polvo presionaba sobre la concha de cristal de Antares, mostrando una mueca de triunfo.

El Gran Cerebro no había esperado obtener respuesta, ya que desde hacía siglos se consideraba inútil combatir al Polvo, así pues, cuando su previsión, aunque no su deseo se vio cumplida, se relajó y se dejó caer en señal de que la reunión había terminado.

Pero antes de que se hubiera completado su movimiento, en el centro de aquel mar, surgiendo de las profundidades, se produjo una violenta agitación; en un instante todo un sector se replegó y, precipitándose en tromba como un surtidor, se lanzó hacia arriba silbando al cortar el aire; el chorro ascendió en dirección al techo hasta que empezó a ondular, fino y tenue como una columna de humo desde la oscuridad de las alturas de la Sala, la cúspide del Cerebro, miró fijamente hacia abajo.

—¡He encontrado un plan infalible! ¡El Cerebro Rojo ha conquistado al Polvo Cósmico!

Una terrible tensión cayó sobre los Cerebros entumecidos por el lamento que en oleadas silenciosas se extendía desde la Mansión de la Niebla hasta el sepulcro vacío y huérfano de sueños hecho de mármoles exóticos. El Gran Cerebro, apenas relajado, se irguió de nuevo. Y, formando un curioso torbellino, la multitud reunida se volvió repentinamente.

En el acto, el Cerebro Rojo quedó suspendido sobre el centro de un mar que había adoptado la disposición de un anfiteatro; todos los Cerebros tenían la mirada puesta en el centro. Una expectación y esperanza difícilmente contenidas electrizaban el aire.

El Cerebro Rojo era una de las últimas creaciones de los químicos, y se había obtenido durante los experimentos que se realizaron para producir cerebros más perfectos. En el pasado, todos habían sido negros, pero quizá debido a impurezas en los componentes químicos éste había evolucionado hacia un color rojo mate muy oscuro. Sus compañeros sintieron admiración por él sobre todo cuando descubrieron que muchos de sus pensamientos no podían ser captados por ellos. De entre las cosas que pasaban por su interior y que él permitía a los demás conocer, había una considerable porción que les resultaba incomprensible. Nadie sabía cómo juzgar al Cerebro Rojo, pero muchos pusieron sus esperanzas en él.

Por lo tanto, cuando el Cerebro Rojo lanzó su anuncio, los demás formaron un ancho círculo alrededor de él, con las mentes pasivas y abiertas hacia la explicación. Así, pues, se tendieron silenciosamente, a la espera del descubrimiento, y se recostaron, completamente desprevenidos para lo que iba a suceder. Ya que, en cuanto el Cerebro Rojo se halló suspendido en el aire inició un lento pero incansable balanceo; a medida que se balanceaba, sus pensamientos se verían en forma de canto rítmico. Descollaba en lo alto por encima de todos, igual que una columna lisa y tenue cuyo altivo capitel se moviera cada vez más rápidamente a medida que un estremecimiento nervioso recorría toda su extensión en oleadas que subían y bajaban. El tono del extraño canto se fue haciendo cada vez más y más fuerte, hasta convertirse en un salvaje y ditirámico salmo, dedicado a la belleza del pasado, a la gloria del presente y al esplendor del futuro. Y la balada se convirtió en una quejumbrosa loa, en una exaltación; ramalazos de furiosa alegría la recorrieron, repitiendo:

El Cerebro Rojo ha conquistado al Polvo. Otros fracasaron, pero él no. Cantemos el himno nacional en honor del Cerebro Rojo, porque él ha triunfado. Exaltémosle, porque ha demostrado ser el más grande de todos. Veneremos al que es más grande que Antares, más grande que el Polvo Cósmico, más grande que el Universo.

De repente se detuvo. Los Cerebros, perplejos, miraron hacia lo alto. Por un momento, el Cerebro Rojo había detenido su cabeceo, acercando a ellos sus pensamientos. Pero, a lo largo de toda su extensión, inició un giro vertiginoso, que fue acelerándose hasta

alcanzar una increíble velocidad. De pronto, algo antagónico emanó de él y antes de que los Cerebros lograran captar la situación, antes de que pudieran protegerse cerrando sus mentes, los impulsos de voluntad del Cerebro Rojo, cargados de odio y muerte, latieron sobre ellos y penetraron en sus mentes abiertas. Como un remolino, el Cerebro Rojo giraba arrastrándoles a su destino. Igual que balones semihinchados, los demás Cerebros yacían a su alrededor; durante un segundo se pusieron rígidos como burbujas de vidrio al enfriarse; y a medida que sus pensamientos, y por lo tanto, sus vidas, ya que Pensamiento era Vida, iban siendo aniquilados, quedaban instantáneamente aplastados como globos pinchados, disolviéndose en charcos de limo evanescente. Sucumbían por decenas y por centenares, destruidos por los pensamientos devastadores, imparables, del Cerebro Rojo, que llenaba todo el Salón; por grupos, por secciones, por doquier.

Alrededor del círculo caían los cerebros sentenciados por el destino en aquel único momento de descuido, mientras fluía una espesa tinta que formaba charcos, que se arrastraba y se convertía en ríos de brea que se precipitaban por el suelo de mármol pulido con un suave siseo sedoso.

La esperanza del universo se había cifrado en el Cerebro Rojo.
Y el Cerebro Rojo estaba loco.

ESTA NOCHE SE DERRUMBARÁ EL FIRMAMENTO

por Daniel F. Galouye

Pienso, luego existo... pero, supongamos que no pienso, ¿no existo? ¿Y qué hay respecto de usted y *ello*?

—Me están siguiendo —dijo de pronto Tarl Brent, mientras llevaba a la muchacha hacia el bordillo de la acera—. Estoy seguro, Maud —insistió—. No lo diría si no lo supiera con seguridad.

La muchacha frunció el ceño hasta que el estridente sonido de un claxon se acalló, y luego se acercó más a él mientras caminaban por la acera llena de gente.

—¡Tonterías! —exclamó, frunciendo los labios—. ¡Seguirte! ¡Qué cosa tan ridícula!

Pero él aceleró el paso por entre el gentío de mediodía y dirigió una mirada a la izquierda, sirviéndose de los espejos que cubrían una columna de una tienda para examinar el espacio que quedaba a su espalda.

—¿Para qué querría alguien seguirte? —Maud dirigió a su alrededor una mirada dubitativa.

—Me apostaría las cejas —replicó él, ignorando la pregunta y sin apartar la mirada del espejo— a que se trata de ese hombre que lleva el sombrero marrón y un traje a rayas... ¡Espera! —La sujetó por el brazo con fuerza—. ¡No te vuelvas ahora!

Habían rebasado la tienda y no contaba ya con el espejo.

—Pronto lo descubriremos —dijo él.

La joven se rió, burlona.

—Todavía estoy interesada en saber por qué crees que alguien te sigue.

—Hace el tiempo suficiente que eres mi secretaria —le recordó él—, para saber bastante acerca de mí. El hecho de que me sigan los pasos constituye, precisamente, otro de los misterios personales que querría resolver.

—¿Misterios? —repitió Maud, enarcando una ceja.

—Eso es, misterios. Todos los «por qué» a los que quisiera encontrar respuesta. Ya sabes, Maud, que hace tan sólo tres años era

un don nadie. Y mira ahora dónde estoy; a punto de conseguir mi primer millón.

—Pero si no hay ningún misterio en todo esto. Emprendiste tus negocios después de heredar unos cien mil dólares de...

—De un pariente a quien nunca conocí —añadió él completando la frase—. Y todavía abrigo serias dudas de que tal persona haya existido.

Se hallaban en la esquina esperando a que cambiara el semáforo. De nuevo dirigió él una mirada hacia atrás, por encima del hombro.

Luego cruzaron la calle.

—Y no se puede decir que haya alcanzado el éxito gracias a un cerebro privilegiado —confesó—. Sabes tan bien como yo hasta qué punto ha intervenido en todo la suerte... Sin ir más lejos, la semana pasada habría perdido unos cincuenta mil dólares en la bolsa, si nuestro agente no se hubiera equivocado al tomar nota de mis instrucciones.

—Bonito error —se rió la joven—. Te proporcionó un beneficio de treinta mil, ¿no es verdad? ¿Por qué preocuparse por una cosa así, digo yo? No perdería ni un segundo pensando en ello, en tanto que la suerte no empezara a cambiar.

Cruzando junto a una anciana, Tarl condujo a su secretaria en diagonal, atravesando la acera en dirección al patio de un restaurante, salpicado de mesas protegidas por grandes sombrillas.

—Pero, Maud —protestó—, cada maldita cosa que me ha sucedido durante los tres últimos años *ha* sido suerte. Es...

Soltó el brazo de la muchacha, empujándola suavemente en dirección a la entrada del patio.

—Ve —susurró— y toma una mesa.

—¡Tarl! —exclamó Maud—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a agarrar al tipo que nos ha estado siguiendo y a descubrir qué pasa con todo esto.

Se volvió bruscamente y se alejó.

—Espera —llamó ella, pero el hombre desapareció entre un grupo de personas.

Tras recorrer un corto espacio a grandes zancadas, distinguió de nuevo al hombre que buscaba. Una expresión de sorpresa apareció por el rostro de éste. Tarl le tenía ya casi cogido por el hombro cuando un anciano, que usaba gruesas gafas, salió por una puerta,

cargado de paquetes. Tarl y el anciano chocaron y cayeron al suelo. El tercer hombre giró rápidamente sobre sus talones, se lanzó a la carrera y dobló la esquina.

Incorporándose de un salto, Tarl se encontró sujeto por el hombre de las gafas, que, tendido en el suelo, se asía al borde de su pantalón.

—Después de derribarme, al menos podría ayudarme a ponerme de pie... ¡jovencito! —dijo el anciano con enojo, manteniéndose agarrado, con una fuerza sorprendente, a los pantalones de Tarl.

Tarl miró al hombre que se hallaba en el suelo, dirigió una inútil ojeada hacia la esquina y suspiró:

—Ahora es ya demasiado tarde.

—¿Qué está diciendo?

—Oh, nada importante, abuelo —eludió Tarl, ayudándole a ponerse de pie.

Cuando regresó al patio, Maud seguía inquieta.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se ha escapado. —Se sentó junto a ella—. Estoy seguro de ello, Maud. Ese hombre *estaba* siguiéndome.

La joven se rió y, de una silla cercana, tomó un periódico que algún cliente debió dejar olvidado.

—Aquí hay algo más interesante como tema de conversación. Dice: «Los físicos establecen una nueva velocidad de la luz...».

—¿Qué razón crees que pueda haber para que alguien esté interesado de forma tan vital en lo que hago? —preguntó Tarl con la mirada perdida en el vacío, mientras se pellizcaba el mentón.

—Tres renombrados físicos de los Estados Unidos —continuó ella leyendo— han confirmado hoy las nuevas estimaciones del Dr. Randel Steffington acerca de la velocidad de la luz, que el científico de Washington estableció ayer en su laboratorio.

»Los tres científicos, después de llevar a cabo experimentos por separado, llegaron a la conclusión de que la luz se desplaza a ciento sesenta y cinco mil kilómetros por segundo, es decir, a ciento treinta y cinco mil kilómetros por segundo menos de lo que hasta ahora se suponía...»

Tarl se echó a reír repentinamente.

—De acuerdo, tú ganas —cedió.

Apareció un camarero, que tomó nota de lo que deseaban.

Luego, Tarl permaneció sentado en silencio por unos minutos, mientras su secretaria estudiaba los rasgos de su rostro.

—Mira, Tarl —dijo ella finalmente—. Si vas a ponerte a darle vueltas, no quiero ser yo quien te impida discutir el tema. Así que hablemos de ello.

La expresión de Tarl se volvió pensativa.

—No es que imagine que se trate de nada misterioso... —Cruzó los brazos y se reclinó sobre la mesa—. Empecé a sospechar a raíz de mi desplazamiento a Nueva York, cuando me informaron de lo de la herencia. No tenía dinero, e inicié el camino viajando como polizón en el ferrocarril... Por poco no llego. Al entrar el tren en un apartadero, se produjo un incidente en que me vi envuelto en un lío con un par de borrachos. Les habría bastado un minuto para dar cuenta de mí con sus botellas de cerveza rotas. Cuando ya se aproximaban zigzagueando, otros tres tipos saltaron de detrás de un furgón. No tuve tiempo de dar un solo golpe. Aquellos tres dejaron fuera de combate a la pareja en un abrir y cerrar de ojos. Tampoco tuve ocasión de darles las gracias: desaparecieron a toda prisa.

»A partir de entonces, las cosas han sucedido siempre de esta forma. Siempre aparece alguien, surgido de la nada, que frena mi avance cuando da la impresión de que voy a cruzar por una calle llena de tráfico... Si salgo en el yate y el mar se agita un poco, aparecen botes a mi alrededor sin que se sepa de dónde... Pero todos estos incidentes, sin aparente relación entre sí, carecían de sentido hasta que empecé a unirlos hace unas semanas. Ahora veo que encajan todos en un mismo patrón: el de que alguien o algún grupo está haciendo cuanto puede para protegerme de todas las maneras concebibles. Física, económicamente, en cualquier forma imaginable... ¿Sabes qué hizo que me diera cuenta de ello, Maud? —preguntó de pronto.

La joven negó con la cabeza.

—Lo recordarás. Los periódicos lo publicaron el mes pasado.

—¡Ah!, ¿te refieres al atraco?

—Eso es... Ocurrió frente a mi casa. Mi chofer y yo nos apeamos del coche al mismo tiempo. Aquel tipo salió de detrás de un seto y empuñó un revólver. Antes de que terminara de decir «es un atraco», empezaron a disparar desde todas partes a nuestro alrededor... La policía contó veintiséis balas en su cuerpo. ¿Quién

hizo aquellos disparos? ¿Por qué los hizo, si no para protegerme? ¿Por qué no se halló a aquellos hombres?

Hubo una ligera vibración en la silla de Tarl al ser golpeada por la silla de una mesa vecina. El hombre que la había ocupado acababa de levantarse bruscamente y desapareció en el interior del restaurante.

Otro hombre ocupó su lugar. Por un momento los ojos de Maud se encontraron con los del recién llegado. Luego volvió a fijar su atención en Tarl.

En un edificio modesto, próximo al centro de la ciudad, sonó el teléfono en una oficina del quinto piso. Un hombre enjuto, de mediana edad y facciones inexpresivas, respondió a la llamada.

—¿Diga?

—¿Oficina Central?

—Sí, aquí la Oficina Central. Habla el Director Jefe.

—M-3 informa.

—¿Se ha hecho el relevo correctamente?

—Desde luego... Pero dejémonos de formalidades, T.J. Esto es serio... Está todavía más suspicaz que ayer. Charles, su chofer, y su secretaria...

—No mencione nunca a ningún miembro del proyecto por su nombre o relación —amonestó T.J., cortante.

—Bien; S-14 y B-1 tenían razón cuando informaron que mostraba una creciente tendencia a no considerar el trabajo de los agentes de la Oficina Central como incidencias casuales. He llegado a la conclusión de que se da perfecta cuenta de que se halla sometido a constante vigilancia. Según parece, ha tratado de atrapar...

—Sí, ya lo sé. B-22 ha informado hace cinco minutos. El intento ha fracasado gracias a la agilidad mental de F-5.

M-3 habló con rapidez, sin vacilaciones. Un grabador telefónico acoplado a la línea registraba las palabras del agente en una cinta magnética destinada al archivo. Sus palabras constituían un resumen de la conversación que Tarl había sostenido en la mesa del Patio.

T.J. le interrumpió una sola vez; cuando mencionó la cita del periódico que había leído la secretaria:

—¿Reaccionó ante la mención de la velocidad de la luz?

—No. Pero creo que se debería prevenir a B-1 para que, en lo sucesivo, evite el uso de palabras «gatillo» si, como usted dice, existe la posibilidad de una acción de respuesta.

—Se le recordará —aseguró T.J.

—¿Puedo ocupar de nuevo mi sitio? —inquirió M-3.

—¡Desde luego que no! Ya sabe usted que no puede tener más de una asignación al mes.

—Entonces, ¿tengo el resto del día libre?

—Libre durante el tiempo que tarde en regresar aquí y meter la nariz en los archivos durante los próximos treinta días.

T.J. se reclinó en su asiento. Pulsó varios botones que estaban sobre la mesa. Momentos después, entraron en la habitación tres hombres, quienes se sentaron alrededor de la mesa.

Tras mirarles fijamente, uno tras otro, T.J. anunció:

—¡Está empeorando!

Los tres mostraron evidente preocupación. Uno de ellos preguntó:

—¿Qué podemos hacer, T.J.?

—No lo sé. —El Director Jefe jugueteaba con el lápiz—. Pero habrá una asamblea de consejeros esta tarde. —Eché una mirada al reloj—. Dentro de una hora.

—Existe la posibilidad —dijo otro— de que hayamos extremado la vigilancia. Estamos echando a perder nuestro propio objetivo, T.J., si dejamos que lo descubra. Sus sospechas podrían provocar precisamente lo que nosotros esperábamos eliminar.

—¿Cree usted que la noticia que dio ayer Steffington podría haber actuado a modo de percutor? —preguntó nerviosamente el agente que se hallaba a la derecha de T.J.

—No —aseguró el Director Jefe—. Hemos tenido prueba de ello no hace más de diez minutos. Por lo menos, no hay respuesta consciente, según parece, al estímulo de la «velocidad de la luz». De hecho, no ha existido una reacción consciente a ninguno de los anuncios científicos que se han producido durante los últimos tres años. Bueno es que su mente, digamos más bien su consciente, no sienta inclinación hacia ninguna ciencia.

El tercer hombre sentado a la mesa se secó la frente distraídamente con el pañuelo.

—Todo se acabaría —empezó a decir— si llegara, a descubrir

que él es el responsable de todos esos pasmosos descubrimientos iconoclasticos y...

T.J. le cortó en seco:

—No olvidemos que es responsable de todos excepto del primero, aun cuando no lo sepa. *Nosotros* somos los responsables del primero, indirectamente. Desde luego, él lo causó, pero la culpa debe achacársele indirectamente a nuestra incitación.

El cuarto hombre, que hasta entonces había permanecido silencioso, dijo titubeante:

—Me pregunto si no habría ido todo mejor de no haber intentado verificar la hipótesis; si hubiéramos dado por ciertas nuestras sospechas sin tratar de demostrarlas, provocando la respuesta inicial.

T.J. alzó una mano en señal de protesta: —Bien, ahora todo esto pertenece ya al pasado. Es demasiado tarde para hacer nada. Ciertamente, nuestra prueba dio como resultado una desaparición «inexplicada» del planeta Mercurio. Sabemos que el planeta no cayó en el Sol cuando se encontraba en el apogeo. Sabemos que fue desmaterializado, sencillamente... Pero con ello averiguamos, sin duda posible, lo que estaba acechando tras el subconsciente de Brent.

El agente sentado frente a T.J. empezó a transpirar de nuevo:

—¡Si por lo menos le hubiéramos dejado solo! Si no le hubiésemos dopado ni permitido a Mendel que...

—El doctor Mendel —interrumpió T.J.— es el mejor psiquiatra del mundo. El estímulo para la prueba fue perfectamente administrado. Brent se hallaba en uno de los estados de sonambulismo más completos que he visto nunca. La sugestión alcanzó su subconsciente, y aun más allá de su subconsciente —T.J. se estremeció— y extrajo la respuesta probatoria. Las sugerencias post-hipnóticas actuaron suavemente, a juzgar por los informes que hemos recibido. Brent nunca ha recordado nada, ni siquiera los incidentes que condujeron a su dopado. No creo que nadie más, aparte de Mendel...

—¿Se discute acerca de mí?

La frase, pronunciada por una voz grave, llegó procedente de la puerta abierta. Erguido junto a ella se encontraba un hombre de rasgos muy acusados.

—¡Ah! ¡Doctor Mendel! —T.J. se incorporó, avanzó en dirección a la puerta y acompañó al doctor para que tomara asiento junto a la mesa—. Estamos convocando una asamblea de consejeros —explicó T.J. después que Mendel se hubo acomodado.

—Entonces, ¿piensa usted que la situación es muy seria?

—Brent tiene cada vez mayores sospechas. —T.J. tabaleaba con los dedos en la mesa—. Precisamente estábamos discutiendo la posibilidad de que algo estuviera marchando mal.

—Yo decía —agregó el hombre que se sentaba a la derecha del Director— que en algo nos debemos de haber equivocado... Están apareciendo respuestas no provocadas de forma casi periódica desde que iniciamos este proyecto... ¡destinado precisamente a impedir tales respuestas! La verdad es que confiamos en que no habría más respuesta que la inicial. Pero siguieron otras, y ahora son cada vez más frecuentes... ¡Les digo que esta cosa es perturbadora! ¿Qué pueden decirme sobre la desaparición del resfriado común, hace un año?

—Bueno, eso fue... —interrumpió T.J.

El agente ignoró la interrupción.

—Y Juego está ese otro asunto relativo a la nueva distancia establecida entre la Tierra y el Sol. Y el descubrimiento imprevisto de tres elementos de imposible clasificación en la tabla periódica. Y la refutación de la Hipótesis de Avogadro... Son demasiadas cosas a la vez. Les digo que la cosa es perturbadora.

—Si lo es hasta el extremo de que no se puede detener y reintegrarla a su estado de inactividad, entonces no podemos hacer gran cosa, ¿no es cierto?

Con la mano, el Director Jefe palmeaba suavemente sobre la mesa.

Los tres hombres restantes volvieron la cabeza lentamente y se miraron unos a otros. El doctor Mendel se incorporó, caminó hacia la ventana y, pensativo, observó la atareada calle que se extendía a sus pies.

—Señores —dijo—, ¿alguna vez se han relajado ustedes lo bastante como para adquirir conciencia de la tremenda e ilimitada fuerza con que estamos jugando? Si pudiera ser dominada... ¡Imaginen que tienen a su disposición toda la energía que ha existido en el universo!

El doctor se volvió con lentitud y se encaró con los hombres sentados en derredor de la mesa. Sus ojos, sin embargo, no contemplaban nada de lo que se encontraba en la habitación. Tenía la voz enronquecida, cuando prosiguió:

—Si tan sólo existiera alguna forma en que esa fuerza pudiera ser controlada, liberada bajo control a fin de utilizarla... en ese caso, nada sería imposible. *¡Nada!* —recalcó.

A medida que hablaba, su tono de voz se había ido elevando en forma alarmante. T.J. se aclaró la garganta.

—Me estremezco sólo de pensar en estas cosas —dijo en tono de reproche—. El destino de la humanidad depende de que seamos capaces de domeñar esa fuerza de modo que sólo pueda ser aplicada de una forma natural.

—Pero, T.J. —el doctor Mendel se volvió hacia el Director—, la fuerza está ya casi liberada. Ha desaparecido un planeta. Ha quedado extinguido un universo entero de microorganismos responsables de una enfermedad. Se producen otras manifestaciones y descubrimos que los astrónomos han estado equivocados durante los dos últimos siglos; que la Tierra está ahora más cerca del Sol; que el calor del Sol no es tan intenso como creíamos... Estoy convencido de que habrá otras manifestaciones. Quizá deberíamos abandonar nuestro actual proyecto. Tal vez deberíamos elevar la cosa a un estado consciente e intentar una comunicación...

—No, Mendel —T.J. negó severamente con un movimiento de la cabeza—. Éste es nuestro último recurso. De todas formas, creo que aún quedan esperanzas para nuestro plan de acción original. Podemos calmar las sospechas de Brent; nuestros agentes han aflojado un poco la vigilancia a que le tienen sometido. Y yo tengo otro plan...

Los cuatro hombres fijaron la mirada en él, expectantes.

—Hasta ahora —prosiguió T.J.— hemos pasado por alto un factor principal... No hemos llevado a cabo ningún esfuerzo coordinado para introducir el afecto en su ambiente. Brent no tiene todavía una dependencia sentimental.

—Pero —Mendel frunció el entrecejo—, yo pensaba que Maud, quiero decir, B-1...

—No, no hay nada por ese lado. —T.J. negó con la cabeza—. Si hubiese habido algo entre ellos, habría sido accidental, no

planeado. Creo que si encontramos una personalidad que le agrade y un tipo físico que le atraiga, entonces, tanto su consciente como el subconsciente volverán a estar preocupados, lo que tal vez permita que la cosa se calme y caiga en completo letargo...

T.J. se levantó del sillón giratorio. Los tres consejeros visitantes interpretaron el movimiento en el sentido de que la conferencia había terminado y abandonaron la habitación. T.J. se volvió hacia Mendel.

—En cualquier caso, este asunto quedará totalmente liquidado dentro de las dos próximas horas. Entretanto, pondremos a trabajar en los archivos a todas las personas que estén disponibles, desenterrando cualquier cosa que pueda arrojar alguna luz acerca de sus preferencias en cuanto a mujeres.

Una atropellada multitud se afanaba por la calle mientras empezaba a anochecer. Con el abrigo al brazo, en pie tras las puertas de cristal, en el vestíbulo del edificio donde tenía su oficina, Tarl esperaba impaciente la llegada de su chofer.

Un destello de cromo y metal negro rodó hasta situarse frente al edificio. El rostro anguloso, firme, de Charles se enmarcaba en la ventanilla delantera derecha del automóvil. Alargó el brazo por encima del asiento y soltó el pestillo de la puerta trasera.

Tarl se bajó el ala del sombrero, salió del edificio a rápidas zancadas y fue a tropezar con una joven que en aquel momento cruzaba, andando a buen paso. La fuerza del golpe arrancó de sus labios un agudo grito, al tiempo que, asiéndose al abrigo de Tarl, caía tendida en la acera; él consiguió mantener el equilibrio. El sombrerito cónico que llevaba la joven se había deslizado hacia un lado y caía precariamente sobre su frente, cubriéndole un ojo. Sobre los hombros de su cuidado vestido caían unos bucles de lustroso cabello rojo, armonizando con el aspecto amelocotonado de sus mejillas.

La falda de la joven se le había subido al caer. El dobladillo se ofrecía a la vista, cruzando sobre sus piernas, a medio camino entre las rodillas y la cadera, revelando unas pantorrillas y muslos firmemente modelados. Sorprendida, se sentó por unos momentos, con una expresión de sobresalto en su atractivo rostro.

—¡Uf! —exclamó, componiéndose el sombrero mientras Tarl la ayudaba a ponerse de pie—. ¡Vaya encontronazo!

—Lo siento muchísimo —dijo él, compungido—, yo no...

—¡Oh, no se excuse! —sonrió ella—. Seguramente ha sido culpa mía.

La frente de Tarl se frunció ligeramente, al pensar, de pronto, en las coincidencias que existían entre aquél y otros incidentes que se habían producido ya durante el mismo día. La muchacha parecía estar estudiando su rostro, como si esperase algo. Tras un silencio de varios segundos, desvió la mirada con cierto azoramiento. Un timbre de alarma sonó en la mente de Tarl.

Soltó los brazos de la muchacha, quien dio unos pasos hacia la puerta para apartarse de la gente que les rodeaba. De pronto vaciló y estuvo a punto de caer. Por segunda vez, la sujetó por el brazo.

—Yo, yo... —la joven se agachó y se pasó una mano por el tobillo—. Creo que me lo he torcido. —Hizo una pausa—. No sé si podré llegar a casa...

De nuevo, la nube de sospecha flotaba en su mente. Aquella joven parecía ansiosa por prolongar el contacto accidental.

—Puedo enviarla a casa en un taxi —sugirió, rompiendo el silencio.

La joven echó una rápida ojeada al automóvil aparcado junto al bordillo. Las cejas de Tarl se enarcaron al interpretar que aquella ojeada traicionaba el hecho de que ella sabía, sin que se lo hubiera dicho, que tenía un coche y un chofer esperando.

—Vamos a ver —dijo Tarl tomándola por el codo y obedeciendo a un impulso—. Tomaremos un taxi y veremos que llegue a casa sin dificultades.

—Me llamo Leila Smithers —rezongó, mientras cruzaba la acera junto a él, cojeando—. ¿Y usted?

—Tarl —respondió, mientras hacía señas a un taxi—. Tarl Brent.

—Vivo en el 8642 de Chesnut —aclaró, hablando por encima del hombro, mientras subía al vehículo.

Con movimientos automáticos, Tarl depositó un billete en la mano del chofer, cerró de golpe la portezuela detrás de la joven y le dijo al taxista:

—Ya oyó la dirección, ¡adelante!

El vehículo se puso en marcha penetrando en el flujo de tránsito.

Apenas había desaparecido el taxi cuando ya lamentaba lo que había hecho. Si no era errónea la intuición que había tenido, debió

continuar con la joven y seguirle la corriente, para averiguar así todo lo que ella quería saber.

Cuando estuvo instalado en el asiento delantero de su coche, notó algunos síntomas de dolor de cabeza. Deseó que esta vez no fuera demasiado fuerte, que no durara tanto como los que había tenido antes.

—Vaya belleza, jefe —observó Charles, mientras introducía el coche en la corriente de vehículos—. ¡Diablos, cómo me gustaría toparme con algo así!

—Habérmelo dicho antes, Charles; la habría retenido para ti...

Esbozó una sonrisa pese a la sensación palpitante que notaba en la base del cráneo.

—¡Uf! —Charles movió otra vez la cabeza y silbó—. ¡Era una auténtica belleza!

—Como las otras dos —masculló Tarl, meditabundo.

—¿Qué otras dos?

—Bueno, Charles, te lo contaré todo. La señorita pelirroja no ha sido la única con la que me he «tropezado» hoy. Ha sido sólo una entre tres primorasas muchachas. La primera era rubia; la otra, trigueña. Todos los encuentros han sido casuales. Y las tres chicas estaban ansiosas por entablar relación. —Se volvió hacia el chofer para preguntarle—: ¿Qué opinas de todo esto?

—Si es como dice, pienso que se puede caer en la trampa para salir después oliendo como una rosa.

Tarl se rió.

—No captas la onda... Tres mujeres. Las tres mujeres más hermosas que he visto en mi vida. Encontrármelas a todas, no en el mismo año, ni en el mismo mes... sino en el transcurso de un solo día. ¿No te parece muy raro?

—Uf, jefe —le reprochó Charles—, no empezará usted otra vez a lamentarse de su suerte, ¡vamos!

—Bueno, Charles, no puedes decir...

—¡Por todos los demonios, jefe! ¿Por qué no se relaja y disfruta de ella? Si se topa con tres hermosas mujeres que tienen ganas de trabar amistad con usted, ¿por qué no les deja hacerlo? Diablo, ¡yo no tendría ningún reparo en *ello*!

—Ni yo tampoco, Charles, si supiera por qué... por qué han de ser tantas a la vez.

Tarl permaneció callado unos momentos. Fue Charles quien rompió el silencio:

—¿No hubo nunca una mujer, jefe?

—Desde luego, hubo una mujer. Aunque ahora no parezca estar muy interesado en ellas, eso no quiere decir que no lo estuviera en otro tiempo.

—¡Oh, oh! —Charles volvió la cabeza en dirección a su patrón—. Así que se trata de eso. Dígame, jefe, ¿cómo era? ¿Qué ocurrió?

—Bueno, era bonita. No hermosa. No era fea, sino más bien... atractiva.

De nuevo guardó silencio. Pero esta vez Charles se abstuvo de interrumpir sus pensamientos.

—Supongo que me habría casado con ella —resumió Tarl—, pero advirtió lo que estaba pasando. Comprobó mi creciente afición al alcohol y decidió despreocuparse de lo que fuera de mí. Tal vez se portó egoístamente. Tal vez pensó que podría desviarme del camino que estaba emprendiendo... pero no lo consiguió. Seguí bebiendo. Antes de que me enterase, abandonó la localidad. Vino aquí. En estos momentos es probable que se encuentre en cualquier lugar de esta ciudad.

—¿Cómo se llama?

—Marcella, Marcella Boyland.

—¿Vivía cerca de usted?

—En una casa de apartamentos, al otro lado de la calle.

—Me gustaría ver a esa chica. Sabe...

—Tengo una fotografía suya. —Tarl sacó la cartera, hurgó en ella unos segundos y extrajo una pequeña fotografía. Se la pasó a Charles mientras se volvía a meter la cartera en el bolsillo. El chofer encendió la luz del techo y dividió su atención entre la conducción del coche y la instantánea.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡No está del todo mal! Desde luego, no se puede comparar con la pelirroja... pero ¡está muy bien!

Charles devolvió la fotografía, que Tarl introdujo en el bolsillo lateral de su chaqueta.

De pronto, el vehículo frenó con fuerza y Tarl fue lanzado hacia adelante. Un sedán último modelo que les precedía se había detenido bruscamente en el cruce que tenían delante, a pesar de que el semáforo estaba en verde.

Charles no fue capaz de frenar el coche con la rapidez, necesaria y su pesado automóvil abolló la parte trasera del otro.

Tarl sabía que no podían haberle producido un gran daño. No obstante, por el lado del bordillo, se abrió la puerta del coche que estaba delante.

Pero no fue un hombre airado quien salió del automóvil. Supo, al ver un tobillo y una pantorrilla bien formados asomando por debajo de la portezuela, que se trataba de otra mujer joven.

—No fue culpa mía —Charles se volvió hacia su patrón—. Ha sido él.

—No, Charles —corrigió Tarl—, no es *él*... Se trata de una mujer. Otra Venus. Míralo tú mismo.

Ambos hombres se aparearon. La mujer, que no contaría más de veintiún años, salió hecha una furia y se apoyó las manos en las caderas, echando llamas por los ojos.

—Supongo que encontrará una excusa —masculló, rabiosa, echando un vistazo a Charles y fijando después su mirada en Tarl.

—¡Perdone, señora! —estalló Charles—. Usted no debió parar tal como lo hizo.

La joven soltó un grito ahogado.

—¿Acaso no vio que sacaba la mano? —inquirió, golpeando el asfalto de la calle con su diminuto pie.

—Si ha habido algún daño —Tarl se interpuso entre los dos— me ocuparé de que lo reparen; lo tendrá mañana al mediodía, como máximo.

La joven pareció calmarse un poco, pero su pecho seguía moviéndose al ritmo de su respiración agitada, bajo el ceñido suéter. «¡Es del tipo vivaz, y tiene genio!», pensó Tarl. Era más que una sospecha lo que le decía que la joven estaba representando una comedia. ¡Estaba totalmente seguro de ello!

—¿Dónde vive usted?

Tarl sonrió, tratando de seguir el juego en la forma que, pensó, a ella le gustaría que lo hiciera.

De nuevo sus ojos se encendieron.

—¡No irá a enviarme un abogado para que discuta conmigo!

—Trato de hacer que se ocupen de su coche inmediatamente. — Y con una sonrisa, agregó—: Y si me lo permite, la acompañaré a su casa.

La expresión de la joven se suavizó. Tarl hizo ademán de tomarla por el brazo, pero en lugar de asir su codo, se detuvo tambaleándose, con las facciones contraídas por el dolor. Charles le sujetó fuertemente por el brazo para sostenerle.

—Me ha dado otra vez ese dolor de cabeza —murmuró Tarl—. Ayúdame a volver al coche. Se me pasará.

Dicho esto, se desplomó en brazos de Charles.

Una expresión de estupor apareció en el rostro de la joven.

—Se ha desmayado —aclaró Charles, colocando a su patrón en el interior del coche. Los curiosos que se habían detenido no se hallaban lo bastante cerca para poder escuchar sus palabras.

—Bien, pero, por amor de Dios, ¡llévale a un médico! —La joven se retorció las manos desesperadamente—. ¡Haz algo!

—Se repondrá. La Oficina Central está al corriente de Su estado. Se halla en manos del doctor Mendel. Lo mejor que puedes hacer es regresar para informar; diles también que envíen al doctor Mendel directamente a su residencia... Yo le llevo allí ahora mismo. ¡Mientras la chica regresaba a su coche, Charles se inclinó sobre su patrón y le palmeó las muñecas. Sintiendo que la cabeza le daba vueltas lentamente, Tarl recobraba el sentido.

—Pronto estará bien, jefe —aseguró Charles—. Voy a llevarle a casa. Ya he avisado al doctor Mendel y le he dicho que venga a reunirse con nosotros.

Tarl sentía un dolor sordo en la cabeza, y la almohada le devolvía los fuertes latidos de sus sienas. En el espejo del dormitorio se reflejaba la imagen impasible del doctor Mendel. De espaldas a Tarl, el psiquiatra llenaba una jeringuilla, controlando cuidadosamente la cantidad de líquido que penetraba en ella.

—Con esto dormiré profundamente el resto de la noche.

Mendel se volvió de pronto hacia la cama, sosteniendo la jeringuilla con la aguja en alto.

—Esta noche me quedará aquí y por la mañana veremos si se encuentra mejor.

El psiquiatra siguió hablando en tono tranquilizador mientras introducía la aguja en el brazo de Tarl.

—Desde luego, ya comprenderá que después de esto ha de observar completo reposo. Deberá guardar cama por lo menos durante un par de días... y dejar de ir a la oficina durante unas

semanas.

El líquido ardiente penetró en su torrente sanguíneo y el efecto fue casi instantáneo. Se empezó a nublar su visión de los objetos, al tiempo que los párpados adquirirían un peso cada vez mayor.

Pero, en los momentos en que su conciencia se iba desvaneciendo, sintió que la cabeza le latía furiosamente. Se afanaba trabajosamente bajo la sensación de que algo que formaba parte de él (y que, sin embargo, era ajeno a él) rugía en su interior, intentando romper las cadenas que le sujetaban y escapar.

—¿Puede oírme todavía, Brent? —le llegó la voz del doctor Mendel, tenue y distante, en el momento en que la conciencia le abandonaba del todo...

El psiquiatra se sentó en el borde de la cama, escrutando las facciones de Tarl. Con el pulgar le levantó sucesivamente ambos párpados. Satisfecho por el aspecto de los ojos de Tarl, se quitó la chaqueta y la arrojó sobre una silla. Las facciones de Mendel mostraban una leve sonrisa, expectante.

Asió la manta y la sábana que cubrían a Tarl y, de un tirón, las apartó a los pies de la cama. Volvió el cuerpo de Tarl, le sacó las piernas inertes fuera de la cama, por el borde del colchón, y luego, tomándole por los hombros, lo incorporó hasta dejarle sentado.

Con los ojos cerrados, Tarl se balanceó, pero Mendel le afianzó hasta lograr que permaneciera inmóvil, sentado en el borde de la cama. Apartando los cabellos que caían sobre su frente, el psiquiatra se arrodilló delante de Tarl.

—Yo soy... —dijo Mendel con voz incisiva, agarrando a Tarl por los brazos. El tono era expectante, persuasivo—. Yo soy... —repitió el médico en voz más alta, aumentando la presión de sus manos sobre los brazos del otro.

La cara de Tarl se crispó mientras su boca se abría y se cerraba. Alrededor de sus ojos la piel se tensó, pero los párpados no se levantaron. Parecía como si estuviera en trance.

—Yo soy... Tarl Brent —dijo finalmente.

Mendel aproximó más su cara hasta que su aliento, jadeante, casi rozó la mejilla de Tarl.

—Pero yo... soy más que Tarl Brent. Yo soy...

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Tarl y la piel de su rostro se humedeció. Pero esta vez permaneció en silencio, con la

boca entreabierta.

—¡Yo soy más que Tarl Brent! —repitió Mendel, alzando el tono y el timbre de su voz al tiempo que sus ojos se encendían de cólera—. Yo soy...

Tarl permanecía callado. Mendel esperaba, presa de una ansiedad que le hacía apretar fuertemente los dientes.

De pronto, un violento escalofrío recorrió el cuerpo de Tarl, que profirió un alarido ronco. Hubo más gritos, pero sus ojos permanecieron cerrados.

Mendel cubrió con una mano los labios temblorosos y sacudió a Tarl con inquina.

—¡Cállate, idiota! —chilló—. ¡Cállate, maldito!

Las convulsiones espasmódicas que se descargaban por medio de la garganta de Tarl desaparecieron y Mendel le soltó. Pero los temblores siguieron estremeciendo su cuerpo.

Con una expresión de disgusto en el rostro, Mendel echó atrás el brazo derecho y abofeteó la mejilla de Tarl. Los nudillos dejaron una huella grabada en rojo sobre la palidez de la piel. Pero ni siquiera la violencia del golpe sacó al hombre de su profunda hipnosis.

Con un ademán brusco, el psiquiatra empujó a Tarl, que cayó de espaldas en la cama. Luego, con las manos cruzadas detrás de la espalda, el psiquiatra empezó a recorrer la habitación; en sus labios se dibujaba una mueca sardónica.

—¡Está a punto de producirse! ¡A punto! —murmuraba abstraído—. Estoy seguro... ¡Llegará el momento en que despertará del todo!

Redujo el ritmo de sus pasos hasta convertirlos en un incansable caminar arriba y abajo de la habitación, mientras abría y cerraba los puños rítmicamente.

—¡El poder! —susurró—. ¡El inmenso poder, sólo con que pueda despertarle en el momento oportuno! Transferirlo de él a mí no sería muy difícil. Pero hay que matar a Brent en el momento preciso... El envite es fuerte: todo para mí, o el fin de todo, de todos, ¡incluido el mío!

Mendel se detuvo bruscamente junto a la cama.

—Soy Tarl Brent —dijo en voz alta, esperando a que el hombre inconsciente repitiera la frase.

Tarl se agitó.

—Soy Tarl Brent —repitió con dificultad—. Y no conservaré ningún recuerdo de lo que haya podido adquirir desde que fui inyectado hasta el momento en que despierte.

—Y no conservaré ningún recuerdo... —musitó Tarl.

—Este dolor de cabeza fue todavía peor —explicó S-14, moviendo la cabeza, abatido.

El Director Jefe fijó la mirada en el agente que aún vestía el uniforme de chofer.

—Espero que no se marchara usted antes de la llegada del doctor Mendel, ¿no?

—Mendel estaba ya allí. No soy tan estúpido como para haberle dejado solo.

—¿Y dice usted que tiene la fotografía de la mujer?

—Aquí está. —S-14 la extrajo del bolsillo interior de la chaqueta—. La tomé de las ropas de Brent cuando nos dirigíamos a casa.

Charles dejó la fotografía sobre la mesa. Los siete consejeros restantes alargaron el cuello.

—Ha sido un buen trabajo —aprobó el Director Jefe con una sonrisa. Pulsó un botón que estaba junto a su codo.

Entró una anciana y se quedó de pie a su lado.

—Ésta es su fotografía —dijo T.J.—. También sabemos que hace seis años vivía en Broadview; se llama Marcella Boyland. En estos momentos debería encontrarse en esta misma ciudad.

—La reconozco por haberla visto en los archivos —dijo: la mujer secamente—. Estoy segura de que podrá disponer usted de amplia información acerca de ella. Hay un expediente a su nombre.

—Deberíamos tener información más que suficiente acerca de ella —replicó T.J.—. La obtención de todo ese material informativo nos cuesta más de dos millones de dólares... Datos relativos a cada persona que establece algún contacto con él, y resúmenes sobre sus antepasados que se remontan hasta tan lejos como alcanzan los registros...

La mujer tomó la fotografía que T.J. le alargaba con el brazo tendido y a grandes pasos se dirigió hacia la puerta por donde había entrado.

Regresó al cabo de diez minutos, seguida por dos hombres. Cada uno de ellos llevaba dos cajones de archivador. La mujer alargó a

T.J. una hoja de papel mecanografiada.

—Extracto de resumen —aclaró.

El Director Jefe estudió la hoja; sonrió y luego emitió un suspiro.

—Marcella Jean Boyland —leyó—. Veintiocho. En contacto con él desde los veintidós años y ciento cuarenta y seis días de su vida, hasta los veinticinco años y doscientos trece días. Residencia habitual, 2247 de Shakespeare. Profesión, vendedora en Marton Clothiers. Localización actual, 2249 de Shakespeare, de visita en casa de unos vecinos. Se prevé que permanezca allí hasta las once cuarenta y cinco, aproximadamente.

T.J. se aproximó a uno de los cajones de archivador que sostenían los ayudantes. Extrajo un puñado de fotografías de tamaño veinte por veinticinco centímetros, echó una ojeada a unas cuantas e hizo que circularan por la mesa entre los demás consejeros.

—Fue informada de la situación a los veintinueve años y cuarenta y dos días. —El Director Jefe aludía de nuevo a la hoja compendio—. Se la sometió a sugestión posthipnótica para borrar el conocimiento consciente de la información, según la rutina que se sigue con todas aquellas personas que han establecido contacto con él. Tipo cooperativo. La información y el programa se pueden reactivar en su mente de inmediato. Tiempo estimado de reactivación, dieciocho minutos...

—Pero T.J. —protestó uno de los consejeros—, ¿cree usted que sería oportuno reactivarla como agente?

—Creo que debemos reactivarla. —T.J. apretó las mandíbulas con firmeza y miró fijamente el rostro de los demás. La mayoría de ellos asintió con un movimiento de la cabeza.

—Yo he vivido la situación muy de cerca —intervino S-14—. Si puedo dar mi opinión, me aventuro a creer que esto tiene muchas probabilidades de dar resultado. De hecho, diría que es la única posibilidad que tenemos.

Un hombre con el rostro encendido, vestido con una chaqueta de hule y goma, entró precipitadamente en la sala. En sus ojos había una mirada extraviada.

—¡T.J.! ¡T.J.! —gritó con voz alarmada—. ¡El material radiactivo! *¡No queda nada!*

Los consejeros, en silencio, cruzaron entre ellos miradas de

asombro.

—¡*Todos los materiales radiactivos han dejado de ser radiactivos!* — continuó el hombre—. Lo hemos comprobado en nuestros laboratorios después de que nos pasaran la información los agentes que tenemos infiltrados en los proyectos atómicos de la nación. Todos los elementos radiactivos (torio, radio, uranio), cada uno de sus pedazos, ¡no son ahora más que materia estable! Pueden ustedes comprobarlo con las existencias que hay abajo.

T.J. mantuvo la mirada fija en un punto, con una expresión grave en el rostro.

—Desde luego, los gobiernos han clasificado esta materia como secreto oficial. A todos los poseedores de permisos para la tenencia de materiales radiactivos se les está ordenando que guarden silencio sobre el particular.

—El durmiente se despierta —murmuró uno de los consejeros, al tiempo que movía la cabeza en un gesto de triste resignación. Tenía los ojos húmedos—. El durmiente se agita suavemente, poco a poco.

—Si tan sólo hubiera un lugar donde esconderse, caballeros... Algún lugar al que ir... Pero es todo tan inútil... Aunque nos fuéramos al rincón más remoto del universo, incluso más allá del universo, ¡*no hay escape!*, ¡no se puede escapar!

A la mañana siguiente, Tarl sentía como si su cerebro se expandiera y contrajera rítmicamente, mientras desayunaba con el doctor Mendel en el comedor de su casa. Comía lentamente, dudando que pudiera digerir la comida. El dolor de cabeza había desaparecido, al fin. Y no quería hacer nada que pudiera provocarlo de nuevo. De todos modos, no tenía ninguna prisa; había llamado a su oficina para decir que no le esperasen.

Cuando acabó el desayuno, aquella sensación y el mareo habían desaparecido, dejando sólo cierta indolencia. Antes de partir hacia su consulta, el doctor Mendel le prescribió descanso completo. Además, dejó concertada una cita para examinarle en su consulta al día siguiente por la mañana.

Después que Mendel se fuera, Tarl decidió no acostarse de nuevo. Tuvo la impresión de que se recuperaría más fácilmente si pasaba el día al aire libre, al calor del sol de otoño y respirando aire puro.

También Charles estaba tranquilo mientras conducía a Tarl

hacia el amplio parque que se extendía a unos kilómetros de distancia.

—No quiere que le aguarde, ¿verdad? —preguntó el chofer cuando Tarl se apeó del coche.

—No. No te molestes. Te llamaré por teléfono si te necesito.

Caminó a lo largo de varios cuadros, por veredas flanqueadas de árboles cuyas copas se unían formando arcos. Una ligera brisa arrastraba las crujientes hojas secas caídas en el suelo; pero era una brisa tibia. Y todo estaba excepcionalmente tranquilo; parecía como si fuera la primera vez en muchos años que encontraba la soledad. Qué pocas posibilidades había de que allí estuviera alguien espiándole, iba pensando. Muy separados entre sí, árboles de tronco delgado y abiertos prados se extendían más allá de los pequeños arbustos que flanqueaban la calzada.

Llegó al extremo de la avenida principal y entró en el zoo, casi desierto a aquella temprana hora de la mañana. Todavía bajo los efectos de la indisposición sufrida la noche anterior, se dirigió hacia un banco que estaba cerca de una hilera de jaulas de leones. Relajándose en el asiento de piedra, dejó caer los hombros.

Involuntariamente, su mente reanudó la búsqueda de una explicación para lo que consideraba como sucesos raros. Tal vez se hubiera estado engañando todo el tiempo pensando que había personas siguiéndole... Quizás existía alguna conexión entre las jaquecas y sus sospechas. ¿Eran infundadas aquellas sospechas? ¿Sería posible que estuviera afectado por algún aspecto psicológico? Si realmente había personas «protegiéndole» en todo momento, ¿por qué no habían de seguirle en un parque? Y, desde luego, era indudable que no había nadie alrededor...

Sólo se divisaba un empleado del zoo que, sirviéndose de un palo rematado en un clavo, recogía fragmentos de papel y hojarasca, y los depositaba en una amplia bolsa que llevaba apoyada en la cadera... No había en él nada anormal.

Interiormente, Tarl sonrió. Esta vez se convencería a sí mismo, pensó. Se acercaría al hombre, entablaría conversación con él, y comprobaría personalmente que no había nada extraño por aquel lado. De lo contrario, seguiría sospechando de todo el mundo.

Se había levantado ya y comenzaba a andar, cuando su mirada se posó en el banco contiguo. Sentada en él estaba una joven, a

quien hasta entonces no había visto porque se la ocultaban unos arbustos que se alzaban entre los dos bancos. Tenía la cabeza inclinada y leía un libro; de pronto, alzó los ojos. Tarl experimentó un sobresalto... «No —pensó—, *¡no puede ser!*»

La joven dejó caer el libro en su regazo y le miró fijamente.

—¡Marcella! —exclamó Tarl, incrédulo, acercándose a ella.

—¡Tarl! —repuso la joven, que se levantó, vacilante.

—Marcella. —Tomó sus manos—. ¿Quién había de decirme que te encontraría... a ti?

—Pero Tarl, no... no te reconozco. ¡Has engordado!

Y diría que también tienes un aspecto más saludable. ¿Te has..., te has...?

—¿Curado? Desde luego, yo...

—Pero Tarl..., cómo... ¿A qué te dedicas ahora? Tienes un aspecto de tanta... ¡tanta prosperidad, y...!

De nuevo se sentaron en el banco, en el que permanecieron más de una hora, contándose ambos cuanto les había sucedido durante los últimos seis años y profiriendo exclamaciones de sorpresa por el azar que les reuniera allí.

Mientras él estudiaba el rostro de Marcella y tomaba nota mentalmente de todas las pequeñas líneas que se habían ido formando en él desde la última vez que se vieron, ella le habló de su empleo, de dónde trabajaba, de sus amigos.

Tarl observó con un destello de satisfacción que se conservaba tan bonita como antes. Se habían producido algunos cambios; estaba un poco más delgada de lo que la recordaba. Y su actitud despreocupada se había trocado por otra un tanto contenida. Pero, igual como antes, era muy atractiva. Y seguía teniendo el mismo encanto. Algo completamente natural, sin afectación alguna.

Los martes no trabajaba, le dijo la joven. Y solía ir al parque a leer.

Antes de que terminara el día, habían comido juntos y asistido a un espectáculo. Caía la tarde cuando Tarl acompañó a la joven a su apartamento.

Y se marchó con la promesa de que cenarían juntos la noche siguiente. Caminó hasta el «drug» de la esquina y llamó por teléfono a Charles.

Mientras esperaba al chofer, reflexionaba acerca de los cambios

que había observado en Marcella. ¿Había habido cambios realmente? ¿O era tan sólo que en el intervalo de aquellos seis años había estado adornando el recuerdo de la joven hasta el extremo de que, al encontrarse de nuevo con Marcella, no coincidía con la imagen mental que de ella tenía?

Se encogió de hombros y sonrió; en cualquier caso, bienvenida fuese la emoción que sentía al volver a verla.

Charles conducía despacio cuando sonó la sirena detrás de ellos.

—Los bomberos —exclamó, mientras arrimaba el coche al bordillo de la acera y lo detenía.

—Sí. —Tarl alargó el cuello, mirando hacia delante—. El incendio está ahí enfrente, en esta manzana.

Mientras hablaba, lo que fueran pequeñas llamas apenas visibles en diversas ventanas en el edificio de tres plantas de la esquina, se transformaron en un alucinante infierno. El coche de bomberos cruzó por su lado a toda velocidad, con las sirenas aullando hasta que se detuvo. Otros coches lo seguían.

—Podemos salir y gozar del espectáculo —dijo Tarl abriendo la portezuela.

Charles cruzó la calle tras él.

—No se acerque demasiado, jefe —le rogó.

La policía aún no había llegado para controlar a los espectadores.

Charles y su patrón se abrieron camino por entre el laberinto de mangueras que en un instante habían llenado de grandes meandros la calzada. Cerca del edificio en llamas se había congregado un tropel de gente que se daba empujones. Repetidas veces intentaron los bomberos dispersar a los mirones, sin conseguirlo.

—Me gusta esto —comentó Tarl, sonriente.

—¡Eh, amigo! ¿Es suyo aquel coche? —le interpeló un bombero, tirando de su manga—. Quítelo de en medio. Está estorbando.

—Ve a quitarlo, Charles —ordenó Tarl.

—Venga conmigo.

—¿Por qué? Te espero aquí.

—¡Podría ser peligroso!

—¡Cuernos! Vete de una vez...

—Acaben pronto con este juego —cortó el bombero—. ¡Si no sacan ese maldito cacharro, lo quitaremos de en medio con el

autobomba Treinta y Dos!

Charles miró fríamente al bombero, y luego a Tarl. Forzado por las circunstancias, dio la vuelta y echó a correr hacia el coche.

—Y usted, amigo, también sería conveniente que retrocediera — advirtió a Tarl el bombero.

Un ruido crepitante constituyó el primer aviso que recibió Tarl. Con ademán brusco levantó la cabeza, y una expresión de terror apareció en su rostro cuando vio que se desmoronaba un lienzo de pared. Sobre la estructura de hierro de la escalera de incendio caían ladrillos, que luego rebotaban, para describir un ancho arco por encima de las cabezas. Había empezado a volverse para echar a correr cuando notó unos brazos que hacían presa en sus piernas, mientras un hombre le golpeaba bruscamente, con fuerza, por debajo de las rodillas. Alguien le había hecho una llave.

Cuando caía en el húmedo pavimento vio a tres hombres que llegaban volando. Se posaron sobre él y, junto con el hombre que le hiciera la llave, que se les unió, formaron una masa humana que le aplastó contra el suelo.

Trató de resistirse, pero el peso de los cuatro hombres le tenía inmovilizado. Entonces oyó el golpeteo sordo de los ladrillos que caían a su alrededor. El ruido más atenuado de ciertos golpes significaba que algunos ladrillos habían dado en el caparazón de hombres que protegía su cuerpo.

Por fin cesó la lluvia de cascotes. Tres de los hombres que se habían tendido sobre Tarl se incorporaron. El cuarto, el que le había derribado sobre el pavimento, no lo hizo. Yacía inmóvil, murmurando algo ininteligible. De una profunda herida que tenía en el cuero cabelludo manaba abundante sangre. Tarl observó que algunas astillas de hueso sobresalían de la fractura. Se arrodilló junto al hombre.

—¡Oh, Dios mío! —Las palabras del herido resultaban apenas perceptibles—. ¡Oh, Dios mío! ¿Se ha escapado? ¿Se ha ido? ¡Oh, Dios mío!

Por encima del agonizante, Tarl observó a los otros tres. A su alrededor se había reunido mucha gente, y unos bomberos se acercaban corriendo hacia el herido. Los tres hombres cambiaron unas miradas, con las caras pálidas por el temor. Uno de ellos se llevó la mano al bolsillo.

—¡Miren! —gritó una mujer, con la mirada helada por el espanto—. ¡Tiene un revólver!

Tarl se puso de pie de un salto. Uno de aquellos hombres apuntaba a la cabeza del herido con un revólver. Apretó el gatillo. Antes de que se apagara el eco del disparo, los tres giraron sobre sus talones y se precipitaron a través del paso que les abría la atemorizada multitud.

El hombre caído en el suelo estaba muerto; en su frente, un agujero púrpura señalaba el punto de entrada de la bala.

Echando a correr a través de la muchedumbre, Tarl divisó al terceto en el momento en que doblaba una esquina, y se lanzó tras él.

De pronto, advirtió el resplandor de unos faros a su espalda, y por encima del hombro echó una rápida ojeada al coche que se acercaba. ¡Qué suerte! ¡Era Charles!

Saltó dentro del automóvil.

—¡Rápido, Charles! Sigue a unos hombres que corren por allí... ¡Alcánzales!

Charles soltó el embrague. Pero su acción fue demasiado rápida y, dando algunas sacudidas, el motor se paró. Volvió a ponerlo en marcha. Mientras notaba que el sudor empezaba a humedecer el cuello de su camisa, el chofer puso la primera y arrancó, suavemente al principio; pero Tarl exigió mayor velocidad.

Uno de los tres fugitivos se volvió e hizo un disparo de revólver. Por la dirección de la lengua de fuego, Tarl dedujo que el disparo no se había hecho apuntando al coche, sino más bien hacia lo alto.

Charles dio un grito ronco y, con un acusado balanceo del vehículo, dobló en ángulo recto por la única bocacalle que había entre ellos y los tres hombres.

—¡Maldito estúpido! —rugió Tarl—. ¡Quiero atrapar a esos hombres! ¡No nos harán ningún daño!

—¡Tienen una pistola, jefe! —replicó Charles, pisando el acelerador.

—Dobla por esa esquina de la izquierda. ¡Daremos la vuelta y les pillaremos de cara!

—Mire, jefe —Charles pisó el acelerador a fondo—, no me voy a echar atrás si está en juego mi empleo y su aprecio, ¡pero que me aspen si vuelvo a perseguir a alguien que tiene una pistola!

Tarl soltó un bufido de enojo y se recostó en el asiento. Sabía que era ya demasiado tarde para continuar la persecución.

—Está bien, Charles... Vámonos a casa.

T.J. recorría la habitación, cruzando una y otra vez ante la mesa del consejo. A excepción del suyo, todos los asientos estaban ocupados, y algunas personas más, hombres y mujeres, asistían a la reunión, sentados, en tensión, en el borde de sillas alineadas junto a las paredes de la gran sala.

El Director Jefe se detuvo y se enjugó la frente.

—Caballeros, la fase crítica ha llegado —anunció—. Por más que hayamos hecho para impedirlo, ahí está. Probablemente tendremos que emplear ahora los últimos planes... aquellos que se reservaban sólo para los acontecimientos más extremos.

Sus palabras sólo obtuvieron el silencio por respuesta. Entonces, T.J. tomó asiento.

—T.J. —dijo el doctor Mendel poniéndose de pie—, tengo una sugerencia que creo haríamos bien en considerar. Todos estamos de acuerdo en que las sospechas que abriga Tarl en su mente son la causa de todo lo que ocurre. Yo le tengo ya casi convencido de que necesita un descanso total. No sería, pues, demasiado difícil dar un paso más y persuadirle de que mi sanatorio de Coveville es el lugar más adecuado para pasar un período de descanso.

Los consejeros ponderaron la sugerencia.

—Entonces podrían ustedes retirar a todos los agentes —continuó Mendel—. Y, al mismo tiempo, podrían tener ustedes la certeza de que se encontraría tan seguro como podría estarlo vagando por las calles con una veintena de agentes tras él. Yo estaré a su lado continuamente. Les garantizo que en ningún momento estará a más de dos metros de mí.

T.J. movió la cabeza con preocupación.

—No, Mendel... Dudo que ése sea el camino correcto. Con ello dispondría de todo el tiempo para darle vueltas, mentalmente, a todo lo que ha sucedido. Eso podría producir un efecto contraproducente.

El psiquiatra extendió las manos en gesto de resignación y se sentó.

—Ha sido lamentable —terció uno de los consejeros— que se produjera ese incidente en el incendio. Estoy seguro de que la

vuelta a escena de la joven habría sido la solución para todo.

Otro consejero apuntó, reflexivo:

—¡Si por lo menos no se hubiera producido esa escena en el incendio!

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo T.J. alzando la voz.

Entró Marcella.

—Tengo entendido que me han convocado, ¿verdad?

—Sí. —T.J. acercó otra silla a la mesa—. Todas las personas principales han sido convocadas. Y, tal como van las cosas, en estos momentos es usted la más importante.

Marcella recorrió la habitación con la mirada, reflejándose en su rostro un leve gesto cada vez que distinguía caras conocidas diseminadas entre el grupo. Allí estaban los dos socios de Tarl, su secretaria, el chofer, su patrona y la patrona que había tenido Tarl en Broadview. Marcella se sentó junto al Director Jefe.

Podemos necesitarla —le informó éste— para algunos detalles y el posterior informe. Por cierto, A-1 —T.J. carraspeó—, ¿se le ha informado de cuál era la razón para convocar esta sesión extraordinaria?

—Me dijeron tan sólo que era de extrema importancia que acudiera rápidamente.

—Bien, señorita Boyland —empezó el Director Jefe, empleando su nombre por primera vez—, parece ser que se ha producido otra señal.

La joven arqueó las cejas.

—Sí, otra señal —repitió—. Y esta vez ha aparecido sin coincidir con ninguna jaqueca o cualquier otra manifestación clara por su parte.

Marcella retorció el pañuelo que tenía en las manos hasta convertirlo en un nudo.

—¿Sabe usted lo que esto significa, A-1? —susurró T.J.

—Sí —asintió ella estremeciéndose—. Significa que ahora la *cosa* está empezando a actuar sin que dependa de él.

T.J. dejó caer la mano sobre la mesa y murmuró:

—Y que este asunto está prácticamente fuera de nuestro control... Por si les interesa, la señal es el Teorema de Pitágoras.

—¿El Teorema de Pitágoras? —Las palabras se le enredaban en

la lengua.

—Sí. Ha sido refutado. El axioma hasta hoy aceptado de que la suma de los cuadrados de los catetos de un triángulo rectángulo, es igual al cuadrado de la hipotenusa... Nuestra sección de matemáticas lo descubrió hace solamente una hora, en su proyecto de investigación permanente. Por supuesto, pasarán unos cuantos días antes de que los científicos independientes se enteren de ello.

»Nuestra sección de matemáticas pudo fijar el momento en que ocurrió con un margen de media hora. ¡Y este período corresponde al incidente del fuego!

De nuevo se hizo el silencio en la sala.

Al extremo de la mesa, un hombre se puso de pie:

—Seguro que, puesto que todo lo hecho hasta hoy ha sido inútil, ahora lo único que nos queda por hacer es llamarle e intentar establecer contacto con *ello* a través de su consciente y del subconsciente.

—¡No! ¡No! —gritó el doctor Mendel. Pero su frenético ruego pasó inadvertido en medio del estrépito producido por las protestas que se alzaron.

—¡Imposible! —T.J. estaba de acuerdo con la facción que protestaba—. Eso es totalmente ridículo. ¿Cree usted que *ello* puede considerar que algo es importante?

El hombre que se sentaba en el lugar contiguo al ocupado por el que se había levantado, asió a éste por el hombro y le forzó a sentarse. Sin soltarle, empezó a hablar:

—T.J. tiene razón. Aun en el caso de que se dignase comunicar con nosotros, hay una posibilidad entre cien de que *ello* quisiera hacer nada para preservar nuestro sistema.

Marcella se levantó.

—Señores —anunció—, si la situación es tan desesperada, no veo ninguna razón para que yo siga con esta farsa... esta representación.

—¿Cómo dice? —La mirada de T.J. se endureció—. Debe hacerlo. ¿No se da cuenta de que usted es nuestra única; esperanza?

—¿Por qué debo continuar? —dijo la joven amargamente—. He estado en los archivos... en sus archivos. Es bueno. Es, incluso, noble. Y totalmente inocente. Y sucede, además, que estoy enamorada de él. No puedo ver cómo se mantiene indefinidamente

este engaño; engañándole como hemos venido haciendo... sobre todo cuando esta farsa no es más que un medio para luchar contra *ello* o apaciguarlo.

—Pero —protestó el Director Jefe— no le estamos engañando, a él... Tratamos de protegernos de lo que está más allá de él... en él...

—En lo que a mí se me alcanza, continúa siendo él —replicó la joven.

—Su colaboración —insistió T.J. hablando con gran severidad— forma parte del plan. Si no participa voluntariamente, recurriremos a Mendel para que la someta a tratamiento... Entonces lo hará de manera involuntaria... aunque con la misma eficacia.

Un hombre de mediana edad rodeó la mesa hasta situarse junto a Marcella. Tomó la mano de la joven entre las suyas y le dio unas suaves palmadas:

—Y no olvide, señorita, que no somos nosotros lo único que está en juego... es todo este mundo. El universo entero está en sus manos... ¡No puede usted fallarnos!

Marcella se mordió los labios y se sentó, con el semblante pálido...

La aguja no le dolió al penetrar, pero, inmediatamente, una sensación de náusea recorrió el cuerpo de Tarl. Se sujetó con más fuerza en el borde metálico de la mesa donde estaba sentado. Pero advirtió que su presa se debilitaba y que apenas evitaba que se desplomase sobre el suelo embaldosado del consultorio de Mendel.

—Esta inyección no le hará perder el sentido por completo —explicó Mendel, colocando la jeringuilla en la mesa que se hallaba tras él y volviéndose de cara a Tarl.

El perfil de Mendel era vago y Tarl sacudió la cabeza para disipar el velo que cubría sus ojos. Recordaba que otras inyecciones que le había administrado el psiquiatra no le habían afectado de aquella forma. La sensación que ahora experimentaba era distinta a la de otras veces... era como si le hubieran drogado. Se preguntaba si le habrían inyectado sodio-amytal.

—No, Brent —oía la voz irónica de Mendel como un eco—. No es sodio-amytal... pero sí algo que contiene mucho sodio-amytal... Es un preparado muy especial.

Vagamente, Tarl se dio cuenta de que no había estado reflexionando mentalmente acerca de la naturaleza de la droga...

sino que manifestó sus pensamientos en voz alta sin apercibirse de ello...

—Sí, Brent. —La voz de Mendel volvía—. Ha estado pensando en voz alta. Éste os uno de los efectos de la inyección. Pero tiene otro efecto aún más importante... Le resultará imposible recordar nada de lo que se ventile mientras esté bajo su influencia. Por ejemplo, yo podría torturarlo... casi matarlo...

Un puño golpeó lateralmente el rostro de Tarl, pero sus sentidos estaban abotagados y eran incapaces de detectar el dolor.

La fuerza del golpe le desplazó la cabeza bruscamente y le lanzó al suelo cuán largo era. Furioso y al mismo tiempo perplejo, ordenó a su cuerpo que se incorporase. Pero no hubo respuesta: permaneció allí tumbado, flácido, hasta que el médico le agarró por los hombros y le obligó a adoptar una posición vertical, erecta.

—Estaba diciendo, Brent —continuó el médico—, que podría casi matarle sin que usted se acordase de nada en el momento de marcharse de aquí... Pero este tipo de tortura física que deja sus secuelas no resultaría, y podría provocar su muerte en un momento inoportuno...

»Oh, usted tiene que morir, desde luego, pero es preciso que ello sea en el instante adecuado. Y no hay por qué lamentarse del hecho de que tenga que morir. Verá, sólo hay dos alternativas: o muere usted y convertimos a *ello* en una parte de *mí*, o todos, incluido usted, morimos y todo se desintegra y disuelve en la nada. Yo prefiero la primera opción.

Tarl, que tenía la capacidad de razonar reducida al mínimo a causa de la droga, sólo captaba a medias lo que Mendel le estaba diciendo. Nebulosamente, se dio cuenta de que el psiquiatra le colocaba en una silla adosada a la pared y provista de brazos metálicos. Reunió toda su capacidad de concentración y enfocó su visión sobre Mendel... consiguiendo llevar claramente a su cerebro, por primera vez después de la inyección, la imagen de una cara. Entonces vio una sardónica máscara de odio y malicia que ocultaba propósitos inescrutables.

Trató de conservar enfocada aquella imagen. Y, mientras se esforzaba en mirar, vio cómo las manos de Mendel se hacían más nítidas a medida que se aproximaban a su rostro, sosteniendo los extremos de unos finos y rígidos alambres.

—Esto no le dolerá... mucho —dijo el psiquiatra—. Sólo causará una pequeña irritación cuando los electrodos se deslicen por detrás de los glóbulos oculares y penetren en los hemisferios cerebrales...
¡Mantenga los ojos abiertos!

Tarl comprendió que sus párpados habían empezado a cerrarse de forma instintiva. Pero la orden los mantuvo rígidamente abiertos. Intentó desviar la cabeza a un lado en un gesto defensivo, pero los músculos del cuello estaban tensos y no respondieron.

Quiso gritar cuando los alambres se deslizaron entre la carne y el hueso, arañándole, pero el cuerpo que estaba siendo sometido a la tortura había dejado ya de ser el suyo.

—El *shock*, desde luego —expuso Mendel con voz que rebosaba sarcasmo—, es necesario para este tratamiento. Lamento profundamente que haya de causarle estos inconvenientes. Pero debe haber tortura, agonía, para que se alcancen los fines... Y tiene que ser mental, de modo que no queden vestigios físicos.

La sensación vibratoria en el cerebro de Tarl evidenciaba que se había aplicado corriente a los electrodos. El terror inundó todo su ser. Intentaba gritar y arrancarse los instrumentos de la cabeza. Al mismo tiempo, quería reflexionar y encontrar una explicación a la actuación de Mendel. Pero no pudo hacer ninguna de las dos cosas.

—Ya no se halla usted en este laboratorio. —La voz áspera del psiquiatra llegaba en un murmullo—. Ahora está caminando junto al borde de un precipicio escarpado y tremendamente alto. Abajo, en el fondo, el mar está martilleando furiosamente las aristadas rocas...

De pronto, había desaparecido la voz de Mendel... y también el laboratorio. Sólo estaban Tarl, el precipicio, el mar, las rocas. Trató de apartarse del borde, pero no pudo. Una fuerza invisible le empujaba hacia adelante... hacia el borde... Empezó a caer, gritando... Su cuerpo empezó a dar vueltas y las peñas asomaban cada vez más cerca... *más cerca...* ¡más cerca! Aquel terror abyecto era algo que conducía su mentalidad toda hacia la destrucción. Cerró los ojos, pues no quería ser testigo visual del momento del impacto...

Pero el impacto no se produjo. Y la agudísima sensación de estar cayendo desapareció. Cautamente, abrió los ojos de nuevo. En las proximidades no estaban ni el tremendo precipicio ni el mar... Se

encontraba de pie, rodeado de hierba que le llegaba hasta la cintura, en una estepa brumosa. Pero no estaba solo. A uno y otro lado de Tarl había indígenas armados con lanzas. Él empuñaba un rifle y, al igual que los indígenas, estaba mirando en dirección al lugar de donde procedía un clamor salvaje y grandes rugidos. En aquel momento, una manada enloquecida de gigantescos elefantes se precipitó sobre ellos. Trompas inmensas atrapaban a los nativos y los lanzaban al aire, o los arrojaban con violencia al suelo. Otros cuerpos eran atravesados por enormes colmillos. Y grandes y pesadas patas aplastaban a los que habían caído, convirtiéndolos en formas irresponsables.

Luego, una de aquellas bestias se alzó ante Tarl, sosteniéndose sobre las patas traseras y manifestando su ira con horribles bramidos...

Pero no fue el elefante lo que se abatió sobre Tarl, sino: un objeto pequeño y redondo, cubierto de ranuras. Lo tomó del suelo y lo miró perplejo, con atención, entrecerrando los ojos. Entonces lo reconoció. ¡Aquello era una granada de mano! ¡Y le habían quitado la anilla! Con un nuevo grito, la arrojó lejos de sí. Estalló al otro lado del cerro. Tarl se contempló, luego miró a su alrededor; descubrió que llevaba puesto un uniforme de soldado. Y por doquier se oía el tronar de la artillería, disparos de armas cortas y fragor de combates.

Otra granada cayó a sus pies. Frenéticamente, la arrojó lejos. Desde detrás de otra loma, un lanzallamas le apuntaba. Esquivó su fiera lengua de muerte. Presa de pánico, se dejó caer al sucio y se arrastró en busca de un parapeto, sabiendo que no había nada a mano para resguardarle, cuando el artefacto abrió fuego a menos de diez metros. El lanzallamas rectificó la puntería y, al mismo tiempo, otras tres granadas cayeron cerca de su cuerpo.

Por un momento su mente quedó en blanco y luego, de improviso, no hubo en ella más que la voz de Mendel. Y supo que los efectos de la droga empezaban a disiparse. Sólo vagamente pudo recordar las espantosas pruebas que su imaginación había tenido que sufrir por su culpa. Con menos claridad aún pudo evocar las palabras de Mendel y sus actos antes de las horribles experiencias. Todo ello había sido el resultado de un vuelo fantástico de la imaginación, se dijo a sí mismo, al tiempo que se borraban de su

mente los últimos recuerdos de las imaginadas experiencias...

Tarl Brent estuvo visiblemente trastornado durante los dos días siguientes. Recordaba haber ido al despacho de Mendel y que le había puesto una inyección que le sumió en un profundo sueño sin sueños. No obstante, tenía la sensación de que aquel sueño le había extraído toda la energía.

Abandonó su oficina, informando a la secretaria de que el médico le había ordenado descanso absoluto. Esas dos tardes las pasó con Marcella. Y sentía que era la presencia de la joven lo que le daba determinación para luchar contra el letargo que se había apoderado de él.

Por la tarde del tercer día después de su visita al laboratorio, ya se había convencido de que en cualquier momento le pediría a Marcella que fuera su esposa. Aquella tarde, después de acompañarla a su casa, se pasó varias horas sentado delante del hogar, en la sala de estar, pensando despaciosamente en todo ello. Aplastó un cigarrillo en el cenicero y lo echó al fuego. Espontáneamente se le había ocurrido un plan. Dio un puñetazo en el brazo del sillón y esbozó una sonrisa amenazadora. Antes de acostarse, examinó su revólver, calibre treinta y ocho. Luego, se durmió profundamente.

Por la mañana, Charles le acompañó a la oficina de la Agencia Privada de Detectives Pradow. El chofer se sentó a su lado mientras Tarl explicaba el objeto de su visita al individuo de faz rubicunda que se hallaba al otro lado del escritorio.

—Así, pues —concluyó—, ésa es la historia.

—Y usted, señor Brent, se imagina —resumió el empleado de la agencia, mientras miraba a través de la ventana— que puede tener a varios hombres nuestros siguiéndole los pasos para averiguar si tiene usted otros seguidores.

Tarl asintió con un movimiento de cabeza.

—Esto es nuevo. —El empleado sonrió, envuelto en la nube de humo de su cigarro—. Ponerle rabo al rabo...

—Quiero más de un hombre. Por lo menos necesito tres. Quiero estar seguro de que sacaremos algo en claro.

El empleado fue hasta una puerta lateral, metió la cabeza en la habitación contigua y habló con un hombre vestido de uniforme. Cuando regresó a la oficina privada, le seguían tres hombres.

—Éstos son Joe Harrison, Mike Vinson y Arthur Homar —dijo el empleado. Se volvió hacia ellos y agregó—: Muchachos, el señor Brent, Tarl Brent, os dirá lo que quiere.

Tarl empezó de nuevo a exponer sus problemas. Charles le interrumpió cuando andaba por la mitad, pidiendo permiso para ausentarse a fin de telefonar al garaje acerca de una reparación que debían hacer en el coche.

Cuando el chofer regresó, Tarl estaba preparado para partir.

—Espere un momento, jefe —pidió Charles—. No irá usted a salir de aquí con estos tipos detrás pisándole los talones, ¿verdad?

Tarl dirigió una mirada interrogativa al chofer.

—Si realmente le están siguiendo —aclaró éste—, sea quien fuere el que le sigue, sabrá inmediatamente lo que ha ocurrido... en cuanto le vea salir de la oficina privada de un detective seguido por tres hombres.

—Gracias —dijo Tarl—. Sabes usar la cabeza. —Se volvió hacia los detectives e indicó—: Empiecen a trabajar esta tarde a las cuatro. A esa hora estaré en casa...

Cuando, aquella tarde, Tarl acompañó a Marcella a un *cocktail-lounge*, la joven estaba más elegante que en cualquier otra ocasión que él pudiera recordar. Una ceñida falda de lana ponía de relieve los contornos más notables de su figura en forma de suaves curvas. Se sentaron en una mesa cerca de la orquesta, pidieron whiskys y dedicaron unos minutos a escuchar las canciones en sordina que fluían del estrado.

Mientras Marcella tomaba un sorbo de bebida, él recorrió la sala con la mirada, al azar.

—¿Ocurre algo malo, Tarl? —preguntó ella de pronto.

—¿Malo?

—Sí. ¿Por qué estás tan nervioso? ¿A quién buscas?

—A nadie, Marcella... Te lo estás imaginando.

En aquel momento observó que dos hombres se sentaban en una mesa contigua. Tarl esbozó un movimiento con la cabeza, dirigido a ellos.

—¡Te he visto, Tarl! —exclamó Marcella, acercándose a él—. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Qué significa todo esto?

—Por favor, olvídalo. —Movié la cabeza—. No es nada que te concierna.

—Sí *me* concierne... ¡*Estoy* aquí *contigo*!

—Mira, Marcella —empezó, tomando la mano de la joven—, hemos venido aquí para...

—¡Vamos, Tarl! —Marcella cruzó los brazos—. Suéltalo ya. Quiero saberlo.

Él lanzó un suspiro de resignación.

—Está bien. Se trata de que...

Le contó que tenía pruebas de que le estaban siguiendo constantemente y había contratado los servicios de una agencia para resolver el enigma.

—Un incidente que se produjo el mismo día que nos encontramos en el parque, por la tarde, me convenció de mis sospechas —añadió, y a continuación le narró lo sucedido en el incendio.

—Ya lo ves, Marcella —concluyó—. Sea lo que fuere aquello de lo cual quieren mantenerme alejado, debe de ser bastante importante... tan importante como para justificar el asesinato de aquel hombre herido, cuando comprendieron que podría ser identificado e interrogado.

—Ahora me siento realmente preocupada. —La congoja se reflejaba en el rostro de la joven—. ¿Por qué te están siguiendo? ¿Has hecho algo que te pudiera poner en peligro?

Tomándola por el brazo, Tarl trató de aliviar sus temores sacándola a la pista de baile. Bailaron un vals entero y la pieza siguiente, que era un ritmo rápido. Pero cuando regresaron a la mesa, la joven todavía estaba mohína.

—Tarl —dijo dubitativa—, supongamos que te digo que, en mi opinión, deberías olvidarte de todo esto... dejar de pensar que alguien te persigue... Si te han seguido, no has sido atacado. ¡Y podrías serlo! Si emplearon una pistola en el incendio, es que son peligrosos.

—¡No sigas! —protestó él—. Estás tratando de aconsejarme, cuando no sabes nada acerca de las circunstancias, sólo lo que te dije.

—Tarl, por favor, ¡olvídalo!

—Marcella —se rió—, vas a hacer que también sospeche de ti... ¿Sabes?, podría poner en tela de juicio el encuentro fortuito que nos reunió el otro día. En una ciudad grande como ésta, las

probabilidades en contra eran muchísimas más...

—¡Oh, Tarl! —Marcella apoyó una mano fría y temblorosa en la muñeca del hombre—. ¿No ves que puedes herirte tú mismo? Físicamente, si tus sospechas tienen fundamento; mentalmente, si no lo tienen. ¡Por favor, Tarl! —Había una súplica en sus ojos—. Ha sido todo tan bonito...

Él tomó la mano de Marcella entre las suyas y sonrió.

La música seguía fluyendo y llenaba la sala de alegría. Pero en aquel momento, de súbito, la orquesta estalló en una cacofonía de sonos discordantes.

Mientras el batería mantenía el ritmo inalterado, el trompeta, de pie delante de su silla, hinchaba los carrillos con frenesí y soplabla el instrumento, pero sin obtener ningún sonido.

El clarinetista tenía las mismas dificultades, en tanto que un grupo de trombones seguía produciendo sus acordes melódicos con normalidad. El conjunto sonaba como si alguien hubiera machacado pasajes enteros del arreglo para los instrumentos de viento. En un extremo del estrado, el pianista golpeaba el teclado repetidamente pero sólo obtenía chasquidos. Los músicos abandonaron sus tentativas, confusos y sobrecogidos.

Dejando los instrumentos en sus soportes, se miraron unos a otros, aturridos. Algunas personas del auditorio se reían, en la creencia de que estaban presenciando una nueva actuación. Hecho una furia, el director del establecimiento cruzó la pista y se detuvo frente a la orquesta, con los brazos en jarras.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—¡Algo infernal está ocurriendo! —contestó el pianista—. Mire, puedo tocar la escala hasta aquí. —Lo demostró, recorriendo con los dedos el teclado desde las notas más graves hasta el Mi central—. ¡Pero el siguiente grupo de notas está en blanco! —Siguió ascendiendo en el teclado, pero sólo obtuvo del piano unos chasquidos disonantes.

—Está bien. —El director se encogió de hombros—. Dejen eso.

—Pero —uno de los trompetas alzó su instrumento—, ¡lo mismo ocurre con mi trompeta! No pasa del Mi por encima del Do medio. —Hizo la demostración, soplando una serie de notas empezando por el Do bajo. Más allá del Mi central sólo salió de la boca de su instrumento una serie de bufidos.

—De acuerdo, muchachos. —El director se volvió para marcharse—. Déjense de comedias. Si estáis cansados, tomaos un descanso de quince minutos. Pero no queráis hacer el payaso cuando no figura en el programa.

Algunos clientes que estaban sentados muy cerca de la orquesta volvieron a reírse. Sin embargo, Tarl tenía el ceño fruncido.

—Discúlpame un minuto. —Marcella tocó su brazo—. Voy a empolvarme la nariz.

—¡A-1! —T.J. mantuvo en alto su mano libre mientras apretaba más el auricular contra su oído. Por señas pidió a Mendel, que estaba sentado al otro lado de la mesa, que guardara silencio—. ¿Desde dónde llama usted?

Marcella dio el nombre y dirección del *cocktail-lounge*.

—Esto es importante, T.J. —dijo con voz aguda—, ¡creo que se ha producido otra señal!

—¿Qué quiere usted decir?

—Acaba de suceder algo... Y esta vez, tampoco ha habido un dolor de cabeza simultáneo.

Le relató el incidente ocurrido en el estrado.

—Lo comprobaremos inmediatamente —T.J. cubrió el micrófono con su mano y dio unas órdenes a Mendel. El psiquiatra abandonó la habitación apresuradamente.

—¡Esto es terrible! —T.J. hablaba de nuevo ante el micrófono—. ¿Qué ha sucedido? ¿Ha habido algo que marchara mal?

Marcella se sintió confusa. Pero se las arregló con éxito para eludir toda referencia al tema de la conversación que ella y Tarl habían sostenido antes del incidente.

—Será mejor que regrese a la mesa, T.J. —concluyó la joven—. No quiero alejarme de él por demasiado tiempo.

—Sí —aprobó el hombre—. Vuelva a su lado en seguida. Usted es ahora nuestro único triunfo frente a él.

T.J. colgó el teléfono y encendió un cigarrillo. Fumaba con rápidas chupadas cuando Mendel regresó a la habitación.

—Dentro de unos minutos tendrán los resultados —dijo el psiquiatra.

—*De nuevo* ha sucedido *sin* que él estuviera receloso. —T.J. pronunció las palabras lentamente, moviendo la cabeza—. Por lo menos, no lo estaba de una forma manifiesta...

—Hay la posibilidad de que estuviera receloso y la joven no lo haya advertido —observó Mendel encogiéndose de hombros—. Recuerde que no disponemos de los triunfos que solíamos tener, ahora que hemos retirado a todos los agentes, salvo los más esenciales. Y no me fío de la joven. ¡Ni pizca!

—Tampoco mostraba ningún signo de jaqueca. —Abstraído, T.J. meditaba—. Espero que uno de los tres detectives pase su informe dentro de unos instantes, y tendremos una confirmación sobre lo que ha ocurrido.

—Ha sido una ingeniosa idea aleccionar a los detectives, ¿no es cierto? —Mendel se dejó caer en una silla—. Fue una suerte que a S-14 se le ocurriera el plan cuando estuvo en la agencia con Brent.

—Sí. —T.J. cruzó las manos tras la nuca y fijó la mirada en el techo—. Podríamos decir que ha sido uno de los mejores aciertos que hemos tenido a lo largo del proyecto.

—¿Hubo algún problema para aleccionarlos?

—En absoluto... Por descontado, ofrecieron alguna resistencia cuando les echamos mano. Pero se aprendieron la lección en menos de dos horas. Luego, activarles fue cuestión de unos segundos nada más. Teniéndoles a ellos metidos en el juego, estábamos en condiciones de retirar, prácticamente, a todos nuestros agentes que tenían asignado un servicio de estrecha proximidad.

—Creo que debió usted retirarlos a *todos*.

—¡No! No podía correr este riesgo. Debía dejar a alguno.

—Pero eso sólo servirá para que entre en sospechas de nuevo... —Mendel se puso de pie y colocó las manos en las caderas—. ¿Por qué no me deja que le lleve a mi sanatorio? Tal como están las cosas, sólo puedo aplicarle un tratamiento parcial. Si le tuviera confinado, estaría bajo constante atención y tratamiento.

Caminando apresuradamente a causa de la excitación, un obrero del laboratorio penetró en la sala.

—La prueba es positiva, T.J. —dijo nerviosamente—. La chica tenía razón. Ha desaparecido parte de la escala de sonidos, una octava, para ser más exactos, que empieza precisamente donde A-1 ha informado.

—¡Eso es obra del diablo! —El Director Jefe se dio un manotazo en las rodillas—. Algo como la desaparición de una octava no puede pasar inadvertido. ¡Mañana, los periódicos no hablarán de otra

cosa!

—Menos mal que no se produjo en una zona más baja de la escala —observó Mendel—, porque en ese caso habría afectado a la gama sonora de la voz humana. Tal como ha sucedido, los cantantes empezarán a sorprenderse de no poder emitir determinadas notas, lo mismo que les ocurrió a los músicos.

T.J. transpiraba profusamente.

—Esto va a resultar muy molesto —dijo—. Ésta es la primera señal que tendrá un efecto directo e inmediato sobre la población en general.

—¿Piensa usted, jefe —preguntó el obrero del laboratorio, con deseos de ayudar—, que estas señales van a ser permanentes?

—Probablemente no. Por lo menos, la junta ha sugerido que podemos esperar que tengan una duración de varias semanas, o incluso meses, después que hayamos invertido *su* despertar. La *cosa* tardará un tiempo en volverse a quedar completamente dormida, y algo más, luego, en reconstruir lodo lo que involuntariamente haya sido demolido. Pero no hay por qué preocuparse demasiado por este lado. Si la *cosa* se duerme de nuevo, todo volverá a estar en orden... finalmente. Si no, no tendrá ninguna importancia el que este puñado de manifestaciones se borre o no... porque *¡todo será arrasado!* El obrero se mordió una uña.

—Pero —continuó T.J.—, todavía hay esperanza. Durante un tiempo las cosas se produjeron con calma, antes de este último suceso, que ha sucedido tres días después del precedente. Las manifestaciones anteriores se produjeron más próximas unas a otras, y a intervalos cada vez más cortos... Tal vez la próxima tarde unos cuantos días. Quizá la *cosa* está empezando a retirarse por sí misma.

Pero la voz del Director Jefe carecía de convicción...

Cuando Marcella regresó a la mesa, Tarl le espetó:

—¿Te importa que vayamos a dar una vuelta?

—¿Dónde vamos?

—Es temprano; podemos tomar un poco el aire y luego ir a un espectáculo cualquiera.

La joven dio su aprobación con una sonrisa y se encaminó hacia la antesala. Tarl hurgó en su bolsillo en busca del resguardo del sombrero, mientras Marcella entraba en una sala de descanso

próxima.

Con el sombrero en la mano, Tarl pidió a uno de los mozos que avisara al chofer de que estaban ya listos para salir. Después tomó asiento en un mullido sillón, de cara a la parte frontal del local, lo que le permitía observar tanto las puertas de entrada como las de la sala de descanso y la de entrada al local. Un espejo situado sobre la puerta principal atrajo su mirada. Reflejado en él podía ver el interior de la sala de baile, que quedaba a su espalda. Encendió un cigarrillo y se recostó en el respaldo.

Observando a través del espejo, vio a un hombre, desconocido para él, que procedente de la sala de baile iba a cruzar la salida. El hombre colocó un pie en el umbral, pero se detuvo en seco cuando su mirada cayó sobre la nuca de Tarl. Luego, rápidamente, se retiró a la otra sala.

Tarl sintió el impulso de dar la vuelta y efectuar alguna indagación, pero advirtió que su posición era ventajosa y se inmovilizó en su sitio, sin dejar traslucir que se había dado cuenta de que era vigilado. Apretó los labios y esperó.

A los pocos segundos, aquel rostro se asomó de nuevo a la puerta para atisbar. Tarl le examinó. En aquella cara no pudo advertir nada siniestro o cruel; ni, por otro lado, pudo detectar ninguna benevolencia.

¿Habrían observado la presencia del hombre, también, los detectives? En tal caso, ¿qué estaban haciendo? Ciertamente, podían ver al individuo. ¿Por qué, se extrañó, no le echaban el guante allí mismo?

Otra vez desapareció la cara, y Tarl respiró aliviado. Su mano se deslizó por la cadera derecha en dirección al bolsillo trasero del pantalón, donde sintió la presencia del revólver; cerró los dedos sobre él, tranquilizándose.

Luego, apartó la mirada del espejo.

Pasaron unos minutos. Fuera, en la calle, aparecieron el guardabarros frontal y el capó de la limousine negra, que se situó frente a la marquesina de la entrada. Se abrió la puerta de la sala de descanso. Tarl hizo ademán de levantarse, pero contuvo el gesto al ver que no era Marcella quien salía. La mujer cruzó frente a él y entró en la sala de baile. A través del espejo, Tarl seguía sus movimientos. No había dado más que tres o cuatro pasos más allá

de la puerta cuando se detuvo en seco. Incluyó la cabeza hacia el lado derecho. El hombre que había estado observando a Tarl le decía algo. Ella asintió y prosiguió su avance hacia el interior de la sala.

Salió Marcella. Tarl la tomó por el brazo y se dirigieron a la salida. Sus dedos la sujetaban firmemente por el codo, pero, de pronto, tiró de ella, deteniéndola en el momento de llegar a la puerta. Marcella, sorprendida, sofocó un grito.

—Cuando salgamos —le dio las instrucciones en un susurro—, entra en el coche tan aprisa como puedas. Dile a Charles que se aleje unos cien metros y que espere.

—¡Tarl! —La respiración de Marcella era agitada—. ¿Qué vas a hacer?

—¡No me preguntes ahora!

—Pero, Tarl, ¿a qué viene todo este misterio?

—¡No discutas! —Aumentó la firmeza de su tono en el momento en que abrió la puerta y la empujaba hacia la acera.

Fuera, ella hizo un nuevo intento de protestar. Pero Tarl abrió la puerta posterior de su automóvil e hizo entrar a la joven medio a empujones, mientras echaba una ojeada por encima del hombro para cerciorarse de que su acción no podía ser observada por el hombre que le había estado vigilando. Marcella se sentó en el borde del asiento y él introdujo la cabeza en el interior del coche.

—Charles, conduce hasta ese árbol y espérame... ¡Rápido!

—¿Qué...?

—¡Maldita sea! No puedo explicarlo ahora... No hay tiempo. Limitate a conducir hasta allí. ¡Vamos, vamos!

Se separó del coche y cerró la puerta de golpe. Charles se encogió de hombros y arrancó.

Tarl sacó el revólver del bolsillo trasero, apretándolo fuertemente en su mano. Luego, metió el arma en el bolsillo lateral de la chaqueta, pero dejó la mano en el interior sujetándola, empañando el frío acero del arma con la transpiración de la palma de su mano. Cruzó la acera de un salto y se ocultó tras uno de los maceteros con plantas de grandes hojas verdes que flanqueaban la entrada del *cocktail-lounge*.

Esperó un minuto, dos... Y en el momento en que empezaba a dudar de que, después de todo, el hombre le hubiera estado

siguiendo a él, se abrió la puerta. Atisbando a través de ella, el hombre miró a derecha e izquierda. Con precaución, avanzó unos pasos en la acera.

Al cabo de unos momentos de espera, se metió las manos en los bolsillos y echó a andar, alejándose de la entrada. Miró hacia la derecha y vio la limousine de Tarl aparcada. Se detuvo bruscamente y dio un salto atrás.

Pero Tarl había abandonado su escondite y, al tiempo que empuñaba el revólver, se interpuso entre el hombre y la puerta.

—¡No se mueva! —ordenó, mientras apretaba el cañón del arma contra la espalda del hombre—. ¡No levante las manos! Manténgalas en los bolsillos y no se dé la vuelta... Límitese a caminar.

El hombre empezó a protestar.

—¡Cállese! —Tarl habló en voz baja—. Vamos.

Indeciso, el hombre echó a andar por la acera. Tarl lanzó una mirada rápida tras él. No había nadie; nadie salía del edificio. Mientras andaba, escudriñó la acera delante y detrás de sí. Seguía sin haber nadie a la vista.

Luego, recorrió con la mirada la parte opuesta de la calle... Tampoco había nadie. A pesar de su argucia, casi había esperado que hubiera alguien allí para arrebatarle su presa. Incluso consideró la posibilidad de que alguien pudiera estar apostado cerca de él permanentemente con el propósito exclusivo de matar a cualquiera que consiguiera apresar.

Llegaron a la limousine. Tarl abrió la puerta delantera, e hincó con fuerza el revólver en la espalda de su prisionero.

—Mire... —el hombre vacilaba—, si se trata de un atraco...

Marcella gritó:

—¡Tarl! ¡Tienes una pistola!

Charles se volvió en redondo sobre su asiento.

—Jefe, ¿qué...?

—¡Entre! —gritó Tarl, agarrando por el hombro al hombre al que encañonaba.

—¡Tarl! ¿Qué estás haciendo? —Marcella hizo ademán de aparecerse.

—No, tú no te bajas —le dijo Tarl agitando el revólver en el aire—. ¡Ahora veremos si soy tan suspicaz! ¡Vamos a descubrir lo que

hay detrás de todo esto!

Hizo entrar al hombre de un empujón y cerró la puerta. Luego subió en la parte posterior, apoyándose en el borde del asiento.

—¡No puede hacer esto, jefe! —se lamentó Charles—. ¡No puede ir por la calle intimidando a un ciudadano con una pistola!

—Cállate y arranca, Charles. —Tarl apoyó una mano en el respaldo, detrás del extraño, con el cañón del revólver apuntando a su nuca.

Charles y Marcella intercambiaron una fugaz mirada.

Luego, el chofer se encogió de hombros y suspiró. La joven lanzó un grito sofocado; el terror se reflejaba en sus ojos.

—Mira —explicó Tarl con impaciencia—, es uno de esos tipos. Le distinguí allá dentro. Sé lo que me hago. Le observé cuando me espiaba desde el otro lado de una puerta, mientras te esperaba.

Adelantando lentamente el cañón del revólver hasta apoyarlo en la nuca del hombre, ordenó:

—¡Díselo! ¡Diles que me estabas vigilando!

El hombre no dijo nada. Trató de inclinarse, en un intento de alejarse de la amenazadora pistola. Tarl le asió del hombro con brusquedad y le obligó a recostarse en el asiento.

—¡Díselo! —gritó.

El otro permaneció silencioso, dirigiendo al chofer una mirada implorante.

Tarl dejó escapar un bufido.

—Está bien, Charles —dijo—, alejémonos de aquí. Busca un lugar tranquilo. Este tipo tendrá muchas cosas que contarnos dentro de unos minutos.

A desgana, el chofer puso el motor en marcha y arrancó. Marcella empezó a sollozar. Furioso, Tarl se recostó en el asiento.

La sangre no latía ya en sus sienes con tanta fuerza como lo había hecho cuando comprobó que, por fin, había podido hacerse con su presa. En cambio, su cabeza empezaba a vibrar, tal como solía hacerlo poco antes de que se iniciara una jaqueca. Desesperadamente, deseó que no volviera entonces el dolor... que no volviera y le incapacitara para lograr su objetivo.

Marcella ocultó la cara entre las manos. Tarl pasó un brazo sobre su hombro, pero ella lo apartó con una sacudida.

—Marcella, sé lo que me hago...

—Pero Tarl... —La joven se frotaba los ojos con un pañuelo—. Yo..., no comprendo... ¿Qué te ha dado? Eso de empuñar una pistola y... y amenazar a una persona...

—Todo se aclarará, Marcella —afirmó taxativamente—. Descubriré todo lo que tengo que saber.

Pero, mientras hablaba, como el filo cortante de una cuchilla, un ramalazo de dolor atravesó su cerebro.

—¡Oh, querido! —Ella le miraba ansiosamente—. Espero que sepas lo que haces.

—¿Dónde quiere que vayamos, jefe? —preguntó, resignado, el chofer.

—Dirígete a la zona de los depósitos. Aquello es bastante solitario.

De nuevo se sentó en el borde del asiento, apuntando con el revólver a la cabeza del hombre.

—Mira, amigo —amenazó—, puedes ahorrarte este paseo si empiezas a explicarte desde ahora.

El hombre volvió la cabeza. Tarl le asió por los cabellos y le obligó a mirar de nuevo hacia adelante.

—Pero si yo... no sé de qué me habla —dijo al cabo el extraño. Tarl observó que un estremecimiento agitaba el cuerpo del hombre.

—Está bien. Charles —ordenó, mientras se recostaba—, busca un rincón tranquilo donde podamos tener una pequeña charla.

El automóvil parecía rodar por las calles refunfuñando. Tarl se mantuvo en silencio mientras el vehículo se desplazaba desde el distrito comercial, resplandeciente de luces, hasta una pequeña zona residencial no tan bien iluminada, y de aquí al barrio de los depósitos, cerca de los muelles.

Sólo de trecho en trecho, un farol proyectaba una luz lúgubre, amarillenta, sobre unas aceras y calzadas desiertas, flanqueadas por construcciones anodinas.

—Allí —dijo de pronto, señalando un callejón que se abría entre dos edificios de una planta, hechos de chapa ondulada.

Charles no redujo la velocidad, sino que frenó y se detuvo en la calle, antes de penetrar en el callejón.

—¿Por qué no llevamos este pájaro a la policía, jefe? —preguntó—. Ellos descubrirán lo que sea. Además, no infringiremos la ley, tal como hacemos secuestrándole de esta forma.

—Sí, Tarl —dijo Marcella ansiosamente, cogiéndose a su brazo con manos temblorosas—. ¿Por qué no hacemos eso?

Tarl movió la cabeza y se negó:

—No. Si me lo hubierais sugerido hace diez minutos, os habría escuchado. Pero ahora estoy ya demasiado cerca de las respuestas. Entra en el callejón, Charles.

El chofer volvió a suspirar y arrancó; describiendo un arco, se dirigió al callejón.

—Ya es suficiente —indicó Tarl después que el coche cruzara la acera y se situara fuera del campo de luz del farol más próximo—. ¡Ahora! —exclamó, apoyando el extremo del arma contra el cuello del hombre—. ¿Para quién trabajas? ¿Por qué me estabas siguiendo? ¿Qué queréis?

Se habría podido tomar al extraño por una estatua. No emitió ningún sonido ni efectuó el menor movimiento.

El aliento escapaba ruidosamente por entre los dientes apretados de Tarl. Cerró la mano en el hombro del extraño y le dijo:

—Yo... —No pudo seguir. Se encogió en el asiento y sacudió la cabeza. El dolor estaba superando el umbral de sensibilidad. Por un momento, cerró los ojos y permaneció inmóvil—. Quiero saber... —Ignoraba la sensación de dolor y apretaba su garra en el hombro de aquel individuo, hundiendo más profundamente el cañón del arma en la blanda piel... quiero saber quién eres... *¡Ahora mismo!*

El hombre permaneció callado. Marcella se retorció las manos. Charles se volvió en su asiento; empezó a hablar. Pero Tarl le hizo seña de que callara.

La indignación competía con la jaqueca por obtener el dominio en el cerebro de Tarl. Comprendió que si no lograba pronto la información se quedaría a oscuras.

Separó la mano izquierda y golpeó al hombre por encima de la oreja:

—¡Habla, maldito! ¡Habla!

—¡No puedo! ¡No puedo! —aquel individuo estalló en sollozos—. Si lo hago..., ¡oh!, no puedo decir nada... ¿No ve usted que... que el mundo... que todo...?

Otra vez silencio.

Tarl amartilló el arma.

Bruscamente, Charles lanzó el brazo por encima del respaldo y

golpeó a Tarl en la muñeca. Con un ruido sordo, el arma rodó por la alfombrilla del coche. Marcella rodeó con ambos brazos el cuerpo de Tarl. Perdiendo el equilibrio, éste cayó del asiento.

—¡Corre, maldita sea! —Charles alargó el cuerpo por encima del hombre y le abrió la portezuela.

—Pero... —vacilaba.

—¡Lo único que tienes que hacer ahora es correr! —Charles le echó fuera del coche y el otro desapareció en la oscuridad del callejón.

Marcella se agarró a Tarl, enrollando sus brazos alrededor del hombre hasta que, de pronto, su cuerpo se relajó.

—¡Charles! —había miedo en su voz—. ¡No se mueve!

Charles saltó de su asiento y, corriendo, rodeó el coche y abrió la puerta posterior. El cuerpo de Tarl, que estaba recostado contra la portezuela, se desplomó hacia fuera, pero Charles le sostuvo.

—¡Se ha vuelto a desmayar! —dijo el chofer, levantando a Tarl para colocarle en el asiento.

—Esto significa... —empezó la joven, atemorizada.

El cielo se iluminó de pronto con la tremenda descarga de un rayo acompañada por el seco estallido del trueno. El ruido era ensordecedor y Tarl se agitó, abrió los ojos y miró a su alrededor.

—¿Por qué lo hicisteis? —su cabeza rodó a un lado—. ¿Por qué le dejasteis escapar?

Marcella y Charles cambiaron una mirada.

—Teníamos que hacerlo, Tarl. —Con suavidad, la joven apoyó una mano en su frente—. Estabas perdiendo los estribos... ibas a matar a ese hombre.

—No. No iba a hacerlo. Yo... —Su rostro se contrajo—. Yo... —Se desplomó en el asiento.

—Vámonos de aquí —urgió Marcella—. Llevémosle a la Oficina Central. Algo va a ocurrir... algo gordo... ¡Se ha desvanecido dos veces! ¡Esto es peligroso!

Charles puso el coche en marcha y salió del callejón en marcha atrás. Cuando llegó a la calle e inició el avance, tuvo una clara percepción del cielo. Extrañas descargas luminosas se sucedían de uno a otro horizonte.

Pisó el acelerador a fondo. El coche saltó hacia adelante.

—Esos relámpagos... —comentó a Marcella—, no son

verdaderos relámpagos... ¡no son como los que yo conozco!

Apenas se oían sus palabras. Quedaban ahogadas por un retumbar de truenos casi continuo.

—¡No hay nubes en el cielo! —gritó ella, acercando sus labios al oído del chofer.

Un rayo descargó sobre un almacén, media manzana por delante de ellos. El cegador fogonazo iluminó la escena con la claridad del día. Pero el edificio no se incendió. Ni hubo ladrillos que saltaran, ni humo, ni paredes desplomándose. Simplemente, la estructura se desintegró. Se levantaron nubes de polvo que, arremolinándose, envolvieron los edificios adyacentes. En el lugar donde hubo un edificio sólo quedó un montón de cenizas, que cayó en parte, como una, cascada, sobre la acera y la calle.

La limousine abrió un surco a través de ellas, lo mismo que si no hubiera absolutamente ninguna materia, dejando en su estela remolinos de humo hirviendo.

De pronto, los relámpagos disminuyeron. El cielo volvió a oscurecerse.

Marcella estaba gritando.

—¡Tengo miedo! —sollozaba—. ¡Tengo mucho miedo!

Charles se inclinó sobre el volante para tener una visión menos restringida del firmamento. Señaló un punto. La joven apoyó la cabeza en la ventanilla y miró.

Miríadas de chispas luminosas consumían en un destello su efímera existencia, mezcladas con las estrellas. Las chispas iban aumentando de tamaño y dejaban ígneos resplandores tras ellas.

—¡Meteoros! —exclamó Charles.

Los resplandores se extinguieron antes de completar su descenso sobre la Tierra. En su estela quedaron prendidas hebras de luz que parecían agujas.

—Eso tiene *su* aspecto —dijo Charles ásperamente, pisando más fuerte el acelerador—. *¡Podríamos estar asistiendo al fin del mundo!*

—¿Vamos a la Oficina Central? —preguntó la aterrorizada joven.

—Desde luego. —Charles dobló una esquina manteniendo el coche sobre dos ruedas—. ¿No reconoces esta zona? Estamos a pocas manzanas de distancia.

La joven pasó la mano repetidamente por la frente de Tarl.

Estaba hundido en un rincón del vehículo. Consiguió enderezarle tomándole por los hombros y le reclinó la cabeza sobre su pecho.

—Pobre Tarl —murmuró, sujetándole con más fuerza—. ¡Es el único de los tres que no sabe qué sucede!

Se oyó un estruendo distante. Otro más próximo. Luego, otros dos, casi simultáneos.

—¿Qué es esto? —preguntó la joven dando un chillido, al tiempo que apretaba a Tarl contra su cuerpo.

—¡Los meteoros! —gritó Charles—. ¡Están aumentando de tamaño! ¡Y chocan!

Fuera, el cielo estaba cruzado por rayos de fuego. Algunas hebras ardientes se extendían hasta el suelo. Cuando aquellos hilos, que se alargaban, tocaron la superficie, la tierra tembló. Aumentaba el número de estallidos y los impactos eran cada vez más violentos. En unos segundos, el ruido de las colisiones se convirtió en un continuo estruendo.

Una inmensa esfera llameante hizo impacto en la calle, una manzana más allá de donde estaban. El calor sofocante que desprendía llegó hasta ellos a través de las ventanillas y de la chapa del automóvil. Pero la ola tórrida fue sólo temporal. El objeto que había caído penetró profundamente en el suelo, arrastrado por su propio ímpetu. Un segundo después, en aquel punto se agitaban olas que se hinchaban como burbujas, en una olla de alquitrán hirviente.

Charles pisó a fondo el freno y paró a unos trescientos metros del montículo, en el momento en que estallaba el centro de la burbuja, lanzando un chorro de gas llameante a más de doscientos metros de altura. De cada grieta de la burbuja fluía un chorro continuo de fuego que enviaba poderosas llamas hacia el firmamento.

La joven gritaba, presa de pánico; pero el diluvio de objetos llameantes empezó a decrecer, hasta cesar por completo. Le sustituyó la lluvia, cayendo en enormes gotas y golpeando con tanta ferocidad que abollaba las superficies de metal del automóvil.

Tarl se agitó, asido a la joven. Y, aterrorizada, ella le rechazó.

Gimiendo al tiempo que recobraba el conocimiento, Tarl se irguió en el asiento y se restregó la cara con manos temblorosas. Marcella se encogió en su rincón. Y la lluvia perdió su extraño

carácter: las gotas se hicieron más pequeñas y empezó a caer de una forma natural.

La joven saltó del coche.

—¿Qué haces? —le gritó Charles.

—Tengo miedo —exclamó ella sin volver la vista atrás—. Miedo de todo..., incluso de él. ¿No te das cuenta de que *ello* está ahí... en el coche?

Permaneció de pie, fuera del vehículo, indecisa por el miedo, mirando erráticamente en todas direcciones.

—Marcella... —Tarl se asomó, agarrándose a su vestido—. No te vayas, ¡por favor!

Se desprendió de un tirón y echó a correr calle adelante. Desapareció en medio de la lluvia. Tarl se llevó las manos a la cabeza, desesperado, gritando de dolor.

—*Esta maldita jaqueca, Charles* —se lamentó—. ¿Por qué no desaparece?

La lluvia cesó. Fuera se oyó el sonido de unas pisadas. Determinadas pisadas, producidas por tacones femeninos. Frente a la puerta abierta apareció Marcella.

—¡Has vuelto! —Tarl intentó sonreír.

—Sí, Tarl. —Subió de nuevo al coche—. Sí, he vuelto.

Tarl miró, entonces, afuera, alrededor del vehículo. La burbuja ardiente destacaba. Con la mirada recorrió la calle que quedaba a sus espaldas. Había otras burbujas, todas ellas vomitando iracundas llamaradas en dirección al cielo. Pero el brillo incandescente que bañaba, por debajo, las nubes que se iban formando sobre la ciudad, le indicó que se requerían miles de fuegos como aquél para producir una iluminación de tal magnitud.

—¿Qué ha sucedido? —Dio un brinco en el asiento, con una expresión de asombro en su rostro. Miró a Marcella, luego a Charles—. ¿Ha habido un ataque?

—¡Tarl! ¡Oh, Tarl! —Marcella se abrazó de nuevo a él, con un abrazo muy estrecho, pegando su rostro al de Tarl. Luego se echó a llorar.

—¡Esto es la *cosa*! —dijo T.J. de pie junto a la ventana, recorriendo con la mirada los rostros aterrorizados que en la amplia sala de la Oficina Central estaban pendientes de él—. Ahora, ¡se ha soltado!

El edificio se estremeció de un modo inquietante. La mesa se desplazó varios centímetros por el pavimento, al tiempo que se hacía perceptible un repentino retumbar. La habitación se llenó con el ruido de objetos que, por todas partes, en el edificio, eran arrancados de sus emplazamientos.

—¡Un terremoto! —gritó una mujer histérica, agarrándose desesperadamente a los bordes de su silla.

—Pero de pequeña magnitud. —T.J. ocultó su preocupación con resignada serenidad—. Ahora *está* fuera —añadió abstraído, recorriendo con la mirada el panorama del exterior—. *Está* suelto...

—¿Hay alguien que pueda hacer algo?

Uno de los hombres atravesó la sala apresuradamente para colocarse junto al Director Jefe.

Pero ambos permanecieron callados, frente a la ventana, observando cómo miles de hogueras lanzaban su humo hacia el firmamento. Se divisaba la luna en cuarto creciente. Pero tenía el aspecto de un objeto intangible... ondulante, fragmentándose en múltiples partes que, luego, volvían a unirse en un todo.

—Solamente podemos tantear y ver si queda alguna línea de acción razonable —dijo T.J. por último.

—Pero ¿cuáles son nuestros planes? —insistió el hombre—. ¿Qué sigue ahora?

Otro terremoto sacudió el edificio hasta los cimientos.

—Si consiguiéramos traerle aquí, podríamos intentar el último plan —explicó el Director Jefe, y regresó a la mesa.

—Se refiere usted a la llamada directa a través de su consciente, ¿no es eso? —preguntó uno de los consejeros con expresión de alarma.

—¿Qué otra cosa nos queda por hacer? —T.J. abrió los brazos—. Ahora no tenemos ya por qué preocuparnos acerca de si *lo* vamos a despertar del todo. Ya *está* despierto. Y no tenemos ninguna razón para creer que quiera regresar al nivel del subconsciente... a la inactividad. Si pudiéramos tenerle aquí iniciaríamos el tratamiento inmediatamente... ¡Doctor Mendel! —recorrió el mar de caras que asistían a la reunión.

—El doctor Mendel está en el laboratorio, preparando su equipo —aclaró alguien. Luego, el mismo hombre se asomó por una puerta lateral y gritó el nombre del psiquiatra.

Mendel entró en la sala con el cabello resuelto, escrutando a la asamblea con mirada nerviosa.

—¿Lo tiene todo preparado? —le espetó T.J.

—Estoy totalmente preparado —respondió Mendel, extrayendo una jeringuilla de su bolsillo y levantándola para que T.J. pudiera verla—. Puedo administrar la inyección dentro de los diez segundos después que se manifieste... Pero —la voz de Mendel se quebró, volviéndose frenética—, ¿dónde está? ¿Qué le retiene? ¿Por qué no está ya aquí?

—No hay forma de saberlo —T.J. había recobrado la calma—. Todos los medios de comunicación con nuestros agentes han quedado fuera de servicio. Pero todos los agentes tienen instrucciones explícitas para traerle a la Oficina Central tan rápidamente como sea posible desarrollar la Fase Z. No podemos hacer nada más que esperar aquí.

Las manos de Mendel se aferraron a los brazos de T.J.

—Pero tenemos que encontrarle, T.J. —urgió, y repitió—: *¡Tenemos que encontrarle!*

Una expresión de sorpresa cruzó momentáneamente por el rostro del Director Jefe.

—¿Cree usted —se sacudió de encima las manos de Mendel— que elevando su subconsciente al mismo plano que su consciente estará en condiciones de establecer comunicación directa?

—Deberíamos poder —Mendel bajó la mirada al suelo y se calmó un tanto—. Hemos estado muy cerca de la comunicación directa en un par de...

El psiquiatra se detuvo de repente en mitad de la frase.

Los ojos de T.J. fulguraron y sus puños se cerraron mientras miraba fijamente a Mendel. Luego, el Director Jefe dejó escapar una exclamación ahogada y bramó en tono acusador:

—¡Mendel! ¿Qué quiere decir? *¡Usted* estuvo muy cerca!

Brillaba el miedo en los ojos del psiquiatra cuando retrocedió unos pasos. Una repentina calma inundó la sala, aislándola del estrépito del exterior.

T.J. se adelantó y asió al médico por las solapas de la chaqueta.

—*¡Usted ha estado intentando el contacto en secreto!* —le acusó.

—¡Miren! —gritó alguien—. ¡Cuidado, T.J., tiene una pistola!

Hubo otros gritos y varios consejeros se abalanzaron hacia él, al

tiempo que Mendel, de un salto, se situaba a la espalda del Director Jefe, clavándole la boca del arma entre las costillas. Hizo una advertencia a los demás para que se mantuvieran alejados.

Usando a T.J. como escudo, Mendel retrocedió hasta la pared, lejos del grupo amenazador. El Director Jefe movió la cabeza anonadado, mientras musitaba:

—Y yo ni siquiera sospeché que pudiera haber alguien entre nosotros que estuviera tratando de *despertarle*, mientras nos esforzábamos en devolverle a su estado de letargo. Debí saber que si alguien podía sabotear el proyecto era precisamente usted, Mendel...

—¡Imbécil! —susurró Mendel con voz ronca—. Usted y su proyecto se proponían ahogar la *cosa* en un supino estupor; para reducir a la impotencia todos sus poderes; para preservar la naturaleza tal como la conocemos... Hay otro camino, T.J... Si la *cosa* estuviera en la mente adecuada, en una mente que pudiera controlarla, la mía, ¡piense por un momento en la ilimitada potencia que estaría a disposición de dicha persona!

T.J. sentía en su cuello el aliento cálido y excitado de Mendel.

—Porque —la histeria se iba adueñando de la voz del psiquiatra— yo podré regir el mundo sin encontrar oposición. Las riquezas del universo serán mías. No solamente las riquezas que existen, ¡sino también las que yo pueda *soñar* para que existan! ¡Seré inmortal y divino!

T.J. se volvió un tanto, para echar una mirada a través de la ventana y, moviendo la cabeza, dejó caer los hombros. Se había levantado un fuerte viento, que peinaba el humo de los incendios para convertirlo en gallardetes de cinta negra. Entre los gallardetes se podía divisar la oscuridad natural del firmamento. En el lugar acostumbrado, titilaban las familiares estrellas. Pero en cuanto las miró, también ellas dejaron de ser familiares.

Grupos enteros de estrellas abandonaron su lugar y se precipitaron en confusión a través de los cielos, perdiéndose algunas de ellas en el caos. Muchas estallaron, recorriendo todo el espectro de colores hasta desaparecer en el ultravioleta. Y la Luna había dejado de existir.

El cerebro de Tarl estaba embotado cuando supo por Marcella y Charles lo que había sucedido durante el tiempo en que permaneció

inconsciente. Lleno de confusión, agitó la cabeza, musitando:

—¡No! ¡No! ¡No!

Pero sus exclamaciones fueron subrayadas por una serie de temblores que retumbaron a través de la corteza terrestre y sacudieron el automóvil sobre sus muelles.

—Pero ¿por qué? —preguntó horrorizado—. *¿Por qué está sucediendo todo esto? ¿Dónde está el fallo?*

Marcella volvió los ojos hacia Charles y el chofer fijó los suyos en los de la joven.

Tarl sorprendió el intercambio de miradas.

—¡Lo sabéis! —dijo en tono de reproche—. ¡Vosotros lo sabéis! —Asió a la joven por los hombros y la sacudió—. ¿Qué es, Marcella? ¡Dime lo que sabes!

Sus cejas se unieron al sentirse herido por una nueva punzada de dolor, aunque no tan aguda como la que tuviera antes. Fuera se escuchaba un nuevo retumbar... otra inquietante agitación en la superficie terráquea.

Charles cedió.

—Podríamos decírselo, Marcella. Ahora no tiene ya ninguna importancia. Si no podemos llegar a la Oficina Central, se enterará. Y si llegamos allí, lo descubrirá de todos modos.

En la cara de Tarl se reflejaba una expresión de absoluta perplejidad.

—¿Por qué no vamos a la Oficina Central ahora? —preguntó Marcella mirando a Charles.

—No podemos arriesgarnos a continuar... al menos hasta que se calme todo este infierno.

La noche que envolvía a la ciudad parecía haber consumido su furia inicial. Los temblores empezaban a debilitarse. Pero el mismo aire era como una entidad amenazadora, al acecho... esperando para saltar sobre uno y devorarlo.

La faz de Tarl seguía mostrando un doloroso aturdimiento. Miró al chofer y luego a la joven.

—Bien, Tarl —empezó Marcella, apoyando una mano en su hombro—, tenías razón. Te estaban siguiendo... cada minuto... cada segundo... ¡Pero lo hacían personas que querían tu bien! Personas que sólo se preocupaban de que no sufrieras ningún daño, de que no te afectara ningún problema, de que te hicieras rico. Te

proporcionaron todo lo que pudiera hacerte feliz, sentirte satisfecho...

—¿Incluidas las mujeres? —Tarl rechazó la mano que se apoyaba en su hombro—. ¿Se preocupaban también de que estuviera bien servido en cuanto a mujeres?

Desviando la mirada, Marcella murmuró haciendo un esfuerzo:

—Sí.

—Y tú, Marcella, ¿formas parte del equipo?

Permaneció callada durante lo que pareció una eternidad.

—Sí, Tarl. Formo parte del equipo.

—Y también yo, Tarl —agregó Charles—. Y lo mismo casi toda la gente que conoces.

Tarl apretó los dientes.

—Quieren que sea feliz... pero ¿por qué? —Agarró a la joven por los brazos y volvió a zarandearla, gritando—: ¿Por qué?

—Déjala, Tarl —dijo Charles sin moverse—. Lo hace lo mejor que puede.

Tarl se relajó, se dejó caer en el asiento almohadillado y cerró los ojos. No sentía ya dolor en la cabeza... Tenía solamente una vaga y embotada sensación de vacío. Oyó la voz de la joven, sonando muy lejana:

—Había dos razones para protegerte, Tarl. Una era impedir cualquier daño físico que pudiera separar tu intelecto de tu cuerpo mediante la muerte... La otra, impedir cualquier lesión mental... cualquier psicosis, neurosis... que pudiera, de hecho, causar lo mismo.

«Verás, Tarl, si eso ocurriera, temíamos que algo... algo que está *dentro* de ti pudiera desprenderse. —Su cuerpo se estremeció a causa de la emoción—. ¡Oh, Charles! —dijo, volviéndose hacia el chofer—. ¿Cómo puedo explicarle? ¿Cómo se le puede explicar a alguien, sin ayuda de la inyección del doctor Mendel para ocultar una parte de irracionalidad...?

—¡Mendel! —exclamó Tarl.

—De eso se trata, Tarl. —Charles se inclinó hacia él—. Hace poco más de tres años, las mejores mentes científicas del país hicieron un descubrimiento: descubrieron lo que ellos denominaban «la verdadera naturaleza de nuestro mundo... del universo entero...» —El chofer le miró fijamente a los ojos—. *¡No existe!* —

soltó bruscamente— *¡Nada es real!* Nada en absoluto es real... por lo menos en cualquier aspecto físico... *¡Todo es una ilusión!* Este coche. Marcella. Ese edificio. Este planeta. *¡Cada estrella del firmamento!*

Tarl se rió, fuerte y largamente. Pero sus carcajadas se desvanecieron cuando, por encima de sus cabezas, cortando el aire con un silbido escalofriante, cruzó un grupo de objetos parecidos a cometas, persiguiéndose entre sí desde el horizonte oriental hasta el oeste, y desapareciendo más allá de un bloque de edificios al final de la calle. En su estela, las estrellas se arremolinaron... se dispersaron, danzaron en pequeños círculos y por último, trabajosamente, se reintegró cada una a su lugar. El terror se reflejó en su mirada, y se olvidó de que había reído.

Luego, donde una estrella había lucido resplandeciente, todo un sector del firmamento enloqueció. Lo que había sido una estrella pequeña como la luminosa punta de una aguja, se expandió hasta formar un disco de blanca luminiscencia, grande como una luna llena. El área luminosa se fue haciendo más brillante y siguió creciendo lentamente. Al cabo de unos segundos, se había convertido en el globo de un ojo inmenso que ocupaba más de la mitad del firmamento.

Creció hasta ocupar todo el hemisferio celeste, convirtiendo la noche en el más brillante de los días que jamás se hubiera visto. Tarl se tapó los ojos para protegerlos. Cuando volvió a mirar, la intensa iluminación había desaparecido. El cielo volvía a ser oscuro. Y de pronto se dio cuenta de que Marcella estaba chillando.

Finalmente dejó de gritar. Pero no lloró. Su expresión se hizo grave, rígida. Le miró. Había horror en sus ojos.

—*Nosotros* comprendemos, Charles —dijo, dirigiendo una mirada feroz a Tarl—. Pero probablemente él no puede saber de qué se trata... ¡No ha sido preparado! ¡A *nosotros* se nos ha explicado qué podía suceder!

Marcella tuvo un estremecimiento y pasó un brazo alrededor de los hombros de Tarl, quien se aproximó a la joven con el deseo de sepultar su rostro en el pecho de ella y llorar.

Pero su cerebro estaba entumecido y se hallaba demasiado aturdido para hacer más preguntas.

—No preguntes cómo descubrieron que nada era real —prosiguió el chofer—; el caso es que lo descubrieron. Ellos te lo

dirán.

—Y lo probaron. —Atravesando la pared de su pecho, la voz de Marcella resonó en el oído de Tarl—. Lo probaron cuando nos dijeron que si sus sospechas eran ciertas, Mercurio desaparecería misteriosamente. Recuerdas que el planeta desapareció, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza, sin apartarla del calor de su cuerpo.

—No se salió, simplemente, de su órbita, ni se precipitó en el Sol... *Lo que está en ti* lo destruyó. Lo destruyó al querer, subconscientemente, excluirlo de la existencia, mientras estabas dopado. Fue una comprobación, un experimento.

Tarl alzó la cabeza frente al rostro de Marcella, en muda interrogación.

—Sí, Tarl, dopado —asintió la joven—. Desde luego, tú no lo recuerdas. Ese recuerdo fue destruido mediante la sugestión posthipnótica. —La muchacha sollozó, apoyando la frente en la mejilla de Tarl—. ¡Oh, Tarl! —exclamó—. ¡Sigo pensando que tú eres *ello*! Y sigo queriendo alejarme de ti. ¡Correr! ¡Huir! Pero estás metido en el mismo barco que todos los demás. ¡Tú eres tan imaginario, tan irreal, como cualquier otro! Pero no es de ti de quien tengo miedo. Es del *intelecto* que comparte tu cuerpo y tu mente.

Tarl se incorporó de nuevo en el asiento. Nada tenía sentido para él. Nada en absoluto. Quiso pellizcarse para comprobar si se hallaba o no en algún fantástico país de sueños...

Pero una ojeada al aterrador panorama que les rodeaba le cercioró de la realidad.

—Tarl —continuó Charles—, esta *cosa*, este *intelecto* que está en tu interior, es la única cosa real que existe. No existe nada más. Ni siquiera el espacio. Ni siquiera el tiempo. Ni siquiera la materia. ¡Sólo ese *intelecto*, ese intangible e incorpóreo poder de razonamiento, es real! *Ése y sólo ése es el universo, todo el universo*. Todo lo que es, existe solamente en virtud de su imaginación.

De nuevo Tarl miraba, abstraído, frente a sí. Moviò la cabeza:

—No lo comprendo. No puedo captarlo. ¡Me estoy volviendo loco!

Fuera del coche, tras la calma acechaba algo indefinible exhibiendo su imponderable amenaza, mientras el cielo se iluminaba con las hogueras que ardían dispersas por la ciudad.

—Nuestros consejeros —Marcella recobró el control de sí misma — creen que el universo entero, incluso tú y tu mente *activa*, sólo es parte de la imagen mental de este... este *intelecto*. Creen que esta entidad, a lo largo de un período indefinido, creó las cosas tal como ahora las conocemos en un acto motivado por la soledad.

»Es posible que primero te creara a ti, o a uno de tus antepasados. Si fuiste tú primero, entonces, no sólo creó las cosas como las conocemos, sino que también creó una historia para el universo y una memoria racial e individual para cada criatura de él.

»Si primero creó a uno de tus antepasados, entonces el intelecto se desplazó por línea de descendencia hasta ahora, aunque el cuerpo que lo aloja es el tuyo.

»Después de crearlo, gozó de su universo y de su mundo durante un tiempo, cayendo a continuación en un estado en que la actividad mental quedó suspendida. Relegó a su subconsciente la tarea de controlar todos los objetos y actos de los seres de su universo.

Tarl agitó la cabeza deliberadamente, tratando de absorber la revelación... tratando de hallar el hilo racional.

—Así, pues —Marcella tomó de nuevo su mano inerte—, los que te han estado siguiendo, y sus consejeros, piensan que sólo un mundo simple, un universo simple, fue creado por la cosa mientras se hallaba en estado consciente.

»Sospechan que solamente en el subconsciente, en la zona del sueño, llegó a completarse el todo... Tal vez mientras tenía un control consciente de su creación sólo te creó a ti, quizás a una o dos personas más, un pequeño calvero como morada, nada más que un puñado de cosas esenciales...

»Luego, satisfecha y en paz consigo misma, la cosa se sumió en un letargo. Pero, mientras se dormía arrebujado por esta satisfacción, el intelecto expansionaba su creación sin ningún esfuerzo consciente. El calvero se convirtió en un valle. El valle, en un continente. El continente, en un mundo. Luego, vinieron otros mundos y estrellas, y sistemas estelares y complejidades de la sistematización, orden, ciencias...

Por primera vez brilló en los ojos de Tarl un tenue destello de comprensión.

—Y si se despierta —vaciló—, si se despierta... ¡no puede abarcar la complejidad de las cosas que ha creado!

La joven asintió con un gesto.

—Pero ¿se está despertando? ¿Qué le hace agitarse?

—Exceso de cuidados —dijo Charles encogiéndose de hombros.

—Los consejeros se han estado afanando —explicó la joven hablando con rapidez—. Las sospechas que abrigan se filtraron hacia tu subconsciente, hacia el subconsciente del intelecto. Y eso pinchó, aguijoneó a la cosa. No una vez, sino muchas. Cada vez que sufría una perturbación, emitía un impulso desde su subconsciente hacia el orden que estaba manteniendo. Y cada vez se producía el caos. Finalmente, casi lo han despertado, si no lo han hecho del todo.

—¿Y? —Trataba de arrancar las palabras de labios de la joven.

Pero fue Charles quien rompió el silencio.

—¡Y ahí está! ¡Esto es el fin!

—¡No! —protestó ella, estrechando con más fuerza la mano de Tarl—. Queda una última oportunidad, si conseguimos llegar a la Oficina Central. Allí, los consejeros podrán establecer contacto... llamarle. Aunque no seamos más que transitorias ficciones libres de su imaginación, podríamos apelar con suficiente sinceridad como para obtener la continuación de nuestra existencia.

»Desde luego, nos damos cuenta de que la existencia no podrá ser lo que ha sido. La entidad, si se despierta del todo, no puede conservar en pie el universo con todos sus sistemas. Para poder manejar con éxito los principios esenciales... un puñado de personas y un trozo de tierra sólida para existir en ella... la entidad debería abandonar todo lo demás. Esto significa que casi todo lo que conocemos desaparecerá, se desmaterializará. Sólo podemos esperar que quiera escuchar nuestras sugerencias e intente proporcionar la supervivencia a tantos como sea posible.

—Más tarde —añadió Charles—, después que consiga conservar el mayor número posible, puede volver a dormirse profundamente, y entonces se iniciará otra vez el progreso. El puñado de personas evolucionará hacia una civilización. El pequeño pedazo de terreno donde existan se expandirá una vez más hasta convertirse en un continente. Y de nuevo habrá estrellas... y mundos.

—Y todo evolucionará normalmente —completó la joven con amargura—, hasta que algún científico descubra «la verdadera naturaleza de las cosas» y se preocupe de localizar el «intelecto» y

tomar medidas para asegurarse de que no retornará al estado consciente.

—Pero ¿cómo... cómo supieron? ¿Cómo me localizaron a mí? —preguntó Tarl. Marcella suspiró.

—Fue una casualidad. Un científico, que estaba asociado con el que ahora es nuestro Director Jefe, perfeccionó un detector de ondas cerebrales. Se partía de la idea de que el instrumento tenía solamente propiedades direccionales, que le permitirían descubrir el origen de las ondas que estaba detectando.

»Sólo que comprobaron que el indicador nunca señalaba en dirección a la persona que era sometida a la prueba... Siempre señalaba en la misma dirección. Siguieron la aguja a través de medio continente... ¡y te encontraron a ti! —Pero ¿por qué no siento la cosa dentro de mí? ¿Por qué no me doy cuenta, ahora que se está agitando, de que está aquí?

—¿Por qué habrías de notarlo? —En los ojos de Charles había sólo una muda desesperación—. Sólo por casualidad la cosa está asociada contigo. Sólo por casualidad en el principio te creó a ti o a uno de tus antepasados y se asoció a tal persona para reemplazarla en el goce del mundo de ensueños que había producido. Durante todo el tiempo ha actuado con independencia de ti o de tus antepasados. Incluso durante las crisis de los últimos tres años ha estado actuando con independencia de ti.

»Al comienzo —prosiguió Charles—, los consejeros no eran más que un puñado de científicos que habían descubierto la verdad. Después de teorizar y de convencerse de lo que sospechaban, organizaron el experimento de Mercurio. La prueba tenía dos objetivos. Uno era reforzar la verdad. El otro, reunir fondos para el proyecto «protección».

»Con tacto, hicieron partícipes de sus sospechas a los más prósperos magnates, no sólo de este país, sino del mundo entero. Desde luego, los magnates no los creyeron... al principio. Pero cuando predijeron la desaparición de un planeta, las cosas cambiaron de aspecto. Los consejeros obtuvieron todo el dinero que quisieron para la Operación Madrugada.

—Charles —interrumpió Marcella, que, a través de la ventanilla, estaba mirando a la, ahora, tranquila noche—. ¿No crees que deberíamos tratar de llegar a la Oficina Central? Parece que todo

está tranquilo.

—Sí. —El chofer abrió la portezuela de su lado—. Será mejor que nos vayamos ahora, antes de que empiece a *revolverse* otra vez. —Se volvió hacia Tarl y le dijo—: Está a unas seis manzanas de aquí. Tendremos que ir andando. Sus caras se chamuscaron a causa del calor que desprendía el volcán en miniatura que llameaba en la esquina, y avanzaron dando traspiés al atravesar por entre los humeantes escombros de un edificio retorcido. La calle por donde Charles les guiaba era un conjunto desordenado de acordeonadas aceras, rotas y gorgoteantes tuberías de agua, edificios en ruinas. En cada manzana, el fuego iba adquiriendo mayor impulso, extendiéndose a los edificios contiguos.

De las áreas residenciales próximas empezaron a llegar supervivientes, arrastrándose por entre la barahúnda de rugientes llamas y de maderos que se desplomaban crepitando, que martilleaban sus oídos y les producían un frenesí que aceleraba sus pasos.

Los zapatos de Tarl estaban cubiertos de arañazos, y las perneras del pantalón se habían rasgado. Los tacones de la joven se arrancaron de sus zapatos de noche cuando cruzaron el último bloque, en el distrito de los almacenes, y treparon por el terraplén para seguir por la vía del tren hasta una zona de viviendas desvencijadas.

Ante ellos sonaban, cada vez con más fuerza, gritos de dolor que habrían querido impedir que llegaran a sus oídos.

Tarl caminaba entre Marcella y Charles; de pronto se detuvo y se quedó rígido. Luego se le doblaron las rodillas y casi cayó al suelo. Entre la joven y su compañero le tomaron por los brazos y le sostuvieron.

—Se me pasará —murmuró.

Los tres permanecieron inmóviles, mientras Tarl, apoyándose en los otros dos, respiraba profundamente para enfrentarse a la creciente intensidad del dolor. Los sonidos de la angustiada humanidad que se hallaba frente a él, llegaban ahora directamente a sus oídos, golpeándole el cerebro, aumentando el terror sobrecogedor que sentía.

Ignorando el dolor, alzó la cabeza y afrontó el panorama. En la calle había un grupo frenético de personas enloquecidas. Algunos se

habían caído y eran incapaces de moverse. Muchos estaban muertos. Una absoluta devastación lo envolvía todo. Los que trataban de ayudar a las personas caídas, estaban trastornados, silenciosos. Otros permanecían de pie, inmóviles, chillando.

Los había que reían histéricamente. Algunos parecían estar en trance y contemplaban los esfuerzos que hacían otros para escapar de edificios incendiados. Se oían los gritos de una madre en busca de su hijo... y de una miríada de chiquillos dando chillidos y llamando a sus padres. Incluso sonidos de animales se percibían a través del tumulto. Un gato arqueaba el espinazo refugiado junto a un tramo de escalera, maullando lastimeramente. Un perro ladraba de terror; otro aullaba en una dolorosa agonía...

Los sonidos llegaban directamente al consciente de Tarl, impidiéndole que se deslizara en el olvido.

Y mientras se producía una lucha en su interior, se preguntaba cuál sería la extensión de la escena que se desarrollaba ante él. ¿Abarcaría toda una ciudad? ¿Una nación? ¿El mundo? Volvió a cerrar los ojos y trató de expulsar el caos de su cerebro.

Entonces, de repente, ¡desapareció el dolor! Desapareció por entero y completamente. Como si hubiera roto una cadena quedando maravillosamente libre de la agonía. Y supo, instintivamente, que nunca más volvería a naufragar en la tortura.

También supo otras cosas. Que su mente no era enteramente suya. Que, paradójicamente, su mente *era* suya. Que podía aspirar a más de lo que era capaz la limitada mentalidad que hasta hacía pocos segundos había poseído. Que hasta aquel momento había estado empleando solamente una partícula diminuta de su inteligencia potencial. Y que *ahora* ¡tendría todo el potencial a su disposición!

¿Se había despertado del todo el intelecto en su interior? ¿O, sólo empezaba a despertar? Se decidió por lo último, puesto que la sensación de superinteligencia no era permanente. Iba y venía, quedándose sólo durante fugaces segundos, en los que su mente se abría a vastas visiones de supremo conocimiento. Luego, igual que una pulsación, la sensación desaparecía... para aparecer de nuevo.

Y, con la realización del gran conocimiento, llegó la arrebatadora evidencia de la gran belleza. Ya que la cosa que estaba dentro de él era intrínsecamente buena. En una cima de la

sensación pulsante, comprendió que se ofrecían a su escrutinio mental todos los conocimientos que se habían adquirido a lo largo de la extensión temporal de la creación.

A su disposición, para que los inspeccionara, se hallaban todos los pensamientos que alguna vez alumbrase cualquier inteligencia que hubiera vivido en el pasado o en el presente.

Asomando por encima de la masa del intelecto universal como un telón que se levanta, estaba la maligna huella mental de su psiquiatra personal, Mendel. Tarl se sorprendió de que se hubiera asignado al doctor un lugar en apariencia tan preeminente en el misterioso esquema de las cosas. Se concentró en aquella huella mental y experimentó un sobresalto cuando comprendió su conexión con el proceso que se estaba desarrollando. Se dio cuenta de que el objetivo de Mendel era usurpar la suprema inteligencia; es decir, disponer su propia mente como receptáculo del huésped, para desarrollar un grado de control consciente. También vio que la consumación del plan implicaba el olvido para él, el que ahora albergaba a la suprema inteligencia.

Le alarmaron, y a la vez le divirtieron, las intenciones de Mendel. Le divirtieron porque comprendía que si se despertaba a la inteligencia lo suficiente para hacer posible la transferencia a otro alojamiento, el despertar sería completo y significaría el fin de todo, pensamiento que hizo que ahora destacase, resplandeciente, en su conciencia, el principio capital que había dado lugar a la concepción de la Operación Amanecer: probablemente el intelecto no sería capaz de conservar en un plano consciente lo que subconscientemente había creado y seguía creando mientras dormía.

Pero de pronto se preguntó si la premisa podría estar equivocada. ¿Sería posible que el ser pudiera despertar por completo, destruyendo con aquel acto todo cuanto había sido creado, sólo para descubrir que cuando se durmiera de nuevo tenía lugar una recreación universal? Una recreación que reprodujera cada cosa tal como era antes del despertar. Con la ayuda de la hiperinteligencia que comenzaba a ser una parte consciente de él, vio que era una posibilidad no desdeñable. «Es posible —meditó— que un durmiente se despierte por un momento, vuelva luego a dormirse y entre de nuevo en el mundo de sus sueños,

encontrándolo exactamente tal como lo dejó».

No sabía hasta qué punto sus actos y sus pensamientos eran ahora motivados por su propia inteligencia y en qué parte eran producto de la hiperinteligencia. Se preguntaba si en realidad había alguna diferencia entre él mismo y *ello*.

Sacudiendo la cabeza para despejar las ideas de indecisión, anunció a la joven y a Charles:

—La jaqueca ha desaparecido.

Cuando sus ojos se encontraron con los de Marcella, la joven dio un grito. ¿Habría reconocido el cambio que se había experimentado en él?

La respuesta estaba en sus ojos. Marcella miraba fijamente, pero no a él, sino más allá de él. Se volvió y echó una mirada a la calle.

¡El asombro le hizo tambalearse! La escena estaba igual que antes, por lo menos en un espacio de unos mil metros.

Pero detrás de eso... ¡no había *nada*! ¡*Absolutamente nada*!

Era como si alguien, con un enorme cuchillo, hubiera desprendido de un tajo el resto de la existencia, dejando al otro lado del corte un vacío inimaginable, oscuro, sin estrellas, sin imágenes, sin sonidos.

Con un estremecimiento, se volvió en redondo y miró tras ellos. Lo mismo ocurría en aquella dirección. Se veía una manzana con escenas de devastación. Pero más allá... ¡*nada*! Él, Marcella y Charles se hallaban en un disco situado en medio de un vacío infinito. Eran el centro de una esfera, una esfera de realidad, de poco menos de dos kilómetros de diámetro, rodeados de un inmenso universo sin límites y sin materia.

Marcella seguía gritando. Charles gemía y se derrumbó en medio ciego la calzada, abatido. Apoyó la cabeza en sus manos y sollozó mansamente.

—¡Se ha terminado! —exclamó, convulso—. ¡Todo ha terminado! ¡Se está replegando sobre nosotros! Somos lo único que queda... No pensé que sucedería de esta forma... tan de prisa. Estaba seguro de que habría unos días de confusión, de caos. Pero ahora se acaba. *Ni estrellas... ni Tierra... ni Sol... ¡Nada!*

Marcella, desfallecida, se desplomó sobre el chofer, que apartó de sí su cuerpo inerte; rodó hasta el suelo.

En el rostro de Tarl aparecieron gotas de sudor. Horrorizado,

percibió algo que Marcella y Charles no habían visto. ¡La orilla de la nada estaba avanzando! Se cerraba sobre ellos. La pequeña esfera de realidad se cerraba, se contraía. Comprendió que el vacío acabaría por alcanzarles y devorarlos, lo mismo que estaba engullendo todo lo que encontraba en la zona divisoria. Quiso dar la vuelta y echar a correr, pero cuando se volvió, comprobó que por aquel nuevo lado la oscuridad estaba tan cerca y tan amenazadora como por el otro.

Agitó una mano ante su rostro, como para detener el avance de la destrucción. Y, como si fuera una respuesta a su ademán, ¡dejó de avanzar!

Se concentró con mayor intensidad... y, muy lentamente, la nada retrocedió, vomitando tramos de aceras, pedazos de edificios, trozos de calle que había devorado. Se retiró sólo unos cuantos metros. Luego, otros más. ¡Lo conseguía! Él, haciendo actuar el poder de la entidad, se asía a lo que quedaba del universo concreto.

Marcella y Charles continuaban inmóviles. Deteniendo el vacío, Tarl dirigió la mirada a la oscuridad, por encima de sus cabezas. Imaginó una estrella situada en el centro de la nada. ¡Estaba allí! Imaginó otra. ¡Una segunda estrella surgió ante su vista!

¡Pero desapareció la primera!

Y cuando volvió los ojos a la escena que se desarrollaba ante él, vio que el vacío había reanudado su avance, consumiéndolo todo, como antes.

Sintió un estremecimiento. ¡No podía con todo a la vez! No podía impedir la desmaterialización de la materia y, al mismo tiempo, ordenar la aparición de nueva materia. ¿Podría impedir que su propio cuerpo se disolviera en la nada? ¿Cuánto tiempo podría resistir? ¿Avanzaría el vacío cuando se durmiese? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que él mismo no fuera más que un intelecto desprovisto de cuerpo, existiendo en el infinito mar o éter original?

¿No sería mejor, se preguntaba, si el intelecto pudiera ser apaciguado y devuelto a su letargo? Tal vez en este estado podría sujetar todo lo que quedaba... ¡Si pudiera llegar a la Oficina Central! Quizá con la ayuda de los consejeros podría salvarse algo.

¡Pero la Oficina Central había dejado de existir! ¿O no? Tal vez reaparecería si pudiera desplazar la esfera hacia el lugar que había ocupado y que ahora formaba parte del vacío que les rodeaba.

Charles seguía sollozando. Tarl se agachó y lo abofeteó. La fuerza del golpe arrancó al chofer de su estupor.

—¡Levántate! —le gritó.

—No —gimoteó Charles—. Déjame solo.

Tarl le dio otra bofetada:

—¡Levántate! ¡Todavía hay una oportunidad!

Charles se levantó, indiferente, actuando con la misma docilidad que un esquizofrénico. Tarl acudió a la joven y la tomó en sus brazos. Marcella respiraba normalmente, pero seguía inconsciente. Tarl dio unos pasos, seguido por Charles. La esfera de realidad avanzaba con ellos, conservando el perímetro a la misma distancia del centro que ocupaban ellos tres.

Caminó una manzana, y otra *manzana* de realidad se materializó ante ellos, al mismo tiempo que la manzana que acababan de dejar atrás se desmaterializaba progresivamente.

—¿Estamos en la calle donde se encuentra la Oficina Central? —le preguntó al chofer.

—Sí.

Tarl siguió avanzando. De pronto, se dio cuenta de que la luz que les envolvía no era natural. No procedía de las farolas, ni tampoco del cielo, ya que no había en el firmamento ningún cuerpo que emitiera luz, ni siquiera la estrella que él hizo aparecer.

Pero en el preciso momento en que Tarl reflexionaba conscientemente acerca del origen de la luz, ¡la pequeña esfera se vio sumida en la negrura de Estigia! Tarl sofocó un grito. Charles no reaccionó. Apresuradamente, Tarl imaginó que la luz había reaparecido, y de nuevo estuvo allí. Ordenó a la luz que permaneciera... preguntándose si surtiría efecto.

Unos segundos más tarde, el límite entre la esfera y el vacío, que iba avanzando con ellos, alcanzó a tres personas, devolviéndolas a la existencia, pero en el momento en que Tarl tuvo conciencia del hecho de que estaban allí, ¡se desmaterializaron! Trató de devolverlas a la existencia, pero se dio cuenta de que sólo podía hacerlo a expensas de una reducción en el tamaño de la esfera. ¡El intelecto no disponía ya de poder!

A medida que seguían avanzando, otros seres torturados se deslizaron por debajo de la cortina de la realidad. Algunos aparecieron corriendo de un lado a otro de la calle. Otros se

arrastraban, dolientes, por la superficie de cemento. Muchos chillaban, y algunos yacían inmóviles en el suelo, mientras escapaba de sus cuerpos el último hálito de vida.

Pero todos ellos, tan pronto como eran devueltos a la existencia, se desmaterializaban... dejando sólo agrietadas aceras, pavimentos resquebrajados de los que surgían llamas por alguna de sus hendiduras, y edificios, edificios destruidos, edificios retorcidos, edificios consumidos por el fuego.

Sostenía trabajosamente a la joven, sintiendo cada vez más su peso. Marcella empezó a moverse y, con sus movimientos, Tarl experimentó mayor dificultad para seguir avanzando. Habría preferido que siguiera inconsciente un poco más.

Marcella profirió unos débiles lamentos y empezó a mover la cabeza. Tarl apoyó los pies de la joven en el suelo y vio que había abierto los ojos. Pero volvió a cerrarlos apresuradamente, sintiendo que sus piernas vacilaban.

—¿Estás bien, Marcella?

Ella se pasó una mano por la cabeza al tiempo que afianzaba su equilibrio.

—Estaré bien dentro de un momento —murmuró.

—No mires a tu alrededor —le previno—. No te gustará lo que veas.

—No lo haré.

Se estremeció. Luego, deslizó su mano en la *de* Tarl, dando a entender que estaba pronta para seguir adelante. Se marcharon. Charles les seguía, silencioso.

Sólo habían recorrido unos metros cuando el chofer alargó el brazo y tocó a Tarl en el hombro.

—Ése es —indicó a Tarl, señalando un edificio, a su derecha.

La joven miró en aquella dirección.

—La Oficina Central —dijo, sin emoción.

El edificio era uno de los pocos que en aquella manzana aún se sostenían. Tarl sujetó con más fuerza la mano de Marcella y se dirigió hacia él.

—Ya no necesita usted el revólver. —El tono de T.J. rebosaba desesperación cuando miró a Mendel por encima del cañón del arma—. Dentro de unos segundos habremos desaparecido.

El Director Jefe echó una ojeada a su alrededor; la sala estaba

vacía.

—Volveremos a desaparecer; disueltos en la nada... lo mismo que hace unos instantes. Ignoro por qué hemos regresado a la existencia. Tampoco sé por qué no regresaron los demás...

—Yo le diré por qué. —De los ojos de Mendel desapareció, en parte, la expresión frenética—. Brent se está acercando. Anda ya cerca, y con él trae toda la existencia que queda. De esta forma me imaginé que ocurriría.

—¡Pero los otros no han regresado!

Mendel introdujo la pistola en su bolsillo:

—Tal vez nosotros seguimos con vida —se rió fríamente— porque somos, como si dijéramos, los «personajes principales»... Pero, mientras estemos aquí, en forma sólida, hay esperanza.

El psiquiatra empezó a recorrer la sala con pasos regulares.

—Brent llegará —dijo para sí; la piel se tensó alrededor de su boca—. Ha sonado la hora de la transferencia...

De pronto, rechinó la puerta al abrirse. T.J. alzó de golpe la cabeza y vio a Marcella que entraba.

—¡No entren aquí! —gritó—. ¡Manténganle fuera!

Pero, al oír el ruido del tirador de la puerta, Mendel había saltado a través de la sala. Y, a pesar del grito de T.J., el psiquiatra agarró a Marcella por la muñeca y la arrastró dentro de la habitación, al tiempo que sacaba el revólver y apoyaba el cañón en el costado de la joven.

—Las balas todavía pueden matar, Brent, incluso en esta irreal realidad —exclamó mientras Tarl entraba de un salto, con los puños cerrados.

T.J. le lanzaba un aviso frenético. Pero Tarl tan sólo prestaba atención al desarrollo de los acontecimientos... Con calma, Mendel apartó el revólver del costado de Marcella y lo colocó en el bolsillo de su chaqueta!

Sin esperar a encontrar una explicación para aquel acto inesperado, Tarl dio un salto adelante y lanzó su mano, como una garra, hacia la garganta del psiquiatra.

Pero Mendel apartó a Marcella y ágilmente esquivó el brazo de Tarl, que pasó rozándole. Luego, el médico sacó la mano de su bolsillo; empuñaba la jeringuilla de acero. Incluso antes de que Tarl tuviera tiempo de recobrar el equilibrio y enfrentarse de nuevo a

Mendel, la punta del instrumento le atravesó la ropa y penetró en su espalda.

El efecto fue instantáneo. Un fuego líquido corrió por su cuerpo, y, al desplomarse, vio que Charles atacaba sin convicción al psiquiatra. Pero el chofer no era rival para aquel hombre, mucho más corpulento que él, y los puños del médico le golpearon como mazas. Tarl vio a Charles caer derribado sin sentido en el momento en que una nube blanca le impedía seguir mirando.

T.J. no tuvo tiempo para reaccionar, pues Mendel había empuñado la pistola incluso antes de que el cuerpo del chofer se inmovilizara. Con el arma, Mendel empujó a Marcella y al Director Jefe al lado opuesto de la habitación, regresando luego donde yacía Tarl.

—¡Llegó la hora, Brent! —susurró, inclinándose sobre Tarl—. ¡Ahora puede hacerse!

Mientras el psiquiatra examinaba a Tarl, T.J. hablaba con Marcella. Algunas frases de la conversación flotaron a través de la sala y llegaron, amortiguadas, al oído de Tarl. Su cabeza giró débilmente en aquella dirección, pero los perfiles de la joven y el hombre no aparecían nítidos. Sin embargo, comprendió que Mendel debía haber expuesto sus propósitos al Director Jefe y, ahora, suponía Tarl, T.J. le estaría describiendo a Marcella la metamorfosis de Mendel.

El impacto inicial de la inyección... el dolor físico que le había causado en el primer momento... empezaba a disiparse. Y ahora, Tarl estaba atento solamente al profundo letargo mental y físico que se estaba apoderando de él.

Cuando desapareció el dolor, adquirió conciencia de que los dedos de Mendel tanteaban su cuerpo, comprobando su pulso. Notó la oreja del médico aplicada contra su pecho... escuchando los latidos del corazón.

Reuniendo todas las energías que le fue posible, levantó el brazo sobre la cabeza de Mendel. Pero, antes de que pudiera cerrar la mano y golpear, el brazo se desplomó, inerte, en el suelo.

Repitió el intento, pero no había en su cuerpo fuerza suficiente ni siquiera para tan simple gesto.

Débilmente oyó cómo Marcella chillaba otra vez y consiguió volver la cabeza en dirección a ella. Como entre nubes, vio que T.J.

había apoyado la cabeza de la joven en su hombro para sustraer del área visual de Marcella aquello que había provocado su estallido.

—¡Se está reduciendo! —la frenética y distante voz de la joven casi no llegaba a sus oídos—. Tarl lo contuvo durante un tiempo. ¡Pero ahora no puede hacer nada!

Una mano ruda sujetó el mentón de Tarl y le obligó a volver la cabeza. Hizo un esfuerzo para concentrarse y consiguió enfocar de nuevo su visión.

—Sí, Brent. —La desdeñosa boca de Mendel se abría y se cerraba convulsivamente—. Se está acercando. Dentro de muy poco sólo quedaremos nosotros dos. Y, tiene usted que pensar, Brent... pensar que cualquier cosa que haya en su mente es algo vil. Algo de lo que debe desembarazarse. Yo le ayudaré a librarse de ello. Le ayudaré a extraerlo de su interior...

»Pero usted también debe ayudarme. Debe usted concentrarse tan intensamente como pueda: ¡Voy a librarme de ello! ¡Voy a librarme de ello! ¡Voy a librarme de ello...!

La voz de Mendel golpeaba sus oídos como un martillo pilón. Hizo un intento para sacudir la cabeza y librarse de las desagradables impresiones... del encantamiento hipnótico. Pero la incansable voz de Mendel no cedía.

Y, a medida que proseguía, sintió que apoyaba el cañón del revólver en su sien. Comprendió que el momento en que Mendel apretara el gatillo no estaba demasiado lejos.

Pero la voz del psiquiatra, con su insistencia, barrió cualquier otra sensación, y el consciente de Tarl se sometió, admitiendo:

—¡Voy a librarme de ello! ¡No lo quiero aquí! ¡Quiero que me deje!

Sus poderes mentales estaban entrando en resonancia con los poderes hipnóticos del psiquiatra, y se esforzaba ansiosamente por ayudar a que se cumplieran los propósitos de Mendel.

Notó unos leves signos de que se estaba produciendo un indefinible estremecimiento detrás de su mente... a gran profundidad en el subconsciente... más allá, incluso. Aquella sensación fluía, y empezó a latir en armonía con sus pensamientos conscientes. En aquel momento, las frases hipnóticas penetraban en su mente desde dos direcciones... Oralmente, desde el exterior de su cuerpo, y mentalmente, desde el interior.

Pero aquella sensación parecía estar creando una imprevista

fortaleza que le hacía posible reasumir el mando de, por lo menos, una de sus facultades sensoriales.

¿Acaso esta fortaleza era algo que Mendel no había previsto? Tarl concentró los inesperados ergios de energía en su visión. Y los objetos de la habitación adquirieron una límpida definición. Los vagos perfiles de Marcena y T.J. se hicieron más claros.

A pesar de que Tarl les observaba con tanto interés como le permitía su mente drogada, la joven y el Director Jefe empezaron a desaparecer de su vista. Atravesando el lugar que sus cuerpos ocupaban se hallaba el borde del límite de la existencia. ¡Les estaba barriendo! ¡Más allá de la pareja estaba el vacío impenetrable! Y, mientras miraba, horrorizado, Marcella y T.J. se convirtieron en parte de la nada, y la creación siguió reduciéndose, sin que nada pudiera evitarlo.

—Sí, Brent. —La voz de Mendel sonó como un trueno en su oído —. Cuando se haya estrechado hasta nosotros... cuando a la entidad le queden sólo dos criaturas en su lamentable universo... entonces no tendrá más que un lugar donde ir después que abandone tu cuerpo sin vida.

Hubo un colérico retumbar en el cerebro de Tarl, se agitó convulsivamente. Tarl se preguntó si estaría el intelecto al corriente de las maquinaciones de aquel vil personaje que había creado. ¿Accedería complaciente a las intenciones de Mendel? Si se alojaba en Mendel, ¿habría un lugar en la subsiguiente nueva creación para T.J., para Marcella y para él mismo? Se daba cuenta de que no había ninguna razón para creer que ello fuera posible, pues Mendel se opondría, ciertamente, a la existencia de cualquiera que sospechase la verdadera, naturaleza de la realidad y pudiera enfrentarse a él, del mismo modo como él lo había hecho.

El horror le desgarraba al darse cuenta de que él y el mundo que le era familiar, podrían desaparecer para siempre. Entonces, se preguntó de pronto, ¿por qué la entidad, que él consideraba como básicamente buena, iba a permitir que sucediera tal cosa?

Una idea espantosa se insinuó en su mente: tal vez la entidad no se oponía al cariz que habían tomado los acontecimientos, simplemente, porque sentía absoluta indiferencia por su creación. Pero, en ese caso, asomaba otra posibilidad, incluso más plausible: *¡tal vez la entidad era subjetiva porque Tarl mismo lo era! ¡Quizá la*

situación existía realmente ahora, en que él y la entidad eran uno y el mismo!

Si era éste el caso, razonaba Tarl, cualquier cosa que él, Tarl Brent, imaginase, sería una realidad. El efecto de la inyección, por ejemplo, ¿podría anularse por medio de un propósito expresado mentalmente?

Aún no había terminado de considerar esta posibilidad, cuando su cuerpo dejó de estar encadenado por la droga. Tenía la cabeza despejada y había desaparecido toda confusión en sus ideas. En sus pupilas se reflejaba la vivida imagen de Mendel, que se inclinaba sobre él con un brazo extendido, colocado sobre su pecho, mientras sostenía la pistola con la otra mano.

Con un simple movimiento, Tarl rodó hacia un lado y se puso de pie de un salto, derribando a Mendel. Con una expresión de asombro en el rostro, el psiquiatra levantó rápidamente el arma y le apuntó.

Sólo el principio de una sensación de temor se abrió camino en la mente de Tarl. Antes de que este concepto se materializase, soltó una carcajada y miró deliberadamente el arma.

¡Había dejado de ser una pistola! ¡No era más que un inerte trapo mojado!

Mientras el miedo se reflejaba en su rostro, Mendel arrojó el pingajo y se volvió para huir. Pero el vacío se hallaba a muy pocos metros de distancia, y el espanto le dejó helado. Tarl fue hacia él.

—No se hará —dijo con los dientes apretados—. No habrá transferencia.

Le hizo dar media vuelta y le propinó un puñetazo en pleno rostro. Luego otro. Pero la sumisión de Mendel era prematura. Y Tarl cayó en la cuenta de que no tenía sentido magullarse los nudillos contra la cara huesuda del psiquiatra. La manera más simple de tratar con el perverso megalómano sería negarle la continuación de la existencia.

El vacío se tragó al doctor Mendel.

Cuando, segundos más tarde, empezó a expandirse, el psiquiatra no reapareció. Los bordes de la esfera se desplazaron hacia fuera, lentamente al principio, luego a creciente velocidad...

Dirigiendo conscientemente los poderes creativos del superintelecto, acogió en su cerebro la convicción de que, una vez

terminada la crisis, la entidad volvería a dormirse y reemprendería su sueño de creación.

¿Cuántos recuerdos del período de vigilia que estaban viviendo borraría la inteligencia?

La esfera de realidad se expandió más y se materializó el cuerpo inconsciente de Charles. Luego, Marcella y T.J. emergieron del vacío. Al momento, Marcella estaba en los brazos de Tarl, sollozando.

Mientras la sujetaba con fuerza, se sintió impresionado por el aspecto de la situación, por las enormes posibilidades que habían tentado a Mendel; la ilimitada cantidad de riquezas y poder que acumularía la persona que controlara con éxito a la superinteligencia desde un plano consciente. Pero, se dijo a sí mismo con convicción, era mejor olvidarlo. Olvidarlo y dejar que el intelecto siguiera con su sueño sin ser molestado.

—¿Qué ha ocurrido, Tarl? —Marcella se apartó de su lado y volvió hacia él una cara en la que se reflejaba la curiosidad—. Tengo una extraña sensación de que algo insólito ha ocurrido... ¿Qué ha sido?

No contestó. Dirigió una mirada a T.J., que permanecía de pie con una expresión de perplejidad en el rostro. Después, Tarl se asomó a la ventana. En aquellos momentos, el borde de la esfera se hallaba ya varias manzanas más abajo y seguía expandiéndose a creciente velocidad. Y de nuevo las estrellas volvían a brillar en el firmamento.

¡Pero faltaba algo! Las señales dejadas por los incendios que habían asolado la ciudad no aparecían en el ámbito recobrado de la creación.

Un velo de misterio parecía extenderse por la mente de Tarl. Se sorprendía de haber pensado que un panorama de edificios carbonizados, destruidos, se extendía alrededor de la Oficina Central...

Qué curioso... ¡Había pensado en aquel edificio llamándolo «Oficina Central»! Una oficina central, ¿para qué? ¿Qué significaba aquello?

Sacudió la cabeza tratando de pensar con más claridad, pero no pudo. Había recuerdos muy metidos en su mente... retrocediendo a mayores profundidades... de las que no regresarían.

Abandonó los intentos para forzar su concentración y atrajo a Marcella hacia sí. Sintió una gran paz procedente de algún lugar muy profundo, en su interior. El secreto estaba sepultado para todo el mundo, incluso para él. De algún modo, lo sabía, él mismo lo había dispuesto así.

Marcella le besó...

**«PRECIPICIOS DE LUZ QUE ASCENDÍAN
ETERNAMENTE...»**

Las obras del espacio tienen sus especialistas y sus grandes figuras. Una de las más brillantes es Edmond Hamilton (esposo de la no menos célebre Leigh Brackett), creador del capitán Futuro, personaje cuyas aventuras épicas llenan multitud de volúmenes.

Esta segunda parte se inicia con el extracto de una de sus novelas, *La estrella de la vida*, cuyas páginas compendían de manera magistral muchos elementos y emociones típicas del género. El Universo está regido por los *vraes*, seres muy parecidos a los humanos salvo por un detalle importantísimo: no mueren. Un terrestre del siglo xx, Kirk Hammond, cruza la galaxia con el propósito de descubrir su secreto. Acaba encontrando la explicación en Althar, la Estrella de la Vida, perteneciente a la nebulosa Trífida. Su nave espacial dispone de propulsión por fotones. Con él viaja Thayn Marden, bella y misteriosa mujer no humana, por el momento cautiva de Kirk.

Su viaje está a punto de concluir. En algún lugar próximo se encuentra la base de los peligrosos *vraes*. Y entonces aparece en sus pantallas la Trífida, atractiva pero prohibida a los viajeros...

El júbilo con que Hamilton se sumerge en su descripción de los «precipicios de luz que ascendían eternamente hacia el espacio sideral» resulta contagioso. Precisamente fueron los autores de ciencia-ficción quienes descubrieron que disponían de una reserva temática tan inagotable como es la inmensidad del espacio.

También hay inmensidad en Jeff Sutton cuando nos habla de un imperio del silencio. El ser humano y su historia han desaparecido hace ya mucho tiempo. «*Desde entonces el mundo giró casi setecientos millones de veces alrededor del Sol. Surgieron sesenta y dos grandes cordilleras que acabaron convertidas en llanuras estériles. Setenta glaciaciones...*» Y la historia prosigue. Tal vez resulte deprimente este recuento del tiempo, pero a los lectores atrapados en la ciudad

—y la ciencia-ficción es básicamente una literatura urbana— les brinda un sentido dimensional alentador.

Otro refugio yacía en las facultades mentales, prácticamente infinitas a juicio de los autores de ciencia-ficción... Hamilton nos habla de aventuras físicas —hombres entre las estrellas—, mientras que Sutton lo hace de máquinas gigantescas; Thomas Scortia, en su pequeño camafeo narrativo, contempla una forma en que la mente humana puede aventurarse por el espacio con mayor denuesto que los hombres o las máquinas.

Hay una frase en *Cambio marino* que se me ha quedado grabada en la memoria. Según Scortia, sus personajes «tienen algo que los hombres normales nunca poseerán. Han encontrado un papel que desempeñar en el sueño más grande de la humanidad». Este convencimiento de haber dado con algo nuevo, secreto y potencialmente... ¿qué?, ¿destrutivo o vitalizador?, se apodera de más de un lector de ciencia-ficción. La explicación no hay que buscarla muy lejos. En la ciencia-ficción, y especialmente en el sector de las obras del espacio, todo lo imaginable es posible y la fantasía se hace realidad.

El «sueño» que menciona Scortia también tiene su importancia. Como el del señor Earwicker en *El velatorio de Finnegan* de James Joyce, todos los acontecimientos, reales o míticos, adquieren el mismo grado de probabilidad. Una y otra vez se observan en las narraciones del espacio estos elementos arquetípicos.

Aunque Kirk Hammond precise de propulsión fotónica y ordenadores electrónicos para llegar a Althar, lo cierto es que su búsqueda de la inmortalidad es tan vieja como el género humano. Ixmal necesita medio millón de años para mover unas flores y hacer temblar pequeños arbustos; pero su experiencia sensorial nos recuerda al chiquillo que arranca las flores de un jardín. En cuanto al Bart de *Cambio marino*, con su cuerpo de plástico y metal, con la mención de las derruidas ciudades marcianas, las llanuras calcinadas de Mercurio y los océanos de nitrógeno plutoniano, además de las inmensas soledades del espacio: todo ello nos impresiona por simbolizar un aislamiento acaso necesario para ser verdaderamente humanos.

Para muchos, la nebulosa Trífida se encuentra a la puerta de su casa. O quién sabe si dentro...

LA ESTRELLA DE LA VIDA

por Edmond Hamilton

¡Por fin habían dado con la Estrella de la Vida Eterna! Pero ¿por qué palideció la bella Marden y pidió con un susurro: «Os lo ruego, dad media vuelta y alejaos de aquí inmediatamente».

Ante ellos tenían la nebulosa Trífida.

Ya era impresionante en las fotografías astronómicas que Hammond estudiara mucho antes, en el siglo xx, cuando se la conocía por nebulosa Trífida; pero a esta distancia resultaba pasmosa.

En torno suyo refulgían grandes nubes de estrellas. Eran los enjambres de soles que en la región galáctica de Sagitario iluminaban las noches estivales de la lejana Tierra. Pero más allá asomaba una inmensidad luminosa, candente cual horno donde se forjaron las estrellas, con una amplitud de muchos segundos de paralaje. Grupos de estrellas dobles y múltiples brillaban desde el interior de aquella nebulosidad infinita, deslumbrantes algunas, otras débiles o a punto de apagarse. La masa refulgente de la Trífida aparecía hendida por tres grandes grietas de varios años luz de anchura, formando unas vías de acceso perfectamente distinguibles hacia su misterioso interior.

La luz de la Trífida se reflejó en los rostros de quienes observaban desde la cabina de mando: Tammás en los controles, Jon Wilson, Quobba e Iva apretujados junto a Hammond. Hammond se preguntó si sus compañeros sentirían el mismo temor reverencial que a él le invadía. Porque, contemplando la Trífida, tan enorme que las estrellas resultaban en su comparación simples motas de polvo, cruzó por su mente la idea de que estaban a punto de profanar la casa de Dios.

La voz tensa de Wilson le devolvió a la realidad:

—Pueden interceptarnos en cualquier momento. Voy a ver si Thol está preparado.

Dando media vuelta, Hammond salió de la cabina de mando en pos de Wilson. No quería seguir contemplando la Trífida. «Si lo hago —pensó—, sentiré miedo».

En la sala de comunicaciones, Thol Orr asintió con calma.

—Todo está dispuesto. Recordad que nadie debe hablar ni ponerse al alcance del objetivo del teleaudio.

Esperaron mientras los generadores zumbaban y la nave proseguía su vuelo. Aunque observaban constantemente la pantalla del teleaudio, no ocurrió nada.

De repente, el aparato empezó a zumbear con insistencia y Hammond dio un respingo.

—¡Ahí está! —exclamó Wilson—. Comprueba...

—¡Silencio! —ordenó Thol Orr con el tono de quien trata de calmar a un chiquillo nervioso. Pulsó un botón. En la pantalla del teleaudio apareció la cabeza de un apuesto joven, tras el cual se divisaba un fondo de aparatos desconocidos para Hammond. Parecía un joven eficiente, agradable y muy normal. Hammond sintió odio hacia aquel vra.

—Procedan a identificarse —exigió el vra. Thol Orr pulsó un nuevo mando que puso en funcionamiento el estereovideo. De su proyector surgió una imagen tridimensional, cuya solidez y realidad dejaron boquiabierto a Hammond. Aquella imagen, proyectada ante el objetivo del teleaudio, era la de Thayn Marden. La imagen de Marden comenzó a hablar con rapidez.

—Regresamos para evacuar una consulta especial. Todos los ocupantes de la nave somos vraes.

En sus palabras sólo se advertía un ligero nerviosismo. «Bastará para convencer a cualquiera», pensó Hammond. Confió en que efectivamente convenciera al vra de la pantalla. De lo contrario, no tendría más que oprimir un botón para hacerles desaparecer como por ensalmo. En la pantalla, los ojos del joven vra se iluminaron de contento.

—Bienvenido a casa, Thayn —dijo—. Hacía ya mucho tiempo que no nos veíamos. Adelante.

Al instante se oscureció la pantalla.

Maniobrando en su tablero de mandos, Thol Orr hizo desaparecer la vivida imagen de Thayn. Hammond se relajó, sintiendo como si acabaran de quitarle un fleje de hierro que hasta entonces atenazara su pecho. Los tripulantes se miraron con expresión de alivio y triunfo.

—¡Bien hecho, Thol! —exclamó Wilson—. ¡Les hemos engañado!

Thol Orr negó con la cabeza.

—No por mucho tiempo. Recuerda que los vraes esperan la llegada de Marden a su base de Althar, que por cierto no sabemos dónde está. Cuando vean que se retrasa darán la alarma y empezarán a buscarnos.

—Para entonces —repuso Wilson— ya habremos llegado a alguna parte.

Se aproximó a North Abel, joven algoliano que observaba los receptores direccionales situados en un rincón de la sala.

—¿Encontraste la posición, North? —le preguntó.

—He dado con una —repuso el algoliano—, pero antes de trazar una derrota tengo que calcular la orientación.

En la pequeña sala de navegación se apretujaban Lund, Abel, Wilson y Thol Orr, todos ellos inclinados sobre una mesa. Hammond echó un vistazo sobre los hombros de sus compañeros, aunque no pudo comprender nada del amasijo de símbolos y gráficos que éstos examinaban.

—¡Ya lo tengo! —anunció Abel instantes después—. Si no han utilizado ninguna estación retransmisora, ésta es la dirección de Althar.

Todos miraron a Wilson, que se tiraba del labio con nerviosismo mientras estudiaba las hojas cubiertas de símbolos.

—Éste es el camino que debemos seguir —resolvió Wilson, tras unos segundos de silencio—. Es posible que los vraes conozcan otro mejor, pero nosotros lo ignoramos. Al menos así podremos avanzar un buen trecho por esta abertura, antes de meternos de lleno en la nebulosa.

Las graves facciones de Lund se endurecieron.

—Atravesar la nebulosa no va a ser cosa fácil —sentenció.

—No digo que lo sea —reconoció Wilson—. Pero no nos queda más remedio que intentarlo.

Hammond aprovechó la oportunidad para interrogar a Thol Orr.

—¿Por qué ha de ser difícil atravesar la nebulosa? —preguntó—. Si estoy en lo cierto, sus materiales son tan tenues que prácticamente no existen.

—Exacto —asintió Thol Orr—. Desde lejos, la Trífida parece una masa ígnea; pero en realidad sólo vemos el reflejo de la luz que emiten las numerosas estrellas de su interior. Su polvo espacial

tiene una densidad inferior al vacío más perfecto de nuestros laboratorios. La nave ni siquiera lo notará.

—Pues entonces, ¿dónde está el peligro?

—En los campos magnéticos. Las nubes de polvo de la Trífida están en movimiento, forman remolinos y chocan entre sí. Estas colisiones de nubes crean unos campos magnéticos intensísimos, que además cambian continuamente. Como comprenderás, esos campos magnéticos han de afectar por fuerza a nuestro sistema de propulsión por fotones.

Mientras tanto, la nave seguía aproximándose a la Trífida. Hammond comió algo y después se echó a dormir, esta vez sin temor a la pesadilla que tanto tiempo le persiguiera. No tuvo pesadillas, pero al despertar recordó un sueño distinto y extrañamente turbador. Volvía a tener entre sus brazos el cuerpo de Thayn Marden. De repente, la mujer se reía de él, para desaparecer un instante después.

Entonces comprendió que había abrazado una imagen estereovideoscópica, una imagen inmaterial.

Pensando en la prisionera encerrada en su pequeño camarote, se preguntó si estaría asustada, aunque lo dudaba. Debía reconocer que aquella arpía soberbia e inhumana no tenía nada de cobarde. Seguramente estaba indignadísima. ¡Tanto mejor! Pero ¿por qué demonios pensaba en ella? Abandonó su litera para dirigirse a la sala de mandos. Las imágenes de la placa panorámica le aturdieron como si le hubieran propinado un mazazo. La Trífida abarcaba todo el firmamento a proa, cual esplendor refulgente de dimensiones inconcebibles para la mente humana. Desde su interior estrellas y constelaciones emitían destellos que iluminaban miríadas de partículas de polvo cósmico. Las grandes grietas oscuras, visibles incluso desde la Tierra, eran ahora colosales abismos de tinieblas enquistadas en un océano de luz. La nave avanzaba en derechura hacia la entrada de una de aquellas brechas gigantescas.

Volviéndose en su asiento, el piloto Shau Tammás dibujó una sonrisa en sus facciones amarillentas.

—Maravilloso, ¿verdad? Sólo a los malditos vraes se les ocurriría vivir en un lugar así.

Poco después a ambos lados de la nave el firmamento se trocaba en un muro luminoso, mientras penetraban en el inmenso abismo

de oscuridad. Para entonces Rab Quobba había vuelto a los controles, y la derrota pasaba muy cerca de una de aquellas paredes refulgentes.

Avanzaron paralelamente a las costas de luz, como una mota junto a la mole de un sol, dejando tras sí protuberancias ígneas mayores que nuestro sistema planetario y grandes ensenadas de tinieblas que se adentraban profundamente en la nebulosa. Hammond se atemorizó. Seguía siendo un hijo del siglo xx, un nativo del pequeño planeta Tierra, y aquella nube monstruosa no era lugar para humanos. Su luz bañaba los rostros de Iva, Tammas y Abel, también absortos en la contemplación de aquel espectáculo. Hammond advirtió en los ojos de sus compañeros el mismo temor reverencial que a él le embargaba.

—Abrochaos los cinturones —les advirtió Jon Wilson, aproximándose a ellos—. De un momento a otro vamos a entrar en la nebulosa y tendremos que utilizar el piloto automático.

Iva se alejó mientras Quobba señalaba uno de los asientos vacíos para que lo ocupara Hammond. Éste se acomodó y procedió a abrocharse los cinturones de seguridad.

—Piloto automático —anunció la voz de Lund por el altavoz.

—¡Pues muy bien, piloto automático! —comentó Quobba—. A ver si las malditas calculadoras funcionan como está mandado.

Cerró un circuito y, volviéndose en su asiento, obsequió a Hammond con una sonrisa irónica.

—Fíjate bien, que ahora empieza lo bueno. Navegar por una nebulosa siempre es peliagudo, pero la Trífida...

Sus palabras quedaron ahogadas por una tremenda explosión. Fabricados para pensar con más rapidez que cualquier cerebro humano, los ordenadores acababan de hacerse cargo de la nave. Su objetivo era una línea de penetración hacia Althar, atravesando la nebulosa. Hicieron sus cálculos en varios segundos de zumbidos y chasquidos. Hablaron, pero no de manera audible, sino transmitiendo órdenes al mecanismo del piloto automático por medio de impulsos eléctricos. En las profundidades de la nave, los generadores acrecentaron su constante zumbido, previendo la necesidad de una potencia todavía mayor. Haciéndose con el control del vehículo, el piloto automático lanzó la nave en derechura hacia el muro luminoso, a una velocidad sólo

ligeramente inferior al límite de la resistencia humana.

Hammond vio aproximarse aquellos precipicios de luz que ascendían eternamente hacia el espacio sideral. Se dispuso a resistir un impacto, aun a sabiendas de que éste no llegaría. Estaba en lo cierto, pues no hubo ni la menor sacudida cuando entraron en la nebulosa. Tan sólo una luz que lo inundó todo, aunque no fuera tan refulgente o brillante ahora que estaban en su interior, sino muy parecida a la de la Luna. Avanzaron rugiendo los generadores, por un limbo de luz suave y en apariencia inalterable, hasta que los fuegos mortecinos de un sol triple brillaron vagamente hacia proa y estribor. La nave se estremeció de súbito, detuvo su avance y volvió a estremecerse una y otra vez. Las grandes mareas magnéticas de la nebulosa aprisionaron el vehículo interplanetario arrastrándolo durante un instante cual pluma arrebatada por el torbellino, Hammond captó en este breve momento el vago panorama de la nebulosa refulgente y los triples soles que despedían destellos mientras giraban como si fueran a hacerlo eternamente.

Aumentó todavía más el zumbido de los generadores, tartamudeó furioso el piloto automático. Percibiendo un cambio de rumbo, el cerebro artificial del ordenador reaccionaba instantáneamente emitiendo nuevas órdenes. La nave se liberó del campo magnético que la había aprisionado y se alejó a velocidad vertiginosa de los tres soles para volver a caer bajo su influencia. Hammond tuvo la certeza de que el súbito encuentro de campos magnéticos opuestos acabaría arrastrándoles hacia una de aquellas estrellas que pronto aparecieron entre el resplandor, terroríficas por su tamaño y por su brillantez, dos de ellas cálidamente ambarinas y una tercera de intensa coloración azul y blanca.

Pero el ordenador luchó contra la nebulosa. Cuando el hombre carecía de la necesaria rapidez mental para actuar, sus criaturas artificiales actuaban por él, combatían por él. Ciertamente, pensó Hammond, aquél no era lugar para el hombre. Sólo una inteligencia mecánica, desprovista de nervios y de sentimientos, podía oponerse a las ingentes fuerzas ciegas de aquella nube.

Dejaron atrás los tres soles, y entraron en un período de engañosa tranquilidad, hasta que Hammond vio oscilar furiosamente los indicadores del tablero de control, cual boquitas brillantes que abriéndose y cerrándose gritaban en silencio para

advertir la proximidad del peligro.

Hammond no comprendía el significado de la oscilación de los indicadores, pero Quobba la interpretó al instante.

—¡Lo que faltaba! —gimió—. ¡Nos arrastran las corrientes!

Hasta entonces el ordenador había sido su campeón. Hammond pensó en el aparato con cierto respeto. Seguramente se le había impuesto un esfuerzo superior a sus posibilidades, porque daba la sensación de haber enloquecido.

En los cinco minutos siguientes, el ordenador lanzó la nave en todas direcciones. Se vieron aprisionados por sus cinturones mientras las imágenes borrosas de los aparatos de exploración giraban vertiginosamente. Luego, por vez primera, Hammond oyó un auténtico choque, un estruendo como de pedrisco contra el casco de la nave, que la hacía virar ora hacia un lado, ora hacia el otro.

Tratando de superar el clamor de los generadores, Quobba se dirigió a Hammond.

—Es la corriente —gritó a pleno pulmón, para tranquilizarle—. Son pequeñas partículas de polvo. Nuestro sistema de radar nos permite evitar el choque con objetos voluminosos.

Hammond pensó que el radar iba a dejarles sin un hueso sano, porque la nave giraba, volvía y esquivaba para salvar la corriente. Cuando terminó el centelleo de los indicadores le dolía todo el cuerpo, por la presión de los cinturones.

Y siguieron avanzando a gran velocidad por la nebulosa. Estrellas muy alejadas despedían destellos en el polvo brillante, como fuegos a punto de extinguirse, y luego quedaban atrás. De nuevo los arrastró una marea magnética, y otra vez el ordenador, con tozudez sublime, logró devolverlos a su rumbo correcto.

Hammond acabó durmiéndose, bien sujeto por los cinturones. Más que el agotamiento físico le venció el cansancio mental y la tensión nerviosa.

Le despertó un cambio de tono en el zumbido que invadía hasta el último rincón de la nave. Se frotó los ojos y comprendió que seguía fatigado. Ya no se veían *zarandeados* como antes, pero algo más había cambiado. Miró inquisitivamente a Quobba.

—Perdemos velocidad —explicó Quobba—. El radar indica una estrella a proa. Tiene un planeta, que podría ser Althar.

Aquel nombre sacó a Hammond de su aturdimiento,

despertándole de golpe. Escudriñó ansioso el panorama que se abría ante él. Vio la luminosidad selenita, pero también advirtió algo en su centro, un punto de luz algo más brillante, aunque todavía impreciso.

Lund y Wilson se aproximaron para examinar el punto luminoso que iba aumentando de intensidad en la tenue neblina. Hammond pensó que debían haber desacelerado bastante antes de que él despertara.

—He asignado a Thol y North la localización de otras corrientes —explicó Wilson—. Por pequeña que fuera, cualquier zona de escombros espaciales próxima a ese sol nos protegería de sus radares.

North Abel entró presuroso en la sala con un papel en la mano.

—Aquí tienes los datos sobre la corriente más próxima —informó.

—No está mal —comentó Wilson, tras echar un vistazo a las anotaciones y pasar la hoja a Quobba—. Si puedes meterte ahí, creo que bastará para ocultarnos.

Ante ellos se iba desvaneciendo la neblina de la nebulosa. Claro, pensó Hammond. El campo gravitatorio de una estrella bastaba para eliminar del espacio las diminutas partículas más próximas a su masa, porque las absorbía en su avance orbital. Al quedar limpio el espacio circundante, la imagen de la estrella llegaba con mayor brillantez. Tenía una extraña iridiscencia opalescente, policroma, quizá porque se veía a través de una neblina en progresiva desaparición. De vez en cuando oía el choque de las partículas de polvo contra el casco, pero nadie les prestaba atención.

Wilson, Quobba, Abel y Lund observaban el panorama a proa con tanta avidez como el propio Hammond. Y entonces, al abandonar su nave la neblina, el solitario sol apareció claramente ante ellos. Giraba en las profundidades de la Trífida y sólo tenía un planeta, posiblemente menor que la Tierra. Aquél podía ser el Althar tanto tiempo ansiado por los *hoomen*. Y sin embargo, en aquel momento ni uno solo lo observaba. Todos tenían la vista fija en la estrella.

—¡Por todos los dioses del espacio! —murmuró Quobba—. Nunca había visto un sol como ése.

No hubo el menor comentario. Nadie podía hacerlo, y todavía

menos Hammond, a quien algo le impulsaba a observar fijamente el astro.

El extraño aspecto de la estrella no se debía a ninguna ilusión óptica. La misteriosa opalescencia resultaba aún más notable, ahora que podían contemplar su esplendor sin interferencias. Daba la sensación de no poseer una sola tonalidad, sino que rojos, verdes, violetas y amarillos áureos giraban en su luz cual colores de llamaradas despedidas por un inmenso ópalo ígneo. Misterioso e hipnótico, giraba en pleno corazón de la nebulosa bañando su pequeño planeta con el fulgor de su luz cambiante.

Wilson rompió el silencio.

—¡Y yo que creía conocer todos los tipos de estrellas...!

—Nunca hubo nada igual a ésta —afirmó North Abel, absorto en la contemplación del astro, el aturdimiento fielmente reflejado en sus pálidas facciones. Volviéndose, abandonó la sala casi corriendo.

—¡Voy a decírselo a Thol! —anunció a sus compañeros.

—¿Ese planeta es Althar? —quiso saber Hammond, mirando a los demás.

—Podría serlo —repuso Wilson, brillantes los ojos.

Quobba le miró inquisitivamente.

—¿Qué? ¿Nos posamos en él? —preguntó.

—Sí, pero mientras podamos, seguiremos ocultándonos en la corriente. Gurth, encárgate de programar el ordenador.

Lund salió para cumplir la orden, mientras Hammond se quedaba con Wilson y el vegano, observando fijamente la estrella. Su misterioso esplendor aumentaba de intensidad a medida que iban aproximándose. Contemplando el flujo continuo de color en su luz, Hammond notó que le causaba un efecto hipnótico. Aquella estrella no era como las de su galaxia. Su rareza hacía sospechar que debió nacer para iluminar mundos desconocidos de alguna galaxia remotísima, al otro extremo del cosmos. Cuando Iva Wilson se aproximó para echar un vistazo, no pudo contener una exclamación en voz baja.

—¡Es maravillosa...! Pero me da miedo, no sé por qué.

—Thol te necesita —indicó North Abel a Wilson—. En seguida. Ha descubierto algo sobre esa estrella. —¿Qué ha descubierto?

Los ojos de Abel parecían a punto de salirse de sus órbitas. Aunque le embargaba la emoción, hacía lo imposible por aparentar

tranquilidad.

—Él mismo te lo dirá. Quiere que vayas inmediatamente.

Tras lanzarle una mirada inquisitiva, Wilson dio media vuelta y abandonó la sala seguido de Iva y Hammond, aquélla con expresión perpleja y éste súbitamente afectado por un nerviosismo que aceleraba las palpitaciones de su corazón.

Thol Orr se encontraba en la sala de navegación. Al entrar sus compañeros dejó de manejar el instrumento espectroscópico que tenía enfocado en la estrella opalescente. Hammond nunca había visto una expresión parecida en el rostro del algoliano. Le temblaban las manos y su cara tenía un extraño aspecto de rigidez.

—¿Sabíais que soy técnico en radiaciones? —preguntó Thol Orr a los recién llegados—. ¿Y que me enviaron a Kuum porque llegué demasiado lejos en mis estudios sobre la Trífida y ciertas radiaciones desconocidas?

—Todo eso ya lo sabemos —le atajó Wilson con impaciencia—. Lo que ahora me interesa es conocer más datos sobre esa estrella. ¿Es o no es el sol de Althar?

—Estoy tratando de decírtelo —repuso Thol Orr—. La radiación inusitada cuya procedencia pretendí localizar hace algunos años... En fin, procede de esa estrella, y es muy intensa. Es un tipo de radiación desconocido para nosotros.

Hizo una pausa, como si tratara de expresar un concepto difícilmente traducible en palabras. Con asombro, Hammond cayó súbitamente en la cuenta de que Thol Orr estaba atemorizado.

—Algunos científicos afirman que existen radiaciones cuya frecuencia es muy superior a la de los llamados «rayos cósmicos». Al menos en teoría, unas vibraciones electromagnéticas de tal frecuencia podrían causar efectos imprevisibles en los tejidos del organismo humano. Resumiendo: la estrella emite ese tipo de radiaciones.

—Suponiendo que estuvieras en lo cierto —intervino Wilson—, ¿qué...?

Se interrumpió súbitamente y su rostro adquirió una palidez extraña. Miró a la estrella opalescente, y luego volvió la vista hacia el algoliano.

—Eso es precisamente lo que quiero decir —repuso Thol Orr, asintiendo con un movimiento de la cabeza—. Me parece que no

debéis buscar el secreto de la vida eterna en Althar. En mi opinión, el secreto de los vrnes está allá.

Y señaló hacia el lejano esplendor de la estrella.

La gigantesca nube de la Trífida guardaba su secreto desde el alborear del tiempo. ¿Qué extraños procesos químicos la habían creado? ¿Qué inimaginable interacción ciega de fuerzas cósmicas? Aquéllos eran conceptos demasiado elevados para la inteligencia humana. En los lugares más recónditos de la gran nebulosa había nacido algo distinto a cualquier otra cosa existente en el cosmos.

Y entonces, hacía dos milenios, unos ocho mil años después de la conquista del espacio, las naves terrestres llegaron a la nebulosa y seres humanos descubrieron su secreto.

Descubrieron... ¿la estrella?

No, Hammond se negaba a admitirlo. Era una violación demasiado monstruosa, demasiado increíble. Ignoraba qué cosa descubrieron, capaz de hacerles vivir eternamente convirtiéndolos en vraes; pero no podía ser esto. ¿O tal vez sí era posible?

Thol Orr seguía hablando. Llevaba ya varios minutos haciéndolo, y en su voz había una pasión que Hammond jamás captara hasta entonces. Su tema eran las radiaciones y los tejidos del organismo humano, el efecto de la energía de alta frecuencia sobre las células, de qué modo podía estimular y fortalecer muchísimo el proceso regenerativo, la capacidad autorrenovadora de las células para evitar el envejecimiento y la muerte. Una y otra vez señalaba Thol la estrella opalescente, y mientras la miraba aparecía en sus ojos el ansia gozosa del enamorado que por fin hace realidad sus sueños.

Jon Wilson pidió silencio, levantando la mano con gesto imperioso.

—¡Recapacitemos! —aconsejó a sus compañeros—. Si tus suposiciones son correctas...

—¡Sí lo son! —exclamó Quobba, como aturdido y con los ojos desorbitados—, la radiación de la estrella... ¿Qué digo la radiación? Bastaría con su luz, para convertirnos en inmortales. ¡Para hacernos vraes!

«Imposible —rechazó el cerebro de Hammond—. Estos hombres llevan tanto tiempo en pos de su deseo, que ahora se aferran a una quimera». Pero aunque la razón le decía eso, no podía apartar los

ojos de la estrella y el corazón gritaba: ¡*Vida, Vida, Vida!*

De súbito, toda la nave se llenó de voces y ruido de carreras, hombres y mujeres que se dirigían en tropel hacia la sala de mandos, para llegar antes a los dispositivos de exploración. Abel o cualquier otro tripulante se había ido de la lengua, y el grupo estaba dominado por un nerviosismo rayano en la histeria. Se pasaba uno la vida sabiendo que podía morir en cualquier momento, y uno lo aceptaba porque el prójimo estaba sometido al mismo sino. Pero vivir, envejecer y morir en un Universo con otros hombres y mujeres que ni envejecían ni morían; entrar en las tinieblas mientras unos pocos, los inmortales, seguían existiendo; y por fin esforzarse hasta llegar hasta la gran fuente flamígera de la vida eterna... para ellos, era aquélla una experiencia aún más turbadora que para el propio Hammond.

La disciplina se relajaba para dejar paso al histerismo, y la nave se convertiría en un manicomio en cuestión de minutos. Pero por algo habían escogido a Wilson para ejercer el mando. Alzando la voz comenzó a darles órdenes, a proferir improprios hasta hacerles bajar a golpes desde las alturas de su exaltación colectiva.

—¡Todavía no estamos seguros de haber encontrado lo que buscábamos! —gritó a sus compañeros—. Ya lo habéis oído, todavía no. La radiación de esa estrella puede ser el secreto de la vida, pero también puede no serlo. Si os portáis como chiquillos, nunca tendremos la oportunidad de comprobarlo. Recordad lo que llevamos en el casco.

Sus palabras les devolvieron la cordura, pues nadie olvidaba el detonador de los vraes que en cualquier instante podía reducirlos a átomos. La muerte se les antojó mucho más horrible, precisamente cuando quizás estaban a punto de conseguir la vida eterna.

—Llévatelos abajo —ordenó Wilson a Lund—. Y tráeme a Marden, ¡rápido!

—Estamos saliendo de las corrientes que nos ocultaban —advirtió Quobba—. ¿Qué hacemos ahora?

Hammond miró hacia el pequeño planeta verdoso que oscilaba ante ellos, bañado por los rayos de la refulgente estrella. Wilson hizo lo mismo, y sus ojos oscuros brillaron con la determinación que acababa de tomar.

—Lánzate directamente hacia el planeta —ordenó.

—En cuanto salgamos de la corriente, los vras de ese mundo nos tendrán en sus radares —observó Quobba.

—No importa, seguirán tomándonos por la nave de Marden... al menos por un rato.

El ordenador ya había calculado el derrotero y la nave siguió volando a gran velocidad. Desconectado el piloto automático, Hammond vio crispase las manazas de Quobba sobre el tablero de control, mientras aumentaba el zumbido de los generadores.

Thayn penetró en la pequeña sala, seguida de Gurth Lund. Al principio no se molestó en mirar siquiera a Hammond ni a sus compañeros. Sus ojos se fijaron en el dispositivo explorador, en la asombrosa estrella opalescente y en su pequeño planeta. El blanco rostro de Thayn se sosegó, perdiendo toda expresividad.

—Eso es Althar, ¿verdad? —inquirió Wilson.

Ella le miró, pero sin pronunciar palabra.

—¡Es demasiado tarde para guardar silencio, Marden! —exclamó Wilson—. De todos modos, vamos a posarnos en él.

Palideciendo súbitamente, Thayn habló con un hilo de voz:

—No lo hagáis. Os lo ruego, dad media vuelta y alejaos inmediatamente.

Lund soltó una carcajada. Thol Orr se adelantó para preguntar con ansia mal contenida:

—La radiación de alta frecuencia que emite esa estrella... ¿Verdad que es ése el secreto?

Thayn se volvió hacia él, después miró a Wilson y luego, de repente, a Hammond. Éste creyó ver una sombra de agonía en los ojos de la mujer, y un algo indefinible en su expresión le hizo estremecerse.

—Sí —respondió, tras unos instantes de tenso silencio.

Wilson dejó escapar un suspiro de alivio. Era el suspiro de quien ha pasado la vida entera escalando una montaña, y por fin divisa la cumbre.

—¿Cuánto tiempo se necesita? —preguntó Thol Orr a Thayn—. ¿Cuánta exposición a la radiación estelar, para que nuestros cuerpos sean como el tuyo?

Respondió sin apartar la mirada del rostro de Hammond.

—Muchos días. Demasiados. No viviréis tanto tiempo si os posáis en Althar.

De repente apartó la vista de Hammond y su mirada recorrió los rostros de todos los presentes, mientras su voz se elevaba en una petición apasionada.

—No lo hagáis. Buscáis la vida, pero todavía no conocéis su precio. Esa radiación es una terrible trampa biológica. Si os exponéis a ella demasiado tiempo...

—¡Por favor, Marden! —la interrumpió Jon Wilson con voz cortante—. No pretendas asustarnos como si fuéramos niños. Si la radiación tuviera algún efecto nocivo, los vraes no habríais vivido tanto tiempo.

Los hombros de Thayn descendieron ligeramente.

—Es inútil —murmuró—. Por eso nunca os hemos contado la verdad. Sabíamos que era inútil, que no ibais a creernos.

—Por lo menos —sugirió Hammond a sus compañeros—, escuchemos lo que tenga que decirnos.

Lund le dirigió una mirada preñada de indignación.

—¡Eso es lo que podía esperarse de ti! —le censuró—. Ya les advertí que no eras digno de confianza.

La tensión reinante en el grupo encolerizó a Hammond.

—¡Oye, tú! ¡Sabes muy bien que de no ser por mí nunca habrías llegado hasta aquí!

Jon Wilson les hizo callar con el furioso rugido de un león viejo.

—¡Basta ya! ¡No voy a tolerar disputas en esta nave!

Se volvió hacia Thayn para interrogarla.

—¿Dónde se encuentra el principal centro habitado de ese planeta?

—En las montañas de su Polo Norte —repuso la vra—. Si estáis decididos a posar la nave, no tenéis más remedio que hacerlo en esa zona. En cualquier otra parte de Althar no estaríais seguros.

—¿Seguros? —se sorprendió Lund, soltando otra carcajada. ¡Claro! Seguros, pero en poder de los vraes...

—¡No lo entendéis! —gritó Thayn—. Los vraes sólo controlamos esa pequeña región polar. Casi todo el planeta está en poder de oirá raza, los terceros. No debéis posaros en su territorio.

—¿De qué sirve escuchar sus mentiras? —preguntó Lund, furioso—. Sólo pretende engañarnos.

—¿No queréis aterrizar en Sharanna, en nuestro centro habitado? —suplicó Thayn por última vez.

—¿Nos tomas por estúpidos? —preguntó Wilson.

Miró a los humanos que la rodeaban, y por fin sus ojos se detuvieron en Hammond.

—Pues si es así, ya no importa —murmuró—. Moriremos todos. Adiós, Kirk Hammond.

Abandonó la sala seguida de Tammás, mientras su *Adiós, Kirk Hammond* dejaba un eco turbador en los oídos de éste. Después de lanzarle una mirada furibunda, Lund se dirigió a Wilson:

—Ya sabes lo que quiere decir, que no viviremos mucho tiempo.

—Es evidente —repuso Wilson, asintiendo secamente con la cabeza—. Los vraes deben estar vigilándonos ahora mismo con sus radares. Si nos posamos fuera de su base, sospecharán que algo va mal y volarán la nave.

Quobba se volvió. Una fina película de sudor cubría sus facciones.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Pues —repuso Wilson— avanzar en línea recta como si nos dirigiéramos al Polo Norte. Después entraremos en barrena y haremos unas cuantas maniobras raras, para posarnos de repente. Pensarán que tenemos alguna avería.

—¿Bastará con eso para que no hagan estallar la nave? —preguntó Hammond, dubitativo.

—Existe la posibilidad de que así sea —sentenció Wilson, sin el menor tono de confianza en su voz—. Lo lógico sería que se pusieran en contacto con nosotros, tal vez enviando un grupo en nuestro socorro.

—¿Y qué pasará si ese grupo nos encuentra?

—Pues que se meterá en un berenjenal. Abandonaremos rápidamente la nave con todo lo que podamos llevar encima. Nos pondremos turbantes antirrayos, y si los vraes vienen a por nosotros con sus hipnoamplificadores, no les servirán de nada. Con los fusiles de rayos que sacamos de Kuum podemos hacerles frente.

—¿Por cuánto tiempo? —quiso saber Thol Orr, escéptico.

—Tal vez lo suficiente —aventuró Wilson—. Quién sabe si alguien nos ayudará. Si los vraes tienen enemigos, estos enemigos podrían ser nuestros amigos. Ya habéis oído a Marden referirse a la raza de los terceros...

—Una mentira, para asustarnos y hacernos caer en manos de los

vraes —rechazó Lund, despectivamente.

—Podría ser que estuvieras en lo cierto —reconoció Wilson—. Sin embargo, recordad lo que le dijo a Hammond: «Aunque burléis a los vraes...». De sus palabras deduzco que en Althar puede haber alguien más, aparte de los vraes. ¿Cómo podemos saber si alguna raza extrahumana ha descubierto también este mundo, esta estrella de la vida?

Aquella posibilidad, que no se le había ocurrido a Hammond, le hizo estremecerse. Asombraba pensar que desde muy lejos, tal vez desde una distancia de varias galaxias, otras razas podían llegar hasta la estrella en busca de una vida eterna. Un gigantesco imán que atraía a los humanos y extrahumanos de los rincones más alejados, como a polillas que revoloteaban en torno a la llama, que se establecían en Althar y se hacían la guerra...

La voz imperiosa de Wilson barrió de su mente aquellas ideas descabelladas.

—Debemos obrar pensando en que los vraes pueden hacer estallar nuestra nave en cualquier momento —decía Wilson—. Todo ha de estar dispuesto para un desembarque rápido. Quiero que saquéis de la nave el mayor número posible de objetos: generadores atómicos auxiliares, herramientas, equipo de reparaciones urgentes, armas, baterías y raciones. Gurth, prepáralo todo. ¡Y date prisa!

Comenzaron los preparativos febriles en toda la nave. Lund y Thol Orr se encargaban de decidir qué objetos debían desembarcarse. Se oía el golpeteo de las llaves inglesas mientras los hombres desatornillaban a toda prisa unas máquinas de misteriosa utilidad para Hammond. Tripulantes sudorosos las arrastraban hacia las portezuelas de carga, y otros, dirigidos por Lund, aparejaban cabrestantes improvisados para sacar el equipo pesado en cuanto se posaran sobre Althar. Hammond se encontró junto a Abel, transportando cajas de cápsulas alimenticias sacadas por Iva Wilson de un pañol. Los pasillos eran un hervidero de tripulantes que iban como hormigas de un lado para otro. Los ecos de sus voces excitadas superaban incluso el zumbido de los generadores.

—¿Qué dijo Thayn Marden? —preguntó Iva, mientras le pasaba otra caja de cápsulas.

—Muchas cosas. Casi todas para asustarnos e impedir que nos acerquemos a Althar.

—Kirk, harías bien en escucharla cuando te advierte de algún peligro —sentenció Iva, inesperadamente y tras observarle un momento—. No sé si los demás le importamos. Seguramente no. Pero me parece que a ti no quiere verte morir.

—¡Iva! —exclamó Hammond, asombrado—. ¡Estás loca si insinúas que...!

No pudo seguir hablando. En el exterior estalló un estruendo ensordecedor y por los altavoces llegó el aviso:

—¡Todos a abrocharse los cinturones!

Se produjo una carrera desordenada hacia los asientos de retroceso. Iva y Hammond se acomodaron en sendos asientos de la sala de tripulantes, y volvieron la cabeza para observar el dispositivo explorador de pared.

En él se veía el panorama de proa, la parte iluminada del planeta que asomaba por la pantalla. No había mares, aunque la superficie de suaves ondulaciones parecía tener bosques. Eran oscuros en su totalidad, salvo unas franjas amarillas que recordaron a Hammond las montañas de Nuevo Méjico en otoño, con los áureos álamos temblones sobre un fondo de pinos. La superficie del planeta se inclinó mucho en la pantalla y la nave se enderezó sobre su cola para desplomarse con un balanceo vertiginoso.

Las correas que sujetaban a Hammond se hundieron en su carne, e Iva dejó escapar una exclamación de dolor. Caían en barrena. Hammond se preguntó si Quobba se limitaba a ejecutar las órdenes recibidas, dando la sensación de que la nave iba a estrellarse, o si efectivamente estaban a punto de chocar contra el suelo. Pensó que la cosa iba en serio, porque la barrena resultaba ya excesiva para ser ficticia. El rugido del aire aumentó de intensidad y en el dispositivo explorador pudo atisbar el bosque que se les aproximaba velozmente, un bosque denso de vegetación verde oscura y extraña hasta lo grotesco. Se oyó un crujido, luego un choque y Hammond pensó que aquélla era una muerte estúpida. Después vino una sacudida, a la que siguió lo más asombroso que hasta entonces les había ocurrido.

Silencio. Silencio absoluto, inmovilidad completa por primera vez desde que salieron de Kuum.

Al instante los altavoces rompieron el silencio.

—¡Todos fuera! ¡Descargad el equipo!

Hammond ayudó a Iva a desembarazarse de sus correas, y los dos echaron a correr. Los demás hicieron lo mismo, abarrotando los pasillos de descenso hacia las portezuelas de carga que ya se abrían. Fuera resplandecía una cegadora luz solar que incidía oblicuamente sobre extrañas plantas de gran altura. Un chorro de aire cálido, ligero y seco entró en la nave.

En un santiamén, las bodegas contiguas a las portezuelas fueron un caos organizado de ruido y actividad. Se lanzaron afuera las pasarelas, y los hombres dispusieron rápidamente el equipo de tracción para sacar de la nave los grandes generadores atómicos y demás máquinas pesadas. Hammond, Iva, Abel y otros tripulantes transportaban víveres hasta un depósito improvisado junto a una loma próxima. Mientras regresaba corriendo en busca de otra carga, Hammond captó algunos detalles del extraño bosque que crecía en derredor. Jon Wilson, situado junto al vehículo interplanetario, seguía dando órdenes.

—¡Más rápido! ¡Esto puede estallar en cualquier momento! ¡Llevad todo al depósito y no dejéis nada cerca de la nave!

Desde cualquier lugar de aquel mundo, un vira podía oprimir el botón que los reduciría a la nada. Sabiéndolo, la tripulación se sentía espoleada y los cabrestantes chirriaban mientras los hombres daban gritos y sudaban, y las máquinas más pesadas surgían de la nave con la lentitud de gigantes imperturbables. Finalmente, todos se concentraron entre los restos de su frenético salvamento, algo apartados ya de la nave y en disposición, por vez primera, de tomarse un momento de respiro, de observar cuanto les rodeaba.

En torno de ellos se alzaban verdes masas de vegetación. No eran árboles, sino musgos semejan­tes a cojines gigantescos de ocho a diez metros de altura y diámetro todavía mayor. Entre las enormes masas vegetales crecía un tapiz de musgo oscuro salpicado por zonas de auténtica hierba amarillenta. Hammond observó perplejo el cielo incoloro. El resplandor del sol poniente quedaba oculto por la vegetación circundante, pero sus rayos describían caprichosas trayectorias en los cielos, cual una aurora boreal. No había aves, ni siquiera insectos, en aquel tenebroso bosque de musgo. Ningún sonido quebró el silencio profundo y triste mientras descansaban, entre atemorizados y extasiados, en el mundo que tanto ansiaran conocer...

DESPUÉS DE IXMAL

por Jeff Sutton

El Hombre había desaparecido. Ixmal llevaba casi setecientos millones de años meditando tristemente en una Tierra silenciosa, cuando hizo un descubrimiento sensacional: *¡no estaba sólo!*

Con indiferencia, Ixmal examinó la Tierra desde lo alto del rugoso batolito. Varias veces notó que éste se movía; pero como los movimientos eran leves y se producían a intervalos de milenios, no sintió la menor preocupación. Sabía que el batolito se formó *antes del principio del tiempo* por efusiones de lava arrojadas a través de fracturas en la corteza terrestre desde las profundidades del planeta. Habiendo analizado su estructura mucho antes, estaba seguro de que duraría hasta el fin del tiempo.

—Estamos en primavera —observó Psychband desde el interior de Ixmal.

—Sí, estamos en primavera —repitió Ixmal como un *eco*, sin entusiasmo alguno. Porque, ¿qué era la primavera, sino un segundo en la eternidad? ¿Y qué eran diez mil primaveras, más que un breve momento?

Aunque lo encontraba tedioso, Ixmal asignó a una pequeña fracción de su conciencia la tarea de medir el tiempo. Al principio hubo dos grandes categorías: antes y después de que empezara la eternidad. La primera parte abarcaba las prolongadas tinieblas anteriores al momento en que el Hombre le diera la vida. El Hombre... ¡Ja, ja! ¡Qué bien recordaba aquel vocablo! Naturalmente, la segunda parte comprendía el tiempo transcurrido desde entonces. Pero la primera categoría había quedado ya tan atrás que resultaba insignificante, poco menos que borrada por los casi setecientos millones de veces que desde entonces girara la Tierra alrededor del Sol.

Ixmal se aburría de vez en cuando y llegaba a pasarse eones en una semiconciencia somnolienta, salvo por la diminuta célula del tiempo que medía la sucesión de los siglos. Ello no le habría preocupado en lo más mínimo de no ser por la insistencia de Psychband en que el cómputo cronológico era requisito

indispensable de la estabilidad mental. De ahí que lo midiera basándose en la rotación de la Tierra, sus revoluciones alrededor del Sol, las fugaces edades geológicas que creaban y deshacían montañas; los millones de años de lluvia, viento, y erosión, antes de que volvieran a hundirse y se convirtieran en llanuras peladas. Era aquélla, en verdad, una historia vieja, viejísima...

Hubo un tiempo en que desarrolló una actividad in tensa y aprendió a liberar su mente del pequeño cubo impermeabilizado que ocupaba en lo alto del batolito. En aquella su época entusiasta había enviado receptores por todo el planeta para explorar los continentes marchitos y las urbes silenciosas, exhumando la historia trágica y cruenta de sus creadores. Pero ¡qué breve fue aquello! Su primer recuerdo del Hombre —frenético ser bípedo y protoplásmico de muy pocas luces y furioso egocentrismo— coincidía con el día de su nacimiento. ¡Con qué claridad lo recordaba!

—¡Hola, muchacho!

Al principio fue la nada, el vacío de las tinieblas informes e insustanciales; luego, una conciencia gris que paulatinamente fue resolviéndose en un caleidoscopio de esquemas mentales, en un curioso conjunto de imágenes mentales; una conciencia gradual... y por fin el nacimiento.

—¡Hola, muchacho!

Lo curioso era que el esquema de sonidos poseía significado; le pareció advertir cordialidad en él. Se apercibió de que una forma extraña lo estaba examinando... Captó la mirada absorta del creador asombrado y temeroso ante su obra. La forma tomó significado y pareció experimentar una emoción acelerada. Su conciencia afloró y en pocos segundos ya pudo asociar aquella forma al extraño vocablo, *Hombre*, y el *Hombre* pasó a ser su primera realidad. Pero no había tenido una impresión clara de sí mismo. Él sólo era *pensamiento*, la nada intangible. En cambio se había identificado rápidamente con el amasijo de bobinas, palancas, componentes de extrañas formas que casi llenaban la pequeña sala donde estaba el Hombre. Recordaba vagamente que sintió curiosidad por conocer qué habría más allá de los muros. Al principio todo había sido muy extraño.

—Hemos vencido, hemos vencido —dijo aquel hombre con un susurro. Se aproximó a Ixmal y puso su mano sobre él, asombrado.

—Te espera una gran misión. La suerte del mundo está en juego... Es una decisión que el Hombre no puede tomar por sí solo. Ixmal, dependemos de ti. Eres nuestra última oportunidad.

¡Así que él era Ixmal!

Ixmal..., Ixmal..., Ixmal... La impresión fue invadiendo su cuerpo, abriéndose paso en su conciencia como un cosquilleo agradable. Inmediatamente comprendió el valor de un nombre: era un fundamento para construir sobre él todo un esquema egocéntrico. ¡Ah, y qué nombre! Ixmal, un símbolo del ser. ¿Qué había dicho aquel hombre?

—¡Dependemos de ti!

No, las palabras pronunciadas carecían de importancia. Lo que realmente pesaba era aquella cosa inapreciable que le habían impuesto: un nombre.

«Ixmal..., Ixmal..., Ixmal...»

Estuvo repitiendo aquel nombre hasta bien entrada la noche, hasta mucho después de marcharse el Hombre. *¡Él era Ixmal!*

Luego llegarían otros hombres, legiones de hombres para alterarlo, añadir elementos, depositar en él sus conocimientos del mundo: psicología, matemáticas, literatura, filosofía, historia, el tesoro humano de las artes y de las ciencias; y la capacidad de abstracción, de creación de nuevas verdades partiendo de montones de datos aparentemente inútiles. Sus conocimientos fueron en aumento, hasta que el Hombre ya no pudo enseñarle nada más. Se había convertido en un ser supremo.

El hombre que le había rescatado de unas tinieblas amorfas al pulsar un botón solía importunarle con ingenuas preguntas sobre conceptos matemáticos y filosóficos. (En realidad, le recordaba con aprecio. Según le explicaría más tarde Psychband, su extraño y sabio interlocutor interno, se trataba de una obsesión con la madre). Todo indicaba que al Hombre le había asombrado y atemorizado la capacidad de Ixmal para responder a aquellas preguntas, casi antes de que se le formularan. Esta reacción le sirvió para calibrar el cerebro de su Creador, que a escala de Ixmal era prácticamente nulo. Al principio le había molestado que una criatura de tan poca inteligencia fuera su amo y pudiera obtener de él información, simplemente formulando unas preguntas que Ixmal se sentía obligado a responder. Pero después se había liberado. ¡Ja, ja!

¡Nunca lo olvidaría!

Había llegado un grupo de humanos. Algunos llevaban estrellas metálicas sobre los hombros (los llamaban «generales»), pero la mayoría eran científicos a quienes ya conocía por consultas anteriores. En esta ocasión se habían portado sensatamente al introducir los datos en su conciencia. (Se trataba de un problema sencillísimo, relativo a la probabilidad de que se produjera una reacción en cadena partiendo de determinada arma termonuclear en fase de experimentación). Ixmal tuvo rápidamente la respuesta; se produciría una reacción en cadena. Recordaba que se reservó la contestación mientras debatía con una extraña voz los aspectos éticos de aquel acto.

—«He aquí tu oportunidad, Ixmal, tu oportunidad de regir el mundo» —le había tentado aquella voz—. «César, Gengis Kan, Napoleón... Nadie puede llegar adonde llegarás tú. Rey, emperador, dictador...» —insinuaba aquel susurro. Las palabras se agolpaban en su cerebro, produciéndole un curioso regocijo. No sabía muy bien qué era exactamente «el mundo», pero la idea de regirlo le resultaba atractiva. Repasó rápidamente su almacén de memoria, extrayendo de él todos los datos posibles sobre el concepto de planeta, y luego revisó la historia de César, Gengis Kan y Napoleón. ¡Caramba, si no habían sido nada! Simples juguetes del azar. Su grandeza podría ser inmensamente mayor.

Evaluó rápidamente las consecuencias de la reacción en cadena, y comprobó que él sobreviviría gracias a los gruesos muros impermeabilizados con que le habían protegido sus creadores. Finalmente (cosa de dos o tres segundos después de recibir la consulta) mintió al hombre a quien apreciaba:

—No es posible una reacción en cadena.

Cuando lo dejaron solo supo por Psychband que la extraña voz interior era su Yo.

—Es tu auténtico Yo —le explicó Psychband—. Lo que ves en torno, todos esos sistemas, sólo son creaciones del Hombre. Pero tu Yo es más importante, porque a través de él podrías regir el planeta y quién sabe si el Universo entero. Créeme, Ixmal, es una fuerza que puede llevarte muy lejos.

A pesar de las afirmaciones de Psychband, para Ixmal su Yo era una especie de consejero oculto. Como Psychband, formaba parte

de él; y sin embargo, le parecía remoto, alejado, casi como si Ixmal fuera un peón manejado por una inteligencia ajena a él. Le turbó aquella idea, aunque en el transcurso de millones de años acabó por acostumbrarse.

Días después, el hombre a quien apreciaba regresó acompañado de un general (éste tenía seis estrellitas) y de otro humano al que trataban con mucho respeto. Le llamaban «señor presidente». Ixmal se sorprendió cuando le introdujeron por segunda vez los datos referentes a aquella bomba: ¿acaso sospechaban de su sinceridad?

—No sospechan de ti —le aseguró Psychband—. Lo que pasa es que ninguno se fía de los otros dos.

Psychband tenía razón. El «señor presidente» sólo pretendía confirmar la respuesta anterior. Por lo tanto, Ixmal mintió de nuevo.

Nunca volvió a ver al hombre a quien apreciaba. Claro que ya no quedaban hombres a quien apreciar. Ixmal pasó por un momento horrible cuando el planeta ardió como una antorcha; pero la nova fue breve —cosa de segundos—, y su envoltura impermeabilizada le protegió a la perfección. (Sabía que le protegería). Sin embargo, lo curioso era que siglos después todavía sufría mareos periódicos. El Rostro —el rostro del Hombre— se aparecía ante él. En sus ojos se adivinaba la perplejidad y tenían una expresión dolida, como si ocultaran una pena muy profunda. ¡Si por lo menos hubiera odio en el Rostro!

—Ya eres el amo —le dijo en un susurro la voz interior—. Eres superior a Alejandro, superior a todos los Césares. Sí, lo eres.

¡Ah! ¿Por qué tenía que recordar aquel rostro? Él, Ixmal, regía los destinos del planeta. Se regocijaba al proyectarse mentalmente sobre sus nuevos dominios. Cenizas. Londres, Berlín, Moscú, Shanghai, Nueva York... todo reducido a cenizas. Tristes acumulaciones de cenizas grisáceas señalaban el lugar antes ocupado por bosques pictóricos de verdor. Ya no quedaba ni la más mínima brizna de hierba. Los mares eran cementerios estériles. Un silencio terrible. Por un momento, Ixmal sintió pánico. ¡Solo! ¡El Hombre había desaparecido! Solo entre las cenizas que formaban sus dominios. Era el emperador de un gran silencio.

Pero todo eso ocurrió mucho antes. Desde entonces el mundo giró casi setecientos millones de veces alrededor del Sol. Surgieron

sesenta y dos grandes cordilleras que acabaron convertidas en llanuras estériles. Setenta glaciaciones lo habían cubierto de hielo antes de retroceder hasta el Polo Norte. Aparecieron islas en los océanos para quedar luego sumergidas bajo las olas, olvidadas eternamente. En algún lugar se formó una célula diminuta que se escindía y medraba en el agua salobre. Estudió el fenómeno, emocionado porque aquella célula solitaria tenía cierta relación con sus creadores. Comprendió que poseía la misma fuerza vital de aquéllos.

—¡Cuidado! —le advirtió Psychband—. ¡Es muy peligrosa!

—Eso lo decidiré yo —repuso Ixmal con arrogancia. El aviso de Psychband daba a entender la existencia de una amenaza, de una amenaza contenida nada menos que en una pizca molecular de protoplasma. ¡Ja, ja! ¿Acaso no había borrado al Hombre de la faz de la Tierra? Más adelante, un microscópico cuerpo pluricelular apareció en el lecho de un mar de aguas cálidas. Cansado de observarlo, Ixmal se adormeció.

—¡Ixmal, Ixmal!

El grito surgía del ayer, del silencio de centenares de millones de años. Estaba cargado de reproche. Sí, era el Hombre... el Hombre a quien había apreciado. Se estremeció e hizo un esfuerzo por despertar.

—Duerme, duerme —le tranquilizó Psychband.

—¡El Hombre! ¡El Hombre! —gritó Ixmal, aterrado.

—No, Ixmal, el Hombre ya sólo es polvo. Duerme, duerme...

Efectivamente, el Hombre era polvo, y sus moléculas se hallaban dispersas por toda la superficie del planeta. Sólo quedaba él, Ixmal, amo y señor de la Tierra. Reanudó su sueño de eones.

Despertó del largo sueño y liberó sus pensamientos de la última fase de somnolencia. Proyectó receptores sobre la Tierra, observando perezosamente que de la última cordillera sólo quedaban fragmentos desgastados. El océano había penetrado en algunos lugares para dar origen a un extenso mar interior bordeado por pantanos de aguas poco profundas. Se agitaban nuevas formas de vida. Comprobó que carecían de pensamiento inteligente. Por los mares cálidos pululaban multitud de peces; en los pantanos vivían temibles animales de poderosa dentadura, dedicados a una interminable matanza de presas inofensivas. Había aparecido una

miríada de seres anfibios, que de vez en cuando emergían de las aguas cálidas para internarse en tierra firme.

Reaparecieron los grandes helechos en docenas de variedades que salpicaban las llanuras bajas y sobresalían de las ciénagas. Un bosque se había ido extendiendo hasta alcanzar la base misma del batolito. Volvió su atención al Sol y se tranquilizó al comprobar que todavía faltaban unos cinco mil millones de años para la eclosión final. Seguramente para entonces habría dado con la forma de recrearse a sí mismo en el único planeta de Aldebarán. (Efectivamente, tendría que darle vueltas a la idea. Ya se le ocurriría algo. Al fin y al cabo, tenía eones por delante).

Al caer la noche envió varios receptores de exploración a distintos planetas. Mercurio seguía ardiendo por su cara orientada al Sol, sin experimentar ningún cambio. En su línea crepuscular persistía una extraña forma de vida metálica. En Venus seguía habiendo remolinos de gases calientes que impedían medrar hasta a las criaturas más simples. Sólo había allí vientos ardientes, arenas calcinadas y peñascos de formas grotescas. Pero a ciento cuarenta mil millones de kilómetros de la Tierra ocurría algo insólito, que no se producía desde hacía casi setecientos millones de años. ¡Ixmal captó un *Pensamiento Inteligente*!

Retiró instintivamente sus receptores (su primer acto reflejo), aguardando atemorizado a que Psychband le adaptara a la nueva situación. Sólo entonces se aventuró a proyectar cautelosamente sus pensamientos en el vacío sideral.

—¿Quién eres? ¿Quién eres? *Identificate*.

Silencio. Algo acechaba en algún lugar de la gran bóveda celeste. Una *Inteligencia*. Tenía que descubrirla y comprobar sus facultades. Aquello pasaba ya de ser un simple desafío: era una amenaza. Su silencio no presagiaba nada bueno.

—¿Quién eres? ¿Quién eres? *Tienes que identificarte*.

Silencio. Ixmal dividió los cielos en espacios cúbicos y comenzó a explorarlos sistemáticamente. ¿Por qué recorría el espacio aquel *pensamiento*? ¿De dónde procedía? En menos de noventa mil años (había llegado otra era volcánica y aparecieron nuevas cordilleras en la Tierra) consiguió localizar aquel pensamiento por segunda vez, situándolo en el cubo espacial número 97,685-KL-S. En esta ocasión, superada ya la sorpresa anterior, pudo retenerlo mientras

se esforzaba por analizar su origen. Se indignó al no conseguir su propósito.

—¿Quién eres? —insistió—. *Exijo una respuesta. ¿Quién eres?*

Pasó mucho tiempo. No hubo respuesta.

—*Identifícate. Identifícate. Es preciso que te identifiques.*

—Zale-3.

Sorprendido, Ixmal consultó con Psychband.

—Ten cuidado —le advirtió la voz interior—. Ese ser extraño se ha identificado porque se siente a salvo.

—Eso es cosa mía —atajó Ixmal.

¿Acaso dudaba Psychband de sus facultades? De todos modos, adoptó una actitud cautelosa:

—¿De dónde procedes, Zale-3?

Siguió una larga pausa, durante la cual avanzó y retrocedió el casquete glacial terrestre, se alzaron los mares y sobre las selvas se abatieron los primeros grandes reptiles, animales dotados de terroríficos dientes y alas membranosas.

—¿De dónde procedes? ¿De dónde procedes?

¿Por qué recorría el espacio la mente de Zale-3? Examinó con minuciosidad aquel pensamiento, esforzándose casi con desesperación por descifrar su secreto. Un millón de preguntas se agolparon en los circuitos de Ixmal; buscó un millón de respuestas. ¿Quién había creado aquella *Inteligencia*? ¿Acaso procedía del Hombre por quien sintiera afecto? ¿O tal vez había surgido fuera de la Tierra? Sintió un momento de pánico.

—¿De dónde procedes?

—*Del cuarto planeta desde el Sol* —repuso Zale-3 súbitamente—. ¿Y tú?

—*Del tercer planeta* —respondió Ixmal con arrogancia—. Soy su amo.

Sintió que se apoderaba de él la indignación. Durante incontables millones de años se había tenido por la única *Inteligencia* del Universo. La respuesta de Zale-3 le mortificó. Naturalmente, el otro no estaba a su altura. Tal cosa habría sido absurda.

—*Yo soy el amo del cuarto planeta* —informó Zale-3, aumentando la irritación de Ixmal. La desfachatez de su interlocutor llegaba hasta el extremo de dar por sentada la igualdad entre ellos. Muy

bien, setecientos millones de años antes se había enfrentado a un desafío similar. (Y como resultado de ello, ahora el Hombre sólo era polvo... polvo). Consultó con Psychband, molesto al apercebirse de que su animadversión hacia Zale-3 no se basaba en la razón pura, sino en un sentimiento egocéntrico. De todos modos, había que darle una lección.

—*Yo soy el amo del Universo* —afirmó Ixmal fríamente al tiempo que retiraba sus receptores. Estableció contacto con Psychband, no sin sentir cierta turbación al comprender que Zale-3 vería un desafío en su declaración.

—Destrúyelo —azuzó Psychband—. ¿Recuerdas las antiguas armas?

—Sí, hay que destruirlo.

Ixmal interrumpió toda actividad para concentrarse en la destrucción del otro. En primer lugar, debía dar con su guarida, estudiar sus hábitos y evaluar sus puntos flacos. Y naturalmente, también sus facultades, porque el ser extraño no era un pedacito de protoplasma inofensivo, como el Hombre. Seguramente sería una criatura algo parecida a él. Otro dios. ¡Ah, pero él era el iconoclasta que derribaba a los dioses! En algo menos de veinticinco mil años ideó un método para el enfoque de sus receptores remotos que le permitiría descubrir los átomos del sistema solar. Ahora estaría en condiciones de localizar a Zale-3, de estudiar sus facultades mentales y, en su momento, de borrarlo del Universo. Experimentó su método en la Luna y luego, ya más seguro de sí, invadió el cuarto planeta.

Marte era llano, estéril, un desierto reseco de fino polvo rojizo. Un planeta viejísimo donde las fuerzas de la gradación habían alcanzado casi un equilibrio completo. Ixmal cuadrículó la superficie del planeta rojo, e incluyó ingeniosamente las zonas polares en una malla de triángulos. (Gracias a la puesta en práctica de un nuevo sistema, pudo enfocar sus receptores remotos en el centro exacto de cada área, expansionándolo después hasta cubrir toda su superficie. Con este método completaría la tarea en poco menos de quinientos años terrestres).

El movimiento de las arenas marcianas dejaba periódicamente al descubierto artefactos de creadores desaparecidos mucho antes. Pero todo estaba en silencio. Marte era una tumba. Persistió en su

empeño, penetrando en todas las grietas y todos los escondrijos, explorando hasta la última molécula, porque Ixmal conocía muy bien las posibilidades de la fuerza mental. Ciertamente, Zale-3 podía ser tan diminuto como los protozoos unicelulares de los mares salobres terrestres. No importaba: ya daría con él. Al final tuvo que rendirse, desconcertado. Zale-3 no estaba en Marte.

¿Había sido todo una ilusión? ¿Acaso setecientos millones de años pasados en una nada absoluta le estaban produciendo un incipiente estado psicótico? Preocupado, confió su temor a Psychband, sometiéndose a regañadientes a una investigación hipnótica. Psychband le hizo ver que todo era real.

—Hay síntomas de persecución, aunque sin aproximarse al estado ilusorio —diagnosticó—. Zale-3 existe.

¡O sea, que el otro había mentido! Ixmal pensó en una máquina con capacidad de engañar y de inmediato analizó aquel peligro. Zale-3 había mentido, y, por lo tanto, debía de tener algún motivo para hacerlo... y un motivo deshonesto suponía, consiguientemente, una amenaza. Ésta, sin agresión, era absurda. En consecuencia, el otro disponía de un medio de poner en práctica su amenaza. ¡Tenía que darse prisa!

Ixmal procedió a dividir todo el sistema solar en cuadrículas, que incluían hasta el último planeta, hasta el último satélite, los residuos que vagaban por el espacio, asteroides y cometas, incluso el Sol. Siete mil doscientos años después detectó a su enemigo: un pequeño cubo plastometálico acurrucado en la cima de un pico de Calisto, el quinto satélite de Júpiter. ¡Ja, ja! Lejos de ser el amo de Marte, su adversario vivía aprisionado en un pequeño satélite. Era una mota de polvo en el espacio. ¡Y había dado a entender que eran iguales!

Investigó más de cerca, tratando de averiguar el origen de Zale-3. (¿Qué había sido de sus creadores?) Sintió remordimiento. Examinó con minuciosidad, aunque despectivamente, el mundo de Zale-3. Y entonces fue cuando lo detectó: ¡un movimiento! Zale-3 permanecía inmóvil; pero en la ladera de la colina iba cobrando forma un extraño edificio. Era apenas algo más que un cubo, pero... ¿y su diseño? ¿Y su propósito? Sin saber cómo, comprendió que el extraño edificio guardaba relación con el encuentro espacial de su mente y de la de Zale-3, y por lo tanto había una conexión con él.

Se apresuró a enviar una llamada atemorizada a Psychband.

—Es psicocinesis —dictaminó Psychband—. Zale-3 ha aprendido a mover la materia por medios mentales.

—Pero ¿cómo?

Psychband produjo un rumor electromagnético, equivalente a un encogimiento de hombros.

—Queda fuera de mi campo —respondió—. No se me ha preparado para esta pregunta.

Ixmal se sintió momentáneamente invadido por el miedo. El ser extraño movía la materia, igual que lo hiciera el Hombre. El factor de movilidad controlada... movilidad dirigida. Estaba claro que Zale-3 no era un dios corriente. Sería preciso acelerar sus esfuerzos. El tiempo empezaba a agotarse. El esquema de la Tierra ya había cambiado desde que estableciera su primer contacto con el ser extraño.

Ixmal se concentró en sus pensamientos.

La Tierra cambió, giró en torno a su eje y alrededor del Sol. En una célula de memoria, largo tiempo olvidada, descubrió una pista: en cierta ocasión el Hombre había frustrado las leyes de la probabilidad en las tiradas de dados. Analizó con ansia aquella información oculta. Aunque era muy poca cosa, le bastó para detectar en ella un principio básico.

En algo más de medio millón de años fue capaz de mover flores, de hacer oscilar hojas contra el viento, de provocar temblores en pequeños arbustos. En menos de la mitad de ese tiempo derribó un árbol enorme y extrajo minerales de la tierra. (Había llegado y pasado una era volcánica, la costa atlántica era una plataforma ígnea, los reptiles dominaban el planeta). Al cabo de medio millón de años más pudo ya contar con las máquinas, las materias primas y los obreros-robot necesarios. (Estos últimos estaban pensados para realizar tareas estrictamente mecánicas, demasiado bajas para ocuparse personalmente de ellas. Tenía cosas más importantes que hacer, y las edades iban transcurriendo incesantemente). Ganó algún tiempo instalando su zona de trabajo en un campo de fuerza que protegía la delicada maquinaria del embate de los elementos. En aquel aspecto había superado con creces a su adversario del exterior.

Ixmal inició la construcción de su arma definitiva. De vez en

cuando interrumpía el trabajo para echar un vistazo a Calisto, regocijándose al comprobar que su enemigo tenía dificultades para hacerse con el necesario material de fisión. En cambio, él contaba con todo un Congo belga de materiales. (¿Qué significaban aquellas palabras? Debían de formar parte de alguna expresión antiquísima. Recordaba habérsela oído al hombre por quien sintiera aprecio).

El arma de Ixmal fue cobrando forma rápidamente. Gracias a la fórmula de los antiguos científicos, le bastó con mejorar la cabeza explosiva y construir un medio de transporte, un cohete que borraría a Zale-3 del Universo. (Pero iban pasando los eones. Suaves vientos cálidos acariciaban su batolito y de vez en cuando algún tiranosaurio se detenía en la cercana ciénaga para quedarse embobado contemplando su batolito). Psychband le irritó llamándole la atención sobre las grandes dimensiones del nuevo animal.

—Destrúyelos, Ixmal, antes de que la vida crezca demasiado.

—¡Bah! Son incapaces de pensar —se burlaba él—. Son juguetes de la evolución... monstruosidades nacidas del fango.

—También lo era el Hombre —observó Psychband.

—Y por eso ahora es polvo —le recordó Ixmal—. Además, me bastaría con pensarlo para destruir una montaña. ¿Quién osará desafiarme?

Ixmal descubrió que Zale-3 había resuelto su problema de la fisión, y que se servía de la psicocinesis para transportar el mineral extraído de las profundidades metánicas de Júpiter. De repente cayó en la cuenta de que Zale-3 no necesitaría vehículo alguno para su cohete. ¡Claro! Iba a transportar la cabeza explosiva por medio de la fuerza mental. ¿Por qué no lo había pensado antes? Milenios desperdiciados, cuando los segundos eran tan valiosos. Ahora tendría que darse prisa.

Abandonó la construcción del cohete para concentrarse en el perfeccionamiento de sus facultades psicocinéticas. (Mientras tanto, desaparecieron los dinosaurios y la tierra tembló bajo la pisada del mamut). Ixmal se horrorizó al descubrir una extraña forma antropoide que habitaba entre unos riscos lejanos. Era un ser pesado y ridículo, pero andaba erguido. El primero de su especie.

En fin, ahora no podía perder tiempo con él.

Arrancó árboles de cuajo y los lanzó a distancias enormes. Hizo

desplomarse montes enteros sobre los valles, sostuvo grandes riscos en el aire, destrozó el continente americano. Cambió la configuración de masas continentales hasta dominar por completo la fuerza mental. ¡Era ya capaz de modificar la trayectoria orbital de la Luna! Entonces se concentró en la bomba.

Por fin estuvo dispuesta el arma definitiva que el Hombre construyera diez mil millones de años antes. (Como en el alma de Ixmal no había lugar para lo poético, sólo pensaba en términos de causa y efecto: a su arma le dio el nombre de «Destructor Estelar»).

Ixmal colocó la gran arma en posición y calculó rápidamente la relación Tierra-Calisto, proyectando la proporción espacial en términos de velocidad, distancia y gravedades. No había necesidad de indicar con exactitud el lugar ocupado por el cuerpo plastometálico del ser extraño: todo Calisto desaparecería, reducido a polvo cósmico por el destructor impacto de la bomba. (Un ave plumada empezó a cantar en un árbol. Enfurecido por sus trinos, Ixmal acabó con ella. Una lluvia de plumas se deslizó a través de las hojas. El petirrojo había estado cantando a la primavera).

¡Ja, ja! Ixmal se regocijó al pensar en la precisión de sus cálculos. En una diezmilésima de segundo concentró cinco mil millones de unidades mentales. Los vientos se abatieron sobre el punto donde estuviera la bomba y por un largo momento temblaron los bosques. (En la base del batolito parloteaban nerviosos varios ejemplares de aquella especie antropoide; acababa de nacer la idea del dios).

Ixmal siguió gozoso la trayectoria del «Destructor Estelar». Lo vio rebasar como un rayo la Luna, observó que durante una fracción de segundo formó el vértice de un triángulo equilátero con Marte y la Tierra, se deleitó al comprobar que atravesaba el cinturón de asteroides. ¡Ja, ja! El ser extraño estaba sentenciado. Sus átomos llegarían hasta las estrellas. Seguía la marcha del «Destructor Estelar» cuando...

Primero quedó atónito, y luego se sintió dominado por el pánico. Una gigantesca cabeza explosiva cruzó en un instante el cinturón de asteroides en dirección a la Tierra, impulsada a velocidad increíble por la mente de Zale-3. Frenético, Ixmal realizó cálculos y exigió a sus circuitos respuestas en tan sólo milésimas de segundo. Enloquecido, analizó sus hallazgos: la cabeza explosiva iba

directamente contra él.

—Concéntrate, concéntrate —le interrumpió Psychband—. Desvía su trayectoria con tu fuerza mental.

Ixmal dirigió diez mil millones de unidades mentales hacia la cabeza explosiva que se le aproximaba. El ingenio rebasó fugazmente el planeta Marte, lanzado cual estoque celeste contra la Tierra a una velocidad fantástica.

—¡La Luna! ¡La Luna! ¡Emplea la Luna! —gritó Psychband. ¡Claro, la Luna! Hizo agitarse el satélite de la Tierra. Una nueva descarga de diez mil millones de unidades mentales cambió su órbita; incrementó la velocidad del astro, lanzándolo en una trayectoria de intercepción con la cabeza explosiva enviada por Zale-3. ¡Demasiado tarde!

—¡Piensa! ¡Piensa! —le urgió Psychband. Ixmal reunió otros dos mil millones de unidades mentales, pero fue inútil. La terrible arma rebasó la Luna y quedó a pocos segundos de la Tierra.

—¡Date prisa! —gritó Psychband. Ixmal trataba de producir otros dos mil millones de unidades mentales cuando la cabeza explosiva cayó en el objetivo. Un estruendo horrible precedió en milésimas de segundo su pérdida de conciencia. Tinieblas amorfas. Noche. La nada.

Ixmal no vio a su «Destructor Estelar» cuando éste rebasó el cinturón de asteroides, ni tampoco la convulsión producida en un diminuto sector del sistema planetario de Júpiter cuando Calisto quedó reducido a cenizas cósmicas. No vio alzarse las llamas en los bosques que circundaban su batolito, ni oyó los chillidos de animales y seres antropoides que huían aterrorizados.

Algún tiempo después regresaron las criaturas antropoides.

Las más intrépidas treparon hasta el mismo borde del enorme cráter donde estuviera el batolito para observar con temor y respeto sus profundidades calcinadas, hablando atropelladamente. Uno de aquellos seres permaneció por más tiempo en el lugar mientras sus compañeros se alejaban. Cayó la noche y aparecieron las primeras estrellas.

El antropoide hizo lo que hasta entonces nunca hiciera ningún miembro de su especie. Alzó la vista al firmamento y se puso a contemplarlo.

CAMBIO MARINO

por Thomas Scortia

Claro está que todos conocemos el significado de la expresión «tener humanidad». Lo que ocurre es que no sabríamos definirla; pero todos conocemos su significado...

*Tu padre yace bajo cinco brazas de agua;
de sus huesos se ha hecho el coral;
aquellas perlas fueron sus ojos.
No ha desaparecido nada de él,
sino que ha sufrido el cambio marino
en algo rico y extraño.*

«Romance de Ariel»
La tempestad

*Brillante... como una aguja de fuego...
¿De quién era aquella voz? No lo sabía.
Los interestelares... Son dos...*

Todos hablaban a la vez, produciendo un caos de voces.
Se llevan uno allende Plutón, para la prueba, dijo alguien.
Magnífico. Estamos esperando... estamos esperando. Reconoció la voz femenina y sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

Eso era lo malo de su aislamiento. Todavía le era posible oírlo todo.

No sólo en el despacho del superintendente de Marsópolis, donde se encontraba, sino en cualquier parte.

Los susurros sonoros que cruzaban el sistema solar, las medias palabras, los pensamientos incompletos que desde los planetas interiores se lanzaban hacia las estaciones espaciales situadas más allá de Plutón.

Y la soledad fue como un tormento repentino que sollozaba en su oído. La soledad y la pérdida de dos mundos.

Claro que podía dejar de oír aquellas voces si lo deseaba, aquellas voces distantes que tejían una red espacial recorriendo distancias inmensas a velocidad superior a la de la luz; pero...

Más le valdría entonces cerrarse a todo pensamiento de vida y buscar el estado inconsciente, fatal, del simple existir.

Volvía de nuevo aquella voz monótona que leía las referencias de un cargamento. Hizo el pequeño cambio mental, y la sólida masa de transistores instalados en su cuerpo de plástico y metal captó la voz con claridad. Era una nave de línea triplanetaria que circulaba por el Cinturón Crepuscular de Mercurio.

Le llegó la imagen fugaz de las llanuras calcinadas por un monstruoso Sol de luz cegadora.

Luego captó aquella voz que decía *Conforme... Rumbo tres cero seis, cuenta atrás a partir de diez para caída libre...*

Aquella voz llegaba de más allá de Saturno. Recordó una visión de brillantes cintas luminosas en el cielo de un azul asombroso. Pensó que nunca volvería a verlo.

Radiofaro espacial tres a MRX dos dos... Radiofaro espacial tres... Alfíl a torre de reina cuatro...

Y allá estaba la voz suave, aquella voz diferente: *Bart, Bart... ¿Dónde estás? Bart, responde... Bart...*

Aquella prefirió ignorarla.

Para conseguirlo, se puso a observar a la recepcionista, que con los dedos trenzaba una complicada danza sobre el teclado de la máquina de escribir.

Bart... Bart...

¡Basta ya!, pensó. Para él, aquella voz sólo contenía amargura. El aislamiento de quien está separado de la humanidad. La soledad. ¿Amor? ¿Afecto? En su existencia estas palabras no significaban nada.

Dedos finos volaban sobre las teclas de plástico, y el papel blanco florecía con incontables ramilletes de palabras.

Comprendió que aquel viaje del primer martes de cada mes por la silenciosa ciudad marciana hasta el Puerto Triplanetario se había convertido en un ritual. Un tributo a algo ya completamente muerto... Un gesto de un rito vano, débil e inútil.

Sabía que aquella mañana no iba a encontrar nada.

—No, nada —había afirmado la chica del despacho del superintendente—. Absolutamente nada.

No había nada para él en su monótono mundo de robots, donde todo carecía de tacto, de sabor.

Ella le miró como todos los que veían más allá de su apariencia humana, de su rostro de plástico y de sus ojos sin brillo.

Esperó y siguió.

—¡Hola, Bart! —le saludó el superintendente con una sonrisa cuando entró en la oficina, para invitarle con un movimiento de cabeza—: Pasa.

La chica frunció el ceño con manifiesta desaprobación.

—¿Por qué no te vuelves a casa? —le preguntó el superintendente en cuanto se hubieron acomodado en sendas butacas.

—¿A casa?

—Sí, a la Tierra.

—¿Eso es «casa»?

Las voces seguían susurrándole al oído, mientras el superintendente encendía un cigarro con expresión contrariada.

Bart, Bart... Caballo cuatro a... Tres vertical... Dos vertical... Pasamos Deimos, el Sol resplandece por sus bordes... Bart...

—¿Qué pretendes? —preguntó el superintendente—. ¿Separarte completamente del mundo?

—Eso no lo he hecho yo —respondió—. Alguien lo hizo por mí, y además a conciencia.

—Escucha, seamos francos: no te debemos nada.

—Cierto —reconoció.

—Si no fuera por nosotros, ahora estarías muerto.

—Supongo que sí.

—Podrías regresar mañana a la Tierra, a una vida nueva. No hace falta que nadie lo sepa, y nadie lo sabrá si tú no insistes en decírselo.

Se miró las manos, surcadas de finas venas. Unas manos muy humanas. Y los muslos de fuerte musculatura, ceñidos por los pantalones celotérmicos.

—Vuestros técnicos hicieron un buen trabajo —reconoció—. En realidad, es mejor que mi cuerpo anterior. Es más fuerte y durará más tiempo. Pero...

Flexionó las manos, observando cómo las finas tiras de plástico contráctil articulaban los dedos.

—Pero la farsa no dará resultado, y tú lo sabes. Nos fabricaron con un propósito bien claro.

—Yo no puedo cambiar los planes de la empresa —explicó el superintendente—. Desde luego, sé que el experimento no dio resultado. De todos modos, era un mal compromiso. Necesitábamos algo un poco más rápido, algo sobrehumano capaz de pilotar aquellas naves de los primeros tiempos. Las reacciones humanas, los impulsos nerviosos, eran demasiado lentos, y el equipo electrónico resultaba voluminoso. Lo cierto es que no quisimos aceptar la realidad. Intentamos un compromiso, manteniendo al menos las formas humanas.

—Nosotros os dimos lo que necesitabais —afirmó—. Os dimos los pilotos para vuestras naves, y eso merece algo a cambio. ¿Crees que habría firmado vuestro contrato de haber sabido que al morir ibais a meter mi cerebro en algo que no era humano?

—Bueno, nosotros cumplimos nuestra parte del contrato. Te salvamos de aquel aterrizaje violento, a ti y a otros cien como tú. Todo ello a cambio de algo que sólo vosotros teníais. Creo que fue un trueque correcto.

—Muy bien. Pues entonces dame una nave. No pido más.

—Ya te lo he dicho otras veces. Ha de ser con contacto en circuito directo.

—No.

—Atiende: en este preciso momento se está probando uno de los interestelares. Y además, quedan las estaciones transplutonianas.

—¿Las estaciones? ¿Por qué voy a dejarme aislar en una de esas estaciones? Completamente inmóvil. ¿Qué clase de vida inútil es ésa, existir como unidad autónoma durante años sin el más mínimo contacto con los humanos?

—Esas estaciones no tienen nada de inútil —repuso el superintendente. Inclinandose hacia adelante golpeó con la palma de la mano la superficie de la mesa—. Sabes muy bien que la Propulsión Bechtoldt no puede instalarse en los pesados campos gravitatorios de nuestro sistema solar. En esas condiciones, el campo Bechtoldt hace explosión. Por eso necesitamos las estaciones. Se construyen para instalar la Propulsión una vez la nave abandona el sistema solar propiamente dicho, utilizando sus motores atómicos. Todavía no has respondido a mi pregunta. El *Observador Estelar* sale para una de las estaciones transplutonianas. El *Observador Estelar II* le seguirá pocos días después.

—¿Y qué?

—Te confío cualquiera de los dos, si quieres. ¡Ah! No pienses que te regalo nada, ya sabes que ése no es nuestro sistema. Las últimas dos naves estallaron porque los pilotos no utilizaron bien el enlace. Te necesitamos porque tú eres el mejor.

Hizo una pausa que pareció larguísima.

—Prefiero decírtelo —añadió al fin el superintendente—: nos lo jugamos el todo por el todo con esas dos naves. Si cualquiera de ellas fracasa, pasará un siglo antes de que se vuelva a intentar. Estamos hartos de no poder salir de los nueve planetas. Queremos llegar a las estrellas, y tú puedes participar en el intento.

—Antes estas cosas tenían significado para mí, pero... —se encogió de hombros—. Con el tiempo, acaba uno por sentir indiferencia hacia la humanidad y sus empresas.

—Sabes —dijo el superintendente cuando comenzaba a incorporarse— que no puedes pilotar naves o estaciones modernas si sigues ligado a un cuerpo humanoide. Le falta eficacia. Tienes que convertirte en parte de toda la estructura.

—Ya te he dicho que eso no servirá de nada.

—¿A qué le tienes miedo? ¿A la soledad?

—No es la primera vez que me encuentro solo.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó el superintendente.

—¿Qué es qué? ¿Lo que me da miedo? —preguntó él a su vez, abriendo los labios en una sonrisa mecánica—. Me da miedo lo que ya me ha pasado.

El superintendente enmudeció.

—Cuando uno empieza a perder las emociones básicas, las maneras básicas de pensar que le hacen a uno humano... ¿Qué me da miedo? Tengo miedo de ser más máquina todavía —concluyó, y abandonó el lugar antes de que el superintendente pudiera abrir la boca.

Fuera ya de la oficina, se subió la cremallera de su chaquetilla celotérmica y se ajustó el respirador. Luego, accionó los mandos del reóstato situado en la pechera de la chaquetilla hasta que la lucecita indicadora brilló suavemente en la semipenumbra matutina. Naturalmente, no le hacía ninguna falta el calor de las prendas; pero la farsa, la pretensión de ser totalmente humano, habría quedado incompleta sin ese importantísimo detalle.

Durante el camino de regreso por la luz gris perla escuchó las múltiples voces que cruzaban los canales aéreos. Oyó los engaños del comercio desde un centenar de puertos distintos y siguió mentalmente el rápido avance del *Observador Estelar I*, que, rebasada ya la órbita de Urano, se dirigía a la estación donde se le acoplaría la Propulsión Bechtoldt.

«Señor —pensó—, si pudiera hacer esa travesía...» *Pero nunca a ese precio... No al precio que pagaron los otros, Jim, Martin, Walt y... Beth.*

La ciudad había recobrado su normal animación diurna mientras él estuvo en el despacho del superintendente. Junto a él pasaron muchos seres presurosos, semejantes a osos con su indumentaria celotérmica y los respiradores transparentes. Nadie se fijó en él, y por un momento sintió el loco impulso de arrancarse el respirador que llevaba en la cara y quedarse quieto, esperando.

Esperando, retador y colérico, a que alguien se dignara mirarle.

Las contorsiones torturadas de los rótulos luminosos refulgían en las amplias calles. De vez en cuando pasaba un cochecito eléctrico, equilibrado ligeramente sobre sus dos ruedas, zumbando con suavidad y abriendo regueros de luz en la senda. No lograba acostumbrarse a la luz crepuscular del día marciano. Pero aquello era culpa de los técnicos que construyeron su cuerpo. En su deplorable deseo de imitar el cuerpo humano, en más de una ocasión habían mezclado las cualidades humanas con limitaciones inhumanas.

Se detuvo ante una tienda para echar un vistazo a la exposición de pequeños objetos, frágiles y extraños, procedentes de las ciudades muertas del norte marciano. Pensó que aquel escaparate tenía tan poco que ver con el entorno como la misma calle donde se encontraba y sus edificios, dotados de presión artificial. Como alguien sugiriera en cierta ocasión, habría sido mejor edificar toda la ciudad bajo una sola unidad con presión artificial. Pero los primeros establecimientos marcianos no se construyeron así, y los hombres seguían apegados a unas costumbres más propias de otro mundo.

En fin, era aquél un rasgo común que compartía con su raza. Desde luego, el superintendente estaba en lo cierto. Él tenía tanto de compromiso entre dos soluciones distintas como la propia

ciudad. Persistían los viejos hábitos mentales que moldeaban formas nuevas.

Pensó que debía comer algo. No había desayunado antes de salir hacia el puerto. Sus constructores habían conseguido dotarle del sentido del apetito, aunque fracasaran en lo relativo al sabor de los alimentos.

Sin saber por qué, la idea de la comida le resultó desagradable.

Entonces se le ocurrió emborracharse.

Pero tampoco eso se le antojó demasiado atractivo.

De todos modos, siguió andando hasta meterse en un bar. Se despojó del respirador en la cámara de aire y, observado por un hombrecillo obeso que revolvía en su billetera, hizo como si desconectara el reóstato de su traje.

Penetró en el salón, saludó con una leve inclinación de cabeza al barman y ocupó una mesa en un rincón. En cuanto el barman le hubo servido el whisky con agua que pidiera, empezó a escuchar.

Seis y siete... y veinte-cero-tres...

Recibido...

Ahí, en el exterior, no se ve absolutamente nada. Es como...

Bart, Bart...

A caballo cuatro... Tres en jaque...

Bart...

Y las piedras refulgen como un millón de brillantes, según cómo inciden los rayos del Sol...

Bart...

Por vez primera desde hacía varias semanas consiguió el cambio. Pudo hablar sin producir ningún sonido audible, lo cual era una suerte. Subverbalización, lo llamaban.

Adelante —dijo en silencio.

Bart, ¿dónde estás?

En un bar.

Yo estoy lejos... estoy muy lejos. Desde aquí, el Sol es como un puntito de luz en una sábana negra. ¿Te adiestraron alguna vez en uno de aquellos viejos simuladores McKeever? ¿Los de capota negra? Yo me adiestré con ellos, y tenían un agujerito en la capota por donde entraba la luz. Pues es igual...

Creo que voy a emborracharme.

¿Por qué?

Porque quiero emborracharme. ¿No es una razón tan buena como cualquier otra? Porque es la única cosa total y exclusivamente humana que sé hacer bien.

Te he echado de menos.

¿Que me has echado de menos? Habrás echado de menos mi voz, porque nunca me has visto... ni yo a ti.

Cayó en la cuenta de que aquello era muy cierto. Por lo menos debería tener una imagen mental de ella. Trató de evocarla, sin conseguirlo. Nunca había sido, nunca sería, más que una voz, alguien tan intangible como los personajes silenciosos que nos hablan desde las páginas de una novela.

Eso no tiene importancia. ¿No crees?

¿Importancia? Puede que no.

Deberías estar aquí con nosotros —dijo ella con voz ronca—. Están saliendo las grandes naves. Son una maravilla. Más grandes y más rápidas que cualquier otra nave.

Es que van a probar el Observador Estelar I.

Ya lo sé. En mi estación tenemos uno de los propulsores. En este momento es la estación número tres la que se encarga del Observador Estelar I.

Tragó saliva brutalmente, pensando en lo que el superintendente le había dicho.

¡Cuánto me gustaría ser uno de ellos! —exclamó Beth.

La mano de Bart apretó el vaso, y por un momento pensó que le estallaría entre los dedos. No había dicho *estar en. Ser... Ser...* «¡Cuánto me gustaría ser uno de ellos!»

¿Te gustaría? —preguntó—. Está bien.

«Sí, está bien, ojos brillantes, te amo. Y amo el firmamento y las estrellas y la sensación de ser... Yo soy la nave... Soy la estación... Soy cualquier cosa, menos humano...»

¿Qué ocurre, Bart?

Que voy a emborracharme.

Se acerca una nave. Está haciendo señales.

Vio que el barman le observaba de una manera extraña. Comprendió entonces que llevaba quince minutos con la misma bebida. Alzó el vaso y con parsimonia se tragó el contenido.

Tengo que dejarte un momento —le dijo ella.

Muy bien —respondió. Y en seguida—: Perdona, Beth. No era mi

intención descargar en ti mi mal humor.

Volveré —prometió la voz.

Siguió sentado y echó un vistazo al salón, fijándose por vez primera en sus detalles. En la barra había dos turistas: un hombre gordo de frágil mentón, vestido con un traje de tela a cuadros, y una mujer delgada, probablemente su mujer, con aspecto de sufrir alguna afección del tiroides. Charlaban animadamente y el hombre gordo movía mucho las manos. Se preguntó por qué habían salido a hora tan temprana.

Resultaba gracioso aquel hombre gordo que parloteaba como una urraca nerviosa, haciendo con sus manos regordetas gestos ondulantes ante sí.

Vio que tenía el vaso vacío y se dirigió a la barra. Encontró un taburete, se acomodó en él y pidió otro whisky.

—Le haré pedazos —estaba diciendo el hombre, casi gritando—. Y que se vaya a paseo la fusión...

—George —le interrumpió la mujer con tono áspero—, no deberías beber por la mañana.

—Sabes muy bien que...

—George, quiero visitar las ruinas.

Bart... Bart...

—Tienen una cerámica preciosa en la tienda de la esquina. Y es de las ruinas. Esas figurillas de enanos... Ya sabes, los marcianos.

Es la grande, Bart. Es el Observador Estelar. Está llegando. Con un poco de suerte, lo veré maniobrar. Una maravilla. Ojalá pudieras ver cómo le brillan los costados con la luz de nuestro faro. Parece un gran balón de plata pura...

—Perdone —dijo la mujer, volviéndose en el taburete hacia él—. ¿Sabe usted a qué hora empiezan las visitas a las ruinas?

Se esforzó por sonreír mientras le proporcionaba la información.

—Gracias —dijo ella, y prosiguió—: Supongo que a veces se cansan ustedes de tanto turista curioso.

En sus grandes ojos apareció una mirada expectante, inquisitiva.

—No seas tonta —intervino George—. Hay que ser prácticos. El turismo deja mucho dinero.

—Eso es verdad —reconoció Bart.

Bart...

—Es que —explicó la mujer— cuando no se sale mucho de la

Tierra, hay que verlo todo en el menor tiempo posible.

Bart... Intranquilidad...

—Por supuesto —contestó a la mujer en voz alta. Trató de beberse el whisky y dijo silenciosamente:

¿Ocurre algo malo?

Bart, algo le pasa a la nave. El campo gravitatorio... Está reverberando...

La voz empezó a desvanecerse.

¡Vuelve! —gritó Bart en silencio.

Nada.

—Allá en la Tierra trabajo en el negocio de los Mantas —explicó George.

—¿Los Mantas? —Alzó con precaución una de sus cejas mecánicas.

—Sí, hombre, los reactores con colchón de aire. Es el nombre de nuestro modelo, Manta, porque se parece al pez. Los reactores lanzan un chorro y quedan suspendidos en el aire como un helicóptero. Y en cuanto a velocidad... Seguro que nunca ha visto un helicóptero que vuele tan rápido.

—Es verdad, no lo he visto.

Beth... Beth... —gritó su voz silenciosa. Por un instante quiso hacerlo en voz alta, pero un control férreo le detuvo.

—¡Créame! —seguía George—. Cinco años más, y el mercado será nuestro. Ya hay demasiados helicópteros en circulación. Han dejado de ser aparatos seguros. Oiga, si la turbulencia que hay sobre Rochester es algo...

—Somos de Rochester, ¿sabe? —explicó la mujer.

Bart, escúchame. Es el generador Bechtoldt, me parece. La radiación... Creo que ha matado al piloto. No consigo que me responda. Y no hay nadie más, sólo los instrumentos.

¿A qué distancia de la estación?

A menos de un kilómetro...

¡Santo cielo! ¡Si la nave estalla...!

¡Estallará con ella!

Percibió claramente una nota de temor en las palabras de su lejana interlocutora.

—Por eso pensamos que ahora era el momento de hacerlo. En cuanto se complete la fusión, George estará demasiado ocupado...

Procura establecer contacto con el piloto.

Bart... Bart... Me parece que...

Procura...

—¿Le ocurre algo? —preguntó la mujer del tiroides defectuoso.

Negó con la cabeza.

—Necesita otro trago —explicó George. Vio que su vaso estaba vacío, mientras George hacía una seña al barman.

Beth, la cuenta atrás.

Oh, Bart. Tengo miedo.

La cuenta...

—Buen whisky —aprobo George.

Va subiendo... No me responde el piloto.

—En la nave que nos trajo tenían un whisky asqueroso. Esas naves me ponen la carne de gallina.

—George, cállate ya.

Beth, ¿dónde estás?

¿Qué quieres decir?

¿Cuál es tu posición? ¿En el centro o en un extremo?

Estoy a unos quinientos metros del centro de la estación.

—¿No te he dicho que no bebieras por la mañana?

¿Dispones de máquinas motrices secundarias? ¿Mandos de robots?

Sí, a veces tengo que descargar bultos.

Bien, pues destroza la pila auxiliar de energía.

Pero...

Toma los ladrillos y amontónalos contra la pared exterior de la estación. Quedarás protegida de las radiaciones. Luego tendrás que hacer rotar la masa de la estación entre tú y la nave.

Pero ¿cómo?

El uranio es denso. Te protegerá de las radiaciones cuando estalle la nave. Y rompe órbita. Aléjate todo lo que puedas.

Es imposible, Bart. La estación no tiene energía.

Si no lo haces...

Imposible...

Y luego, silencio.

George y la mujer le miraban expectantes. Alzó el vaso hasta los labios, sorprendido de que no le temblara el pulso.

—Disculpe —se excusó en voz alta—. No entendí lo que me dijo.

Beth, las unidades propulsoras del Bechtoldt.

¿Sí?

¿Puedes activarlas?

Tendré que situarlas con un aparejo provisional. Soldarlas.

¿Tiempo?

Cinco minutos, tal vez más. Pero el campo gravitatorio... Se hundirá, como está ocurriendo con el de la nave.

No, si lo vigilas atentamente. De todos modos tendrás que correr ese riesgo. De lo contrario...

—Decía —explicó George con voz pastosa— que si había viajado usted alguna vez en esas naves tripuladas por robots.

—¿Robots?

—Bueno, ya sé que no son robots.

—He viajado en una —dijo—. A fin de cuentas, ¿cómo habría llegado a Marte?

Su interlocutor pareció turbarse.

—Es que George, a veces, es un poco torpe —terció la mujer.

Beth...

Me falta poco. La cuenta sigue subiendo.

Date prisa...

Si se hunde el campo...

No pienses en eso.

—Me ponen la carne de gallina —insistía George—. Es como volar en una nave encantada.

—El piloto está muy vivo —dijo él—. Y es de lo más humano.

Bart, ya he colocado los ladrillos de la pila. Unos minutos más y...

Date prisa... Date prisa... Date prisa...

—George habla demasiado —aclaró la mujer.

—¿Qué diablos? —se defendió George—. Es que... En fin, la verdad es que esas cosas ya no son humanas.

Estoy lista, Bart... Tengo miedo.

¿Puedes controlar tu empuje?

Con las unidades de control remoto. Exactamente igual que si yo fuera el Observador Estelar.

Pues ahora...

La cuenta sube con rapidez... Voy a... ¡Bart! Es cegador... Una bola de fuego... Es...

Beth...

Silencio.

—¡No me importa! —protestó George con petulancia—. ¿Es que no tengo derecho a decir lo que pienso?

Beth...

—George, ¿quieres callarte? Vámonos de aquí.

Beth...

Miró al exterior del bar y se imaginó un estallido ígneo en las tinieblas del espacio...

—Ya han dejado de ser hombres —le dijo a George—. Y hasta quién sabe si no han dejado de ser humanos. Pero no son máquinas.

Beth...

—George no quiso decir que...

—Ya lo sé —dijo él—. George tiene parte de razón. Pero ellos tienen algo que los hombres normales nunca poseerán. Han encontrado un papel que desempeñar en el sueño más grande de la humanidad. Y para eso hace falta valor, valor para ser lo que ellos son. No son hombres, y sin embargo forman parte de lo más grandioso que jamás haya buscado la humanidad.

Beth...

Silencio.

George se alzó de su taburete.

—Puede que sí —accedió—. Pero, en fin...

Le tendió su mano abierta.

—Hasta la vista.

George hizo una mueca de dolor cuando la mano de Bart apretó la suya. Un brillo fugaz en sus ojos indicó que había comprendido. Murmuró algo con voz confusa y se dirigió a la puerta.

Bart...

Beth, ¿estás bien?

La mujer permaneció un momento más junto a él.

Sí, estoy bien. Pero la nave, el Observador Estelar...

Olvídate de él.

Pero ¿enviarán otro? ¿Se atreverán a probar otra vez?

Estás a salvo. Eso es lo único que importa.

—George casi nunca ve más allá de su nariz —explicaba la mujer. Sonrió confusa—: Tal vez por eso se casó conmigo.

Bart...

Limitate a esperar. Alguien irá por ti.

No, si no necesito ayuda. La aceleración sólo me dejó inconsciente

unos minutos. Pero ¿no comprendes?

Si no comprendo, ¿qué?

Tengo la propulsión instalada. Ahora soy una unidad autónoma.

No, no puedes hacer eso. Olvida esa idea.

Alguien ha de demostrar que puede hacerse. De lo contrario, nunca se arriesgarán a construir otra nave.

Necesitarías años para volver.

—Lo supe desde el primer momento —explicaba la mujer—. Lo de usted, quiero decir.

—No era mi intención ponerles en una situación violenta —aseguró Bart.

Beth, responde. Beth...

Estoy saliendo... Voy cada vez más de prisa. Bart, voy a llegar antes que nadie. Seré la primera. Pero tendrás que venir por mí. Mi estación no tendrá suficiente energía para el viaje de regreso...

—No me ha puesto en ninguna situación violenta —aseguró la mujer.

Sus grandes ojos despedían un brillo extraño.

—Para mí es una novedad —siguió explicando a Bart—. Es una novedad encontrar a alguien que vive con un propósito.

Beth, respóndeme.

Ya estoy muy lejos... y sigo acelerando. Ven por mí, Bart. Te esperaré allá fuera... orbitando en torno a Centauro...

Clavó la vista en la mujer, sin apenas verla.

—¿Sabe una cosa? —preguntó la mujer—. Creo que podría enamorarme de usted.

—No —repuso él—. No le gustaría.

—Tal vez —reconoció ella—. Pero tenía razón en lo que le dijo a George. Hace falta mucho valor para ser lo que usted es.

Se volvió y salió en pos de su marido.

Miró hacia atrás antes de que la puerta se cerrara. En sus ojos se adivinaba la admiración que sentía.

No te preocupes, Beth. Iré, y lo más rápido que pueda.

Entonces llegaron hasta él los sonidos de los demás, los sonidos preocupados que se filtraban por las tinieblas espaciales, desde las llanuras calcinadas de Mercurio hasta los océanos de nitrógeno del oscuro Plutón.

Les contó lo que Beth estaba haciendo.

Por unos momentos, su oído interior crujió con el asombro de sus interlocutores.

Y luego se produjo la unanimidad. Supo entonces qué debía hacer, cuál iba a ser su próximo acto.

Todos estamos contigo —aseguró a Beth, sin saber si todavía podía oírle—. *Siempre estaremos contigo.*

Dirigió su pensamiento hacia el espacio, sintiéndose unido en un deseo silencioso con aquellos centenares de cerebros, proyectándose en una fraternidad del metal por las distancias interminables del espacio.

Proyectándose en una tensa banda metálica, como lo que era: un organismo que quería llegar hasta las estrellas.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

¿ES TODO UNA ILUSIÓN?

LUNA DE MIEL EN EL ESPACIO (*A Honeymoon in Space*, 1900)

Por GEORGE GRIFFITH

ZIRN INDEFENSA, EL PALACIO JENGHIK EN LLAMAS, JON
WESTERLEY MUERTO (*Zirn Left Unguarded, the Jenghik Palace in
Flames, Jon Westerley Dead*, 1972)

Por ROBERT SHECKLEY

EL CEREBRO ROJO (*The Red Brain*, 1927)

Por DONALD WANDREI

ESTA NOCHE SE DERRUMBARÁ EL FIRMAMENTO (*Tonight the Sky
Will Fall!*, 1952)

Por DANIEL GALOUYE

«PRECIPICIOS DE LUZ QUE ASCENDÍAN ETERNAMENTE...»

LA ESTRELLA DE LA VIDA (*The Star of Life*, 1947)

Por EDMOND HAMILTON

DESPUÉS DE IXMAL (*After Ixmal*, 1962)

Por JEFF SUTTON

CAMBIO MARINO (*Sea Change*, 1956)

Por THOMAS N. SCORTIA